
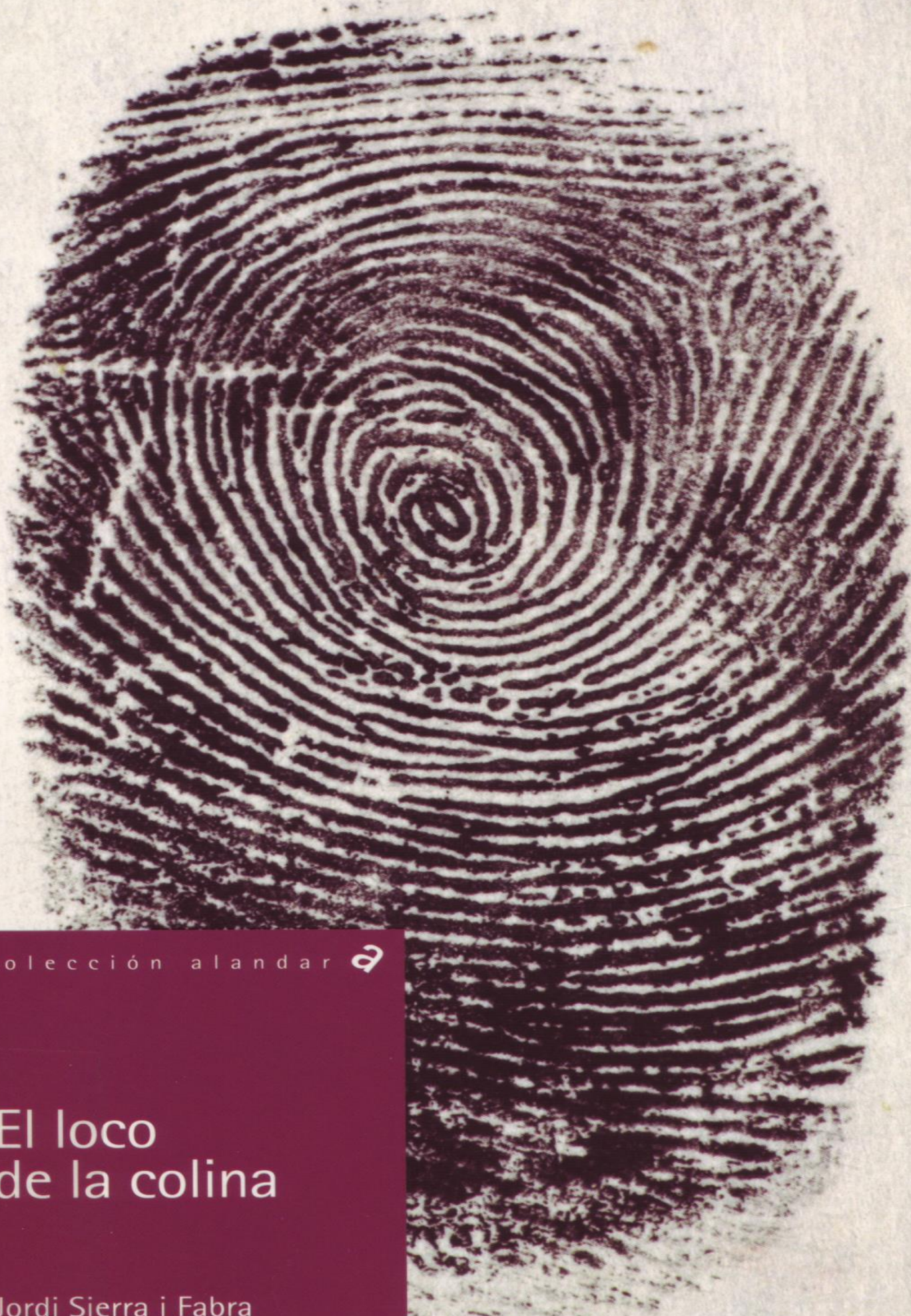


EDELVIVES

colección alandar 

El loco de la colina

Jordi Sierra i Fabra



*A todos los locos,
de todas las colinas
de este mundo.*

Directora de la colección: M^a José Gómez-Navarro
Equipo editorial: Violante Krahe Juan Nieto Lupe Rodríguez
Dirección de arte: Departamento de imagen y diseño GELV
Diseño de la colección: Manuel Estrada
Fotografía de cubierta: A.G.E.
© Del texto: Jordi Sierra i Fabra
© De esta edición: Editorial Luis Vives, 2005
Carretera de Madrid, km. 315,700
50012 Zaragoza
Teléfono: 913 344 883
www.edelvives.es
ISBN: 84-263-5632-X Depósito legal: Z 399-05
Talleres Gráficos Edelvives (50012 Zaragoza)
BB Certificados ISO 9001 *Printed in Spain*

Digitalización y corrección por Antiguo.

PRÓLOGO

—Veamos, ¿estás listo?

—Sí.

—¿Seguro que no quieres un abogado?

—No.

—Tienes derecho a...

—No, no.

—¿Haces esto de forma voluntaria, sin coacción?

—Sí.

—Te estamos filmando.

—Ya.

—¿Podemos filmarte? ¿Ningún problema?

—Ninguno.

—Mira a la cámara, por favor.

—De acuerdo.

—¿Has sufrido maltrato alguno como paso previo a esto?

—No.

—¿Has tomado drogas, cualquier cosa que pueda desvirtuar tu declaración?

—No.

La pausa fue breve. El hombre que llevaba la voz cantante miró a los que le acompañaban en la sala de interrogatorios, todos de pie, como él. Antes de continuar buscó la forma de que su voz sonase lo más natural y cordial posible. La de un amigo charlando con otro.

—¿Cómo te llamas?

—Pablo.

—¿Pablo qué más?

—Pablo García Sinisterra.

—¿Edad?

—Dieciocho.

—¿Cuándo cumples diecinueve?

—Dentro de cuatro meses.

—¿Y tus padres?

—Mi madre está fuera. Mi padre murió hace poco.

—Lo siento.

—Gracias.

—¿Accidente, enfermedad...?

—Suicidio.

Hubo un intercambio de miradas ajeno a él, que volvía a hurtarle sus ojos a la cámara.

Los tenía fijos en sus manos, ingravidas encima de la mesa.

—Eso debió de afectarte.

—Mucho.

—¿Estabais unidos?

—Sí.

—¿Sabes por qué se suicidó?

—Sí.

—Adelante.

La segunda pausa fue aún más breve, sólo una inflexión.

Pablo miró a la cámara para decir:

—Mi madre le abandonó.

—¿Con quién te quedaste tú?

—Con él.

—¿Por qué?

—No podía soportar al otro.

—¿El otro?

—El nuevo. Bueno..., la pareja de mi madre.

—Así que ella se enamoró de un hombre.

—Sí.

—Eso también debió de ser duro.

—Bastante —se encogió de hombros.

—¿Cómo es él?

—¿Se refiere al... nuevo?

—Sí.

—¿Qué quiere decir?

—¿Es mayor, separado, tiene hijos de otro matrimonio, carácter violento...?

—Es soltero, más joven que ella. Suramericano.

—¿Cubano?

—No, brasileño.

—De acuerdo, sigamos. ¿Con quién vives ahora? Quiero decir desde que murió tu padre.

—Vivo solo.

—¿Tu madre está de acuerdo?

—Sí, no le importó... No le importa.

—¿Cómo te mantienes?

—Mi abuela me dejó un dinero. Soy... Era su único nieto.

—¿Es suficiente?

—Tengo de sobra para unos años, hasta que acabe los estudios.

—¿Estudias?

—Sí.

—¿Qué estudias?

—Económicas.

—¿Vas bien?

—Sí, bueno...

—¿Dónde vives?

—En mi casa —le miró como si no entendiera la pregunta.

—¿La casa en la que vivíais todos antes de que tu madre se fuera y tu padre se suicidara?

—Sí.

—¿Con todos esos recuerdos?

—Es mi casa —se defendió.

—Sí, claro. ¿Tienes novia?

Tercera pausa, un poco más larga, aunque no rebasó los dos segundos de duración.

—No.

—¿Por qué has vacilado al responder?

—No tengo —insistió.

—Pero...

—No tengo.

—Vale, vale.

—Oiga —Pablo reaccionó de pronto, casi como si por dentro sus nervios acabasen de sufrir un pequeño estallido—. ¿Por qué no me hace la pregunta de una vez?

—¿Qué pregunta, hijo?

—Si le maté.

—Todo a su tiempo. Me gusta conocer a las personas. Eso importa más que un sí o un no. ¿O prefieres ir al grano?

—Como quiera —musitó.

—Bien.

—Si piensa que así es mejor...

—Lo es.

—¿Puedo hacerle yo una pregunta?

—Adelante.

—¿Está muerto?

El hombre se tomó su tiempo. Fue deliberado.

La atmósfera, de pronto, se hizo irrespirable.

—Sí, lo está.

Pablo bajó los ojos. Su mirada fue extraña, ni triste ni rencorosa. Sólo... sorprendida.

—Ha muerto de camino al hospital —concluyó el hombre.

—¿Ha dicho algo?
—Querías hacer una pregunta, y ésta es la segunda.
—Está bien.
—¿Cómo se llamaba?
—¿Quién?
—El muerto.
—Álex Villaescusa.
—¿Villaescusa qué más?
—Villaescusa Pérez.
—¿Le conocías?
—Sí.
—¿Hace mucho?
—Unos años. Fuimos juntos al instituto un tiempo, aunque luego le perdí la pista.
—¿Cuándo la recuperaste?
—No hace mucho, exactamente el 5 de julio.
—Buena memoria.
—Hacía un mes exacto de la muerte de mi padre.
—¿Erais amigos?
No fue una pausa. Fue un silencio.
—¿Lo erais? —Ahora ya no lo sé.
—¿Y antes, podías considerarle tu amigo?
—Sí.
—Háblame de la pistola —cambió ligeramente el tono.
—¿Qué?
—La pistola.
—Ah, sí, la pistola... —musitó sin el menor énfasis.
—¿Estás bien, hijo?
—Sí, sí.
—¿Quieres un poco de agua?
—Bueno.
Le hizo una seña al que estaba más cerca de la puerta y éste abandonó la sala de interrogatorios en silencio.
—Háblame de esa pistola —continuó.
—La llevaba él.
—¿Había alguien más?
—Iris.
—¿Quién es Iris?
—Vivía en la casa.

—¿Amiga tuya?

La vacilación fue apenas un inciso.

—Sí.

—¿Dónde está Iris?

—No lo sé.

—¿Ni idea?

—Ni idea.

—En el momento de los hechos, ¿Iris estaba con vosotros?

Pablo volvió a mirarle. «El momento de los hechos.» Muy sutil. Y muy buen policía. La maldita pregunta no llegaba y mientras tanto le hablaba del «momento de los hechos». Era como si no tuvieran prisa.

Si ése era su juego...

Se abrió la puerta y regresó el que había ido a por agua. Vasos de plástico. Se los pusieron delante y apuró el primero de un solo trago. Cuando volvió a dejarlo al lado de los otros dos, ya vacío, recuperó la pregunta.

—Sí, estaba allí.

—¿Ella lo vio todo?

—Sí.

—Y de la camioneta y los explosivos, ¿qué puedes decirnos?

—Dios..., esto es de locos —movió la cabeza de un lado a otro.

—¿Voy demasiado deprisa?

—No, no, no es eso.

—Podemos dejar lo que no quieras o no puedas contestar ahora para después. Hay tiempo.

—¿Lo hay?

—Sí. Álex ya está muerto y tú estás aquí. Además: nos llamaste.

—Claro.

—Eso es algo a tu favor.

Sostuvo su mirada como si pensara en ello.

—¿No quieres tener algo a tu favor?

—Yo...

—¿Sí, Pablo?

—¿Por qué no deja de darle vueltas a todo? —pareció a punto de estallar, ahora exteriormente—. Necesito decírselo, ¿sabe? Necesito soltarlo de una vez.

—La pregunta que esperas.

—Sí, la maldita pregunta.

—¿Quieres vaciar tu alma, quedar descansado, liberarte...? ¿Algo de eso?

—Quiero contar lo que pasó.

El inspector se cruzó de brazos.

—De acuerdo, Pablo —asintió—. Te haré la pregunta —suspiró y dijo—: ¿Le mataste tú?

Pablo cerró los ojos.

Y aunque era muy simple, tanto que el monosílabo le asustaba por su leve contundencia, la respuesta, de pronto, se le enredó en la garganta, la mente, los recuerdos...

Sobre todo los recuerdos...

PRIMERA PARTE

Álex

UNO

El manotazo fue tan contundente que le hizo trastabillar.

Y junto a él, le ensordeció el grito.

—¡Pablo!

Logró volverse, la espalda dolorida, el susto en el cuerpo, los oídos zumbando. Una mezcla extraña para una reacción que no llegó de inmediato.

—¡Pero bueno...! —gritó por segunda vez el aparecido—. ¡Maldita sea, Pablo!

Primero fue el *déjà vu*, la sensación de revivir algo lejano, extraído del túnel del tiempo o recién surgido de él. El rostro, aquellos ojos, la sonrisa, el tono. Casi de inmediato lo reconoció. Tampoco es que hubiera cambiado mucho en aquellos... ¿cuántos?, ¿tres años?

—¿Eres tú? —preguntó de forma estúpida.

—¡Pues claro que soy yo, capullo! —se le echó encima y lo abrazó palmeándole la espalda, con un entusiasmo sorprendente—. ¡Álex! ¡El mismo que viste y calza!

Pablo se dejó avasallar. Cuando volvieron a separarse le observó de hito en hito. Sí, seguía siendo el mismo, el cabello más largo e informal, la ropa distinta, el adiós a la adolescencia que había dado paso al estallido de la juventud. Pero los ojos no engañaban. Aquel brillo acerado, las pupilas penetrantes como cuchillos a punto de ser lanzados, y la perpetua sonrisa de medio lado, con la comisura izquierda curvada hacia arriba, burlona y sarcástica.

Tan atractivo para las chicas como ya lo era entonces.

—¡Genial!, ¿no? —insistió Álex.

—Sí, claro —Pablo trató de parecer convencido.

Incluso sonrió.

—¿Te ves con alguien de los de clase?

—No, no.

—Estás igual, tío —expandió su sonrisa Álex.

—Tú también.

—No, yo me he curtido —le guiñó un ojo—. Bueno, ¿qué haces?

Pablo se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que haga?

—¡Venga, hombre! ¿Aún estudias?

—Sí.

—Ya se te caían los ojos entonces, ¡por Dios! ¿Cómo te va la vida?

No supo qué decirle. ¿Le hablaba de su padre, de su madre? No. Nunca habían sido amigos. Al menos no amigos amigos, lo que se entiende por colegas, aunque ahora el abrazo y el trato pareciera el de un reencuentro feliz.

Siguió encerrado en sí mismo.

—Normal, y más en verano.

—Ostras, tú, pensaba que todo iba a ser distinto y...

—¿Distinto, cómo?

—No sé. Uno pasa tres años fuera y al regresar cree que nada será igual.

—¿Has estado tres años fuera?

—Cuando decidí acabar con aquel muermo y colgar los libros me las piré, sí. Por Dios, ese instituto... Menudo campo de exterminio.

Para Pablo tampoco era el mejor de los recuerdos. Más bien al revés.

Y eso que Álex, allí, era uno de los reyes, al contrario que él.

—¿Dónde has estado?

—Por ahí —el que se encogió de hombros ahora fue el aparecido—. Todo esto se me caía encima —abarcó la ciudad, tal vez el mundo en general, con las dos manos—. Me largué a Italia y luego a Inglaterra. Hice un montón de cosas y trabajos, lo pasé de todos los colores, pero tío... —puso cara de éxtasis.

Y Pablo supo que hablaba de chicas. De la vida y de chicas.

No tenían la misma edad. Álex era mayor. Casi un año. Habían coincidido en parte de los estudios porque Álex había repetido un curso debido a sus malas notas, de ahí que le atrapara. Pasaron los dos últimos años de la ESO en la misma clase, y cuando iba a empezar el Bachillerato... él había desaparecido. Por lo tanto, Álex terminó aquella pesadilla más o menos con dieciséis.

La libertad a los dieciséis.

Italia, Inglaterra...

Recordó la envidia de entonces, su impotencia frente a la fuerza de su antiguo compañero. Compartieron dos cursos, todo un mundo. Pero desde márgenes opuestos. Uno en la cima y el otro aplastado contra el suelo.

Pablo deseó salir corriendo.

—No sabes la alegría que me da encontrar una cara amiga —dijo Álex.

—¿Has perdido todos los contactos?

—Bueno, yo porque me largué, ¿y tú qué tal?

—Yo pasaba ya de todo aquello entonces, así que más ahora. Menudos hijos de puta.

—No me extraña. Oye, ¿tienes algo que hacer?

Su mente dijo «Sí». Sus labios y su expresión la verdad:

—No.

—¿Vamos a tomar algo? ¡Te invito, coño! —le palmeó el hombro.

—¿Ahora?

—Venga, no me dejes colgado.

Echaron a andar. Pablo le oyó parlotear sin prestar demasiada atención, porque Álex no

hablaba de nada en particular. Sólo decía cosas, cosas, cosas... Mientras escuchaba aquel murmullo subido de tono, radiante, feliz por el reencuentro, su mente viajó hacia atrás, a los espantosos días del instituto. Los días en que él era menos que nada.

Álex no podía considerarse precisamente su mejor amigo, pero tampoco un enemigo como los demás, Sebas, Luis, Paco. Más aún: le ayudó en dos o tres ocasiones, cuando aquel grupo de cabrones la tomó con él. Cuando...

Nunca supo por qué le prestó esa ayuda.

¿Compasión? ¿La amistad que ahora, de pronto, le manifestaba?

¿Superioridad?

—¿Te vas de vacaciones o algo así?

Reaccionó.

—No, no, me quedo aquí.

—¿A estudiar?

—No, sólo me quedó una para septiembre.

—¡Esto es genial! —le presionó el hombro—. Arrasaremos. ¿Sigues viviendo en el mismo sitio?

¿Arrasarían?

—Sí.

—Jo, recuerdo a tu madre! —lanzó un suspiro al aire—. Mira que era guapa, ¿eh? Si no te importa que te lo diga.

—Aún lo es.

Álex le lanzó una mirada de reojo al ver que se callaba de nuevo.

—Siempre tan parco Pablito, ¿eh?

Había salido a dar una vuelta. Nada más. Para estirar las piernas, sin rumbo, tal vez meterse en el multicine. Una vuelta consigo mismo, porque era lo único que tenía. Una vuelta para que los pensamientos, las ideas, los gritos del silencio no le ensordecieran en casa.

Y hubiera preferido estar solo.

Aunque de pronto, formando parte de sus constantes contrasentidos, también se alegraba de tener cerca a alguien con quien hablar, o a quien escuchar.

Alguien que pasara como una ráfaga de aire libre.

Alguien como Álex, el chico más popular del instituto.

Había transcurrido mucho tiempo, pero no el suficiente como para que lograra olvidar el odio de aquel pasado.

DOS

Eso era lo malo.

Que Álex, de alguna forma, le devolvía a los peores años de su existencia.

Las burlas, las palizas, la humillación constante.

Aunque él estuviese de vuelta de todo, recién llegado a la ciudad.

Comunicativo, amigable, dicharachero, loco...

Aquella locura contagiosa que tanto necesitaba para no verse arrastrado al pozo.

—Es curioso, ¿sabes? —jugueteó con la botella de cerveza vacía—. Cuando estaba aquí lo que más deseaba era irme lejos, al otro lado del mundo, para sentirme..., no sé, libre. Todo me parecía una cárcel: el maldito instituto, los estudios que me pasaba por el forro... Y luego, de pronto, hace unos meses, lo que sentí fue todo lo contrario: ganas de volver, estar aquí. No sé si me explico.

—Hay gente que nunca está bien en ninguna parte. Siempre quieren estar en el siguiente paso.

—Será eso —concedió Álex—. Me sentí como si estuviese huyendo. Y te diré algo: no se puede huir de nada. O lo afrontas o te destruye. Lo llevas siempre encima, aquí —se tocó la frente.

—Pero tú no huías de nada.

—No lo sé —hizo un gesto ambiguo—. La verdad es que cuando me largué no sabía lo que quería. Y ahora que he vuelto... tampoco. Estoy a la expectativa, aunque no tengo prisa.

—¿Trabajas en algo?

—No —plegó los labios en un gesto de asco—. Mi padre tenía poder y relaciones, así que por un lado puedo permitirme el lujo de tomármelo con calma, y por el otro ver lo que hay. Cuando él murió fue un palo. Me queda familia, tengo un tío que es muy majo y está forrado, pero le echo de menos —centró en él sus ojos grises—. Tú tienes a los dos, ¿no?

—Mi padre también ha muerto.

—No fastidies —enderezó la espalda.

Pablo no quiso responderle, y aún menos explicarle lo del suicidio. ¿Para qué? Probablemente no volvería a verle. Unas cervezas y luego... adiós. ¿Qué tenían en común? ¿Haber estudiado juntos dos años? Aquella franca cordialidad desaparecería cuando se despidiesen.

Y volvería a quedarse solo.

—Vale, tranquilo —aceptó su silencio Álex—. Lo que pasa, pasa.

—Fue hace poco y aún no lo he superado —reconoció él.

—¿Qué más da? Estamos tú y yo, vivos, y eso es lo que cuenta, tío. Te lo digo en serio. No es que haya visto mucho por ahí, pero... sí lo suficiente. El mundo siempre se empeña en darte alcance y asquearte, así que la única solución es correr un poco más que él, aunque a veces de tanto correr no miras adonde vas o lo que pisas y te pegas cada leche que para qué. Si te paras, fíjate en lo que te digo —se inclinó sobre la

mesa—, si te paras un simple segundo..., ¡zas!, estás perdido. Hay que correr hasta el final, hasta el último suspiro, y cazarlas al vuelo porque no hay otro remedio. No sé si sabes de qué hablo.

Lo sabía. Sobre todo porque él estaba quieto, parado.

El mundo ya lo había atrapado y asqueado desde hacía años.

Se preguntó si podría echar a correr de pronto, soltando lastre, toda aquella mierda que lo ahogaba y lo invadía.

—Pablito, coño, no sabes lo que me alegra haber encontrado a un amigo —dijo de repente Álex.

—Cualquiera lo diría.

—No, en serio. Esas cosas siempre tienen que ver con la sintonía. En el instituto no íbamos siempre juntos, pero nos caíamos bien, ¿a que sí?

Iba a decir «Supongo» pero lo cambió por un:

—Sí.

—Creo que nos complementábamos. Tú el tranquilo y yo el loco. Tú el reflexivo y yo el lanzado. Como ese rollo del ying y el yang.

—Eso tiene que ver con el bien y el mal.

—Pues eso —acentuó su sonrisa malévola—. Tú el bien y yo el mal. En estado puro. ¿Y de tías, qué?

Pablo sintió un ramalazo de frío en pleno julio.

—Nada.

—¿Cómo que nada? —alucinó Álex.

—Pues eso.

—¡Huy, huy, huy! —hizo un gesto de preocupación—. Hay que ponerse a ello. Lo primero.

—Las tías son muy raras.

—Ya, pero nos necesitan. Y nosotros a ellas. Así que hay que joderse, macho. Lo queramos o no, son caminos convergentes, que habría dicho Orestes.

Orestes Cancedo, profesor de Matemáticas en el instituto. Un hueso. El peor. Y además despiadado, más aún que Sebas, Luis y Paco, porque lo suyo no admitía excusa, no era un adolescente descerebrado y gamberro sino un maestro. Se suponía que estaba allí para enseñar, no para destrozar la resistencia anímica del personal.

Pablo recordó aquella frase: «Usted es un pobre diablo, García, y todo lo que le pase en la vida lo tendrá bien merecido, por tonto».

Eso había sido al poco de empezar el penúltimo curso.

Dios, cómo le odiaba...

—Bueno —recuperó su atención por Álex—. Habrá que ponerse las pilas y empezar a corregir algunas cosas, ¿vale? ¿Qué tal aquéllas?

Miró hacia donde le señalaba su amigo, un poco a la derecha y a su espalda. Por esa razón no las había visto. Eran dos, noche y día, rubia y morena, más o menos de su edad, o tal vez incluso menos, sobre los diecisiete, porque maquilladas y luciendo sus mejores trapos aparentaban más. Bebían y hablaban ajenas a ellos, con dinamismo,

desparpajo, risas fáciles y una coquetería innata que las desbordaba en cada gesto y cada movimiento, por pequeño que fuese. Eran guapas. Mucho. Asquerosamente guapas.

Porque para él estaban tan lejos como la Tierra de la Luna.

—Están bien, ¿no? —comentó Álex.

—Y que lo digas.

—¿Practicamos?

—¿Qué?

—¿Quieres conocerlas?

—Anda ya.

—Oye, que el nene habla en serio —se lo dijo mirándolo con fijeza—. ¿Quieres o no?

—Ya me gustaría.

—Pues está hecho. Prepara tu mejor labia, macho.

Se levantó sin que Pablo pudiera impedirlo, de golpe, cortándole el aliento, y caminó hasta la mesa de las dos chicas con todo su desparpajo. No se hizo el chulo, no las vaciló. Sólo fue hacia ellas, sin más.

En serio.

A Pablo se le aceleró el corazón.

La rubia era jugosa, de labios gruesos, ojos verdes, piel color vainilla, carnes redondeadas luciendo al sol sin que su minúsculo pañuelo apenas cubriera la parte superior de su cuerpo, porque en realidad no era más que eso, un pañuelo anudado atrás, en forma de pico hasta el ombligo y recto por encima de los senos. La morena, cabello más largo, ojos negros, labios perfectamente dibujados sobre el óvalo de su rostro, estaba más delgada y tenía aún más morbo.

Pablo pensó que habría dado media vida por salir con ella.

La voz de Álex llegó hasta él, nítida, pero sobre todo natural.

—Escuchad, mi amigo y yo estamos solos y aburridos. Nos preguntábamos si os importaría que nos sentáramos con vosotras para charlar.

Pablo pensó en lo más natural, que pasarían y le darían un buen corte. Atractivo o no, ellas eran de primera división. Parecía tan absurdo que...

Las dos chicas intercambiaron una mirada.

Luego dirigieron los ojos hacia él, vuelta a Álex, y rompieron a reír.

—Ya está —suspiró Pablo—. Ni siquiera tú puedes...

Las dos chicas seguían riendo, con ganas. Álex ni se movía, esperaba. Pablo no podía verle la cara porque estaba de espaldas a su mesa. Pero le bastaba con observarlas a ellas. La vergüenza se fue apoderando de su resistencia.

Hasta que la rubia dijo:

—De acuerdo, sentaos, va.

A Pablo se le detuvo el pulso.

Álex volvió la cabeza y le guiñó un ojo.

TRES

Pablo todavía no se podía quitar de la cabeza a Teresa.

La morena.

¿Por qué la había dejado escapar? ¿Por qué no se lanzó a fondo, pasando de todo?
¿Cuándo tendría la oportunidad de volver a conocer a alguien como ella?

¿Qué importaba que fuese hueca?

—Si te gustaba, ¿por qué no le pediste el teléfono? —le leyó el pensamiento Álex.

—Deben de frecuentar ese bar. Con volver...

—Nunca pierdas una oportunidad, Pablito. La niña tenía un revolcón.

Pensar que podía tocar aquella piel, aspirar su aroma, besarla...

Como siempre, la sensación le hizo daño.

—¿Y tú con la rubia?

—¡Bah! Nada. Estaban buenas, pero como ellas las hay a patadas. Fabricadas en serie. Hay tías que son como los salmones: nadan río arriba, a contracorriente, y cuando saltan las partes más empinadas siempre se encuentran con un oso esperándolos. Así que hay que ser oso, estar en el lugar adecuado en el momento preciso. ¿Qué necesidad tenemos de nadar con ellas?

Volvió a tener aquel sentimiento, el deseo de odiarle por su chulería y por ser el día de su noche. Pero no pudo. Al contrario. Supo que Álex, en cierta forma, era una llave.

El mundo, la vida, estaba lleno de puertas.

—Pensé que te interesaban de verdad.

—No —alargó la vocal hasta convertirla en una montaña rusa—. Para relajar los músculos y practicar con el producto nacional no estaban mal, pero es todo. Si son más tontas no nacen. Muchas ganas de tontear y poco más. No íbamos a darles el gustazo de pedirles el teléfono ni mariconadas de esas.

Pablo forzó una sonrisa.

—No has cambiado.

—La gente sólo lo hace cuando la cambian los demás. La cuestión es no dejarse. ¿Sabes cuál es mi lema? —no esperó una respuesta—: Nunca pasa nada.

—¿Tú crees?

—Te lo digo yo. Nunca pasa nada. Creemos que sí, que todo cambia a cada momento, que cada diez años el mundo se pone del revés, que si la tecnología, las modas, la música... y no es cierto. Mandan los mismos, pringan los mismos, hay huracanes en las mismas partes e inundaciones en los mismos lugares, las epidemias y las hambrunas caen sobre los hijos y los nietos de los que ya murieron por epidemias y hambrunas, y las oportunidades son, una vez más, para quienes saben buscarlas y pelean por conseguirlas. Así que me reafirmo: nunca pasa nada.

—Cualquiera diría que tienes cien años.

—Los tengo —Álex le miró con ironía, alzando una ceja.

—Pues a mí no me gustaría ser viejo tan pronto.

—¿Quién habla de ser viejo? ¿Sabes lo que dijo Oscar Wilde?

—No.

—Era un pedazo maricón, pero a lúcido no le ganaba nadie. Dijo que la experiencia es como llamamos a nuestros errores.

—Así que hay que equivocarse mucho y meter la pata.

—A diario, macho. Mira a las de antes. ¿Qué habría pasado si me dicen que no nos sentemos a su mesa? Pues nada. Adiós. Mañana ni ellas ni nosotros nos habríamos acordado de nada. Para ellas éramos dos pavos salidos y jugaban a eso, y para nosotros eran dos pavas de prueba. Ésa es la diferencia. Cuando de verdad nos interesen dos tías, te aseguro que sabremos qué hacer, ¿me sigues?

Hablaba en futuro.

De los dos.

—Salí con una tía en Roma —continuó Álex sin darle tiempo a decir nada—. Estaba buenísima. Italiana, ya sabes. Mucho *amore*, mucho tal y cual... Me dijo que yo era como *il vento*, porque siempre me movía mucho. El día que me lloró me abrí. Por eso me largué de Italia. Mucha pasión, mucho rollo, mucho *amore*. En Londres fue diferente, porque las inglesas son más frías. Salí con una, casi diez años mayor que yo, y lo que aprendí de ella no podría pagarlo ni dando clases particulares con la *Madame* de Hollywood. Luego viví en plan aquí te pillo aquí te mato con Peggy. Un dulce. Cabello verde, con escalas, *piercings* por todo el cuerpo... Tenía una buhardilla y actuaba en la calle, en el Covent Garden, con unos tipos y otras tipas. ¿Tú has tenido novia, Pablo?

—No.

—Pero lo has hecho.

—Sí —mintió sin estar seguro de delatarse a sí mismo por el súbito color cárdeno de sus mejillas.

—Antes me he fijado en ti.

—¿Cuándo?

—Con Teresa y Silvia.

—¿Y qué?

—Todavía te falta... —no supo cómo terminar la frase—. No sé, mala leche.

—Yo nunca he tenido mala leche, ¿recuerdas?

—Sí, pero estabas...

—Estaba normal.

—No se trata de estar normal. A veces no has sabido qué decir, y otras has hablado a destiempo. Y no es una censura —quiso dejarlo claro—. Te falta práctica, nada más. Hay unas reglas. Siempre que se juega a lo que sea las hay. Por esa razón nos hemos dicho adiós y ya está, *passsando*. Tan amigos. Aunque si un día volvemos a encontrárnoslas lo principal ya estará hecho. La tuya se salía de desmadrada y necesitaba algún que otro corte. Notaba que te podía. Pero, en fin, ningún problema. Ha estado bien —movió la cabeza de lado a lado y plegó los labios—. Lo que te he dicho: mejor pasar el rato con dos tías que otra cosa. Y yo ya echaba de menos el carácter español.

—No has cambiado nada —repuso Pablo.

—Yo creo que sí —le guiñó un ojo—. Ya verás.

Otra vez. La segunda o la tercera en la que salía implícito el futuro.

En pleno verano... Álex.

Justo el día en que se cumplía un mes de todo.

O tal vez por ello.

Por eso no estaba en casa. Por eso había salido. Por eso ahora, de pronto, lamentó que su compañero echara un vistazo al reloj y arrugara el *ceño*.

—Oye, tengo un par de cosas que hacer, pero quedamos para mañana y nos lo montamos con más calma, ¿vale?

¿Vale?

—Sí, de acuerdo.

—Eh, si tienes algún compromiso...

—No, ninguno.

—Y nada de recordar viejos tiempos, ¿eh? ¡Menudo muermo! La próxima parada: el paraíso. ¿Sobre las siete?

—Sí.

—Paso por tu casa.

—Bien.

Se detuvieron.

Y quedaron frente a frente.

—Coño, Pablito, si es que aún no puedo creerlo.

Él tampoco, pero no se lo dijo.

—Hasta mañana —le dio un golpe suave, con el puño cerrado, en el antebrazo izquierdo.

Luego se apartó de su lado, cruzó la calzada a la carrera, porque venía un tropel de motos y de coches provenientes del semáforo, que acababa de ponerse en verde, y no se volvió hasta llegar a la acera opuesta.

Levantó una mano, una vela en mitad de aquel mar excitado.

Pablo apenas si movió la suya.

Todavía tenía que hacerse a la idea de que Álex acababa de reaparecer en su monótona y triste vida.

CUATRO

Cuando cerró la puerta de su casa y el silencio lo atrapó se quedó muy quieto.

Igual que un soldado a punto de ser descubierto por una patrulla enemiga.

El vértigo, la presión en la sien, el corazón traicionándole y, sobre todo, el miedo, aquel pavor tan denso, tan real. Todo apareció de pronto. Una masa de plastilina fría envolviéndole para aplastarle y devorarlo. Ya conocía esos ataques, esos desbordamientos del caudal interior de su río vital. Unas veces eran más fuertes que otras. Unas veces los controlaba.

—Idiota, idiota, idiota, ¿por qué no le has pedido el teléfono a Teresa? —murmuró sin más.

¿Era eso? ¿Por lo de la chica?

Pensó en ella. Se pasó una mano por los ojos y la evocó en el bar, hablando y riendo, exuberante y guapa. Y no sólo la vio a ella. Vio a todas las Teresas del mundo allí mismo, las Teresas, Mónicas, Cristinas o Silvias, se llamasen como se llamasen, con las que siempre había chocado. Barreras invisibles de su timidez y su miedo, su retraimiento y su complejo de inferioridad. Las chicas que nunca le miraban, que pasaban de él, que se reían nada más verle o le daban la espalda porque no contaba para nada. Para nada. Provocativas, seguras, hermosas, abiertas, decididas, libres...

¿Cuántos adjetivos hacían falta para marcar el abismo?

No, no era Teresa. Era todo.

Aunque a veces las puntas de iceberg...

Se rindió a lo inevitable, como siempre, y fue a su habitación arrastrando el alma por el pasillo. Pasó por delante de la puerta cerrada de sus padres sin querer verla. Seguía cerrada. En el silencio del anochecer escuchó el ensordecedor grito de aquella realidad. Un mes antes su vida había estallado, allí mismo, tras aquella puerta. Un mes antes él colgaba del techo, muy quieto.

Una falsa lámpara sin luz.

Su mente fue de Teresa a Álex al tumbarse en la cama.

Increíble. Álex. Cuando más necesitaba olvidar el infierno de sus años de estudiante, menos lo conseguía. Aunque por lo menos Álex había estado de su lado.

Y su alegría, ahora, en aquel reencuentro, tan sincera...

Cerró los ojos, y por más que quiso evitarlo, cayó en la trampa del recuerdo. Por momentos, parecía haber pasado una eternidad. Por momentos, todo lo contrario. Aún despertaba muchas mañanas con la agobiante ansiedad de tener que levantarse para ir a clase. Y tardaba en comprender que no era así. Otras veces lo soñaba, o se veía a sí mismo levantándose para emprender el camino del calvario.

Su cuerpo se disociaba. Su mente se burlaba de aquella ansiedad. Acababa malhumorado, en cama, o bajo la ducha de agua fría, muy fría, que despertaba todas sus terminaciones nerviosas.

En el instituto, durante aquellos dos años en los que coincidieron, Álex era el jeta, el líder, el molón, el emprendedor, el divertido, el todo. Lanzaba a los demás, proponía acciones, rompía las clases o las unía a su antojo. Los maestros le adoraban. Aprobaba

con el mínimo esfuerzo. Utilizaba su encanto. Era como si supiera de qué pie cojeaba cada profesor y cada profesora. Una palabra, un detalle... Cuando se organizaba algún pollo, fuese el inductor o no, siempre se escaqueaba, y acababan pillando al más inocente. A tipos como él: Pablo García Sinisterra.

O Juan Morales, o Patro Dalmau, o...

Cuánto había envidiado a Álex.

¡Cuánto!

Si le gustaba una chica de cualquier clase, aunque fuera mayor, la conseguía. Nunca le faltaba el dinero en el bolsillo. La vida era un campo de pruebas por el que experimentaba sin cesar. Sin límites.

Y él le odiaba.

Al comienzo le odiaba, hasta aquel día, cuando le salvó de los Tres Bestias.

Se estremeció.

Aquel día tuvo la suerte, la enorme suerte, de hacer un examen de Matemáticas realmente brillante. Fue de lo más inesperado. Hasta el ogro lo comentó en voz alta. Dijo algo así como: «¿Le ha dado por volverse un genio de pronto, García, o ha copiado descaradamente?».

No había copiado. Le puso la nota más alta que jamás tuvo y tendría en Matemáticas. Hubo murmullos en la clase, sobre todo risas. Y al salir, allí estaban ellos, Sebas, Luis y Paco. Querían «volver a ponerle el cerebro en su sitio», según le dijeron.

Primero le pegó Sebas, en el estómago. Cuando se dobló hacia adelante lo hizo Paco, en la espalda. Y cuando aterrizó en el suelo lo remachó Luis con una patada entre las piernas.

Entonces, antes de que siguieran, sistemáticos y metódicos, para machacarle el resto del cuerpo, apareció Álex.

—Dejadle en paz.

—No te metas.

—Venga, tíos, no seáis imbéciles.

—¿A quién llamas tú imbécil?

—A nadie, salvo que os dé por hacerlo.

Desde el suelo, reculando, ciego de dolor, sin aire en los pulmones y con los testículos a punto de reventar, había mirado la escena desconcertado.

Álex contra ellos tres.

—No vale, tú haces taekwondo —dijo Sebas.

—Tampoco vale que seáis tres contra él.

—No es más que un mierda.

Álex se había encogido de hombros.

—Todos somos unos mierdas —les dijo—. La única diferencia es el olor que tiene cada uno.

Fueron dos o tres segundos más, y luego... Sebas se echó a reír, y luego Luis y Paco. Eso fue todo. Entre risas se apartaron de él, pasaron junto a Álex y desaparecieron.

Pablo nunca olvidó la cara de su salvador cuando le ayudó a levantarse.

No era de amistad, pero tampoco de animadversión. Era una cara de... ¿De qué?

Tan inexpresiva...

Pero ¿por qué le había salvado Álex aquella vez, y la siguiente, y...? ¿Por qué? Después nunca estaban juntos, nunca hablaban demasiado, no compartían el mismo espacio.

¿Simpatía?

¿Buen corazón?

¿La necesidad que tiene todo héroe de salir en defensa de los oprimidos como él?

Al final, Sebas, Luis y Paco dejaron de molestarle, por si Álex era amigo suyo. Pasaron de él y se sintió aliviado. Dos años menos malos. Hasta que al empezar el Bachillerato Álex no se presentó y entonces el infierno se desató sobre su cabeza.

Su padre se había suicidado hacía un mes, pero ¿cuántas veces pensó él mismo en suicidarse para no tener que ir al maldito instituto?

En el colegio habría hecho lo que fuera por Álex. Se habría sacrificado. De hecho lo hizo una vez, pagando por algo de lo que no era culpable sólo para protegerle. Cuando avanzó hacia el castigo lo hizo con orgullo. La primera vez que no le importaba. Todos sabían que daba la cara por su compañero. Nunca le habían mirado con tanto respeto.

Y nunca vio en los ojos de Álex más consideración que aquella vez.

Bueno, entonces y ahora, en el inesperado reencuentro.

Estaba empapado en sudor. Su casa era un horno. Y prefería tener las ventanas cerradas. Le daba miedo asomarse a ellas. Siempre sentía aquella extraña atracción hacia abajo.

Saltar.

Se levantó, se desnudó, fue a la ducha y se metió debajo del chorro de agua fría. Permaneció allí algunos minutos, quieto, sintiendo cómo el agua le corría por la cara, el pecho, el sexo, las piernas...

Teresa reapareció en su mente.

¿Por qué Álex había pasado de ellas? ¿Por qué las dejó marchar sin más?

«Estaban buenas, pero como ellas las hay a patadas. Fabricadas en serie. Hay tías que son como los salmones: nadan río arriba, a contracorriente, y cuando saltan las partes más empinadas siempre se encuentran con un oso esperándolos. Así que hay que ser oso, estar en el lugar adecuado en el momento preciso. ¿Qué necesidad tenemos de nadar con ellas?» «Hay unas reglas. Siempre que se juega a lo que sea las hay. Por esa razón nos hemos dicho adiós y ya está, *passsando*. Tan amigos.» «No íbamos a darles el gustazo de pedirles el teléfono ni mariconadas de ésas.»

Pablo cerró el agua.

Tenía ganas de llorar, y de gritar.

Se estaba hundiendo, Lo sabía. Se estaba hundiendo sin hacer nada. Así que tal vez Álex fuera una señal.

O su padre, cuidándole desde el cielo o donde diablos estuviese.

Se envolvió con la toalla y regresó a la habitación. La fotografía de su padre, sólo la suya, estaba sobre la mesa. Un Roberto García sonriendo, feliz, en los días en que nadaba en las procelosas aguas del amor.

Hacía de eso una eternidad.

Pablo se puso unos calzoncillos. No tenía hambre. Vería una película y pasaría de todo lo demás. Adiós a Teresa. Bienvenido Álex.

Álex.

CINCO

Se había reído más en la última hora que en...

¿Cuánto hacía que no se reía?

Primero el instituto, después las peleas finales en casa, más tarde la marcha de su madre y finalmente la muerte de su padre.

Encadenado.

Y fundido en negro.

Su vida era así: negra.

Álex era un rayo de luz. O la ventana que intentaba abrir para que esa luz llegara hasta él.

Apuró el último trago de cerveza y dejó el vaso sobre la mesa. El calor todavía se hacía sentir, caía a plomo sobre la ciudad mientras el anochecer extendía su manto protector. La zona todavía no se había llenado de los primeros noctámbulos impenitentes. Lo que había eran parejas mixtas o dúos de chicas y de chicos, como ellos.

Ninguna de las chicas era como las del día anterior.

—Un día te presentaré a mi tío Mateo —dijo Álex, hablando en serio por primera vez en mucho rato.

—¿Quién es?

—La persona que más admiro en el mundo. Mi única familia y un verdadero colega. Voy a trabajar para él en cuanto acabe el verano. Si necesitas algo...

—¿Algo de qué?

—De lo que sea —abrió las manos haciendo un gesto explícito—. Conoce a todo Dios, es hábil, está bien situado, tiene pasta por un tubo... Los Reyes Magos en uno. Y está encantado de ayudar. Yo me lo paso genial con él.

—Puede que conozca al que tiene que aprobarme en septiembre.

—Tú dime su nombre y hecho.

Pablo soltó un breve suspiro de ironía. Se encontró con los ojos de Álex fijos en él. Una fijeza a veces impertinente, porque no sabía qué veía ni qué pensaba.

No había cambiado nada.

La misma mirada que el día que le salvó de la paliza de Sebas, Luis y Paco.

Tan impenetrable...

Y al mismo tiempo tan inquietante.

—Anoche estuve registrando la cueva del pasado —volvió a tomar la iniciativa Álex.

—¿La qué?

—Ya sabes, los recuerdos —fingió indiferencia—. Le eché un vistazo a nuestros días escolares, aquellas fotos que nos hicimos en la excursión al volcán... —bufó con sorna—. Me dio por rebobinar y..., por Dios, no son más que unos pocos años, pero a mí me parece alucinante. ¡Mira que éramos pardillos!

—Tú nunca fuiste un pardillo.

—No te equivoques. Hay que montarse la película, nada más. Y yo me la monté de la mejor forma posible. Pienso que entre los once o doce años y los dieciséis o diecisiete los tíos lo pasamos mal, asquerosamente mal. Las tías también, con eso de la regla y de que un día se levantan y se ponen a llorar y no saben por qué. Pero los tíos, más. A ellas les cambia el cuerpo, se ponen buenísimas, son más listas porque dan antes el salto y nos dejan atrás. Así que hay que espabilarse. Y no es fácil. El día que un chico mayor me dio la primera hostia me juré que nunca más me darían otra.

—¿Qué hiciste?

—Le di una patada en los huevos y cuando estaba en el suelo le dije que ahora, si quería, podía matarme, pero que eso no arreglaría nada. ¿Y sabes qué pasó?

—¿Qué?

—Que nos hicimos amigos. Le caí bien, y él a mí. Cuando acabó de estudiar le perdí de vista.

—¿Y qué pasa con los que no somos tan agresivos?

—Pues que acabáis en el infierno y luego cuesta un huevo salir de él.

Pablo apartó los ojos de su compañero. El infierno. La palabra exacta. Paseó la mirada por las mesas que los envolvían deteniéndose en una pareja que hablaba de la forma más acaramelada posible. Ella era un dulce, rostro suave, el amor saliéndosele por cada poro de la piel. Acariciaba a su pareja con un mimo tan intenso que Pablo se sintió herido. Le hizo daño. Y no era la primera vez. Siempre sucedía lo mismo. La belleza le producía dolor.

El dolor de no tenerla.

Igual que un espectador constante del gran cine de la vida.

Sentado en la butaca, inmóvil.

—¿Recuerdas aquella obra del instituto?

Pablo se estremeció.

—No —mintió demasiado rápido.

—Sí, hombre, sí —Álex se acodó sobre la mesa—. Teníamos que preparar un número. Yo hice un *sketch* de humor que me inventé y tú fuiste en plan karaoke pastelero. ¿Qué cantaste?

—No lo recuerdo.

—Venga ya, tío, no me vaciles. Era algo de... una montaña, y tú dando saltos... ¡Pero si fue genial!

Pablo se resignó.

¿Qué importaba ya?

—*El loco de la colina*.

—¡Ésa!

—Dios —se llevó una mano a la cara y se la cubrió con ella. Incluso logró sonreír.

—Jo, macho, si es que fue...! —Álex lanzó una carcajada—. Te llamaron «el loco de la colina» el resto del curso.

—Hubo algunos que hicieron aún más el ridículo.

—No te digo que no. Yo mismo. Pero lo tuyo... ¿Por qué elegiste esa canción?

—Era de los Beatles y me sentía identificado, aunque nadie pilló la intención.

—Un poco masoca si eras, Pablito. ¿Qué decía la letra?

—No me acuerdo.

—Sí, sí que te acuerdas —le dio un golpe en el brazo para animarle.

—Que no, en serio. Me gustaba la canción, y me aprendí la letra para la función, pero nada más.

Álex le observó fijamente.

—Ya no estamos allí, ¿vale?

—Lo sé.

—Tú, parece como... —arrugó la cara con un inequívoco sentimiento de insatisfacción—. Como si todavía estuvieras allí.

—No es verdad.

—La mayoría de los tíos queda marcado por recuerdos de su infancia y su adolescencia. Es un lastre que hay que soltar. Luego, a los cuarenta, ¿qué, a soltarle la tela a un psiquiatra para que te vacíe la mollera? Demasiado tarde, hermano.

Pablo pensó en la letra de *El loco de la colina*. A veces la tarareaba sin darse cuenta.

—Vale, perdona, no quería meterme contigo —se excusó Álex.

—No me he enfadado.

—Pero te quedas callado, y no sé lo que hay aquí dentro —le apuntó la cabeza.

—No pasa nada.

—Soy un capullo. Yo también lo pasé muy mal al morir mi padre. Lo que tenemos que hacer es divertirnos, a tope. ¡Estamos en pleno verano, y aquí, en casa! Venga, ¿qué hacemos? No vamos a pasarnos la tarde sentados aquí en esta terraza viendo pasar al mundo mientras tú te derrites por la niña esa de ahí.

—Sólo la he mirado.

—Pues ten cuidado con tus expresiones. No sé cómo no se te han caído los ojos. ¿Te gusta?

—Mucho.

—¿Le espanto al novio y tú atacas?

—No seas bestia.

—Entonces, venga, ¿qué hacemos?

—No sé —vaciló.

—¿Qué te apetece, pescado o carne?

Pablo logró forzar una sonrisa.

—Marcha de tíos gamberros y salidos o tías, escoge.

—Si escojo lo primero, ¿qué?

—Pues a romper la noche, beber, gritar, bailar, meternos con el personal. Puro pescado. Huele que apesta. La carne es más apetitosa.

—¿Vas siempre como un tanque?

—Sí.

—¿Y te funciona?

—Sí —le brillaron los ojos—. Pablito..., ¡me parece que estabas tú algo amuermado!

—¿Yo?

—Venga: carne —se levantó de la silla e hizo entrechocar las manos antes de gritar—:
¡Álex ha vuelto!

SEIS

No estaba habituado a las resacas, ni a despertarse a media tarde, así que la combinación de lo uno y lo otro se le antojó fatal para un correcto equilibrio físico y mental.

Primero, abrió los ojos.

Segundo, dominó la náusea.

Se quedó quieto, mirando el techo, habituándose a la luz que penetraba por los espaciados trazos horizontales de las láminas de la persiana. La cabeza le daba vueltas, así que, ante todo, debía detenerla. Respirar hondo y no apartar la vista de un punto fijo situado allá en las alturas. Lo del estómago, lo que le subía y le bajaba por el pecho, era otra cosa. Por allí dentro había una guerra. Y una guerra de guerrillas. Cada órgano era asaltado por las molestias del otro. Las explosiones, en forma de crujidos estomacales, eran constantes. No iban a quedar supervivientes.

Pablo sonrió.

No, no se arrepentía. —Dios... —se llevó una mano a la frente. Reír le provocó una nueva andanada de dolores y espasmos por el cuerpo. Volvió a quedarse quieto. Sin embargo, nada como intentar levantarse. Entonces sí supo lo que era sentirse mal.

Tuvo que permanecer sentado en la cama, con la cabeza apoyada sobre las manos y los codos hundidos en las rodillas. Su último vómito estaba allí, entre la cama y la puerta, pastoso, maloliente. Recordó el suplicio de llegar hasta su destino y dejarse caer tal cual para romper la cadena final con el mundo consciente. Y menos mal que había logrado llegar a su casa. Estuvo a punto de caer redondo en plena calle, o en cualquier otra parte.

Sí, ¿cuánto hacía que no se reía tanto ni se desmadraba de aquella forma?

—¡Suéltate, Pablo! ¡Suéltate! —le había gritado Álex. Y se había soltado. Joder si lo había hecho! Hizo un supremo esfuerzo. No tenía nada que hacer pero no pensaba seguir en la cama y empalmar con la noche, porque entonces acabaría cambiando su metabolismo y... ¿Y qué?

Lo dijo en voz alta: —¿Y qué?

¿Alguien le pedía cuentas? ¿Alguien le preguntaba? ¿A alguien le importaba?

Sí, ¿y qué?

Era verano, Álex venía a ser una especie de autopista sin límites, y él, por primera vez, quería correr, a toda mecha. Correr y no mirar atrás.

Se levantó.

Vaciló, se mareó, se apoyó en la pared, dejó que la guerra interior continuase por su cuenta pasando de ella y caminó, o mejor dicho se arrastró, hacia el cuarto de baño. Una vez en él celebró su victoria. Primero orinó, largo y tendido. Luego se apoyó en el lavabo y se miró en el espejo.

Era él, pero igual que si una apisonadora le hubiese pasado por encima.

—Estás loco, tío.

No se lo decía a sí mismo, sino a Álex, como si estuviera al otro lado del espejo.

Loco por completo, de remate. Un loco que sabía divertirse. Divertirse y contagiar.

Nada se le resistía. Todo parecía posible con él. Lo hacía fácil. Su cara dura, no cortarse por nada, sacar los bemoles donde y cuando era necesario, pasar de todo...

Y con dinero en el bolsillo.

¿Cuánto debía...?

No, tanto daba lo que se hubiera gastado Álex invitándole, rompiendo la noche, como él decía. Y tampoco le importaba de dónde lo sacaba. ¿No le dijo el primer día que su padre se movía entre el poder y las relaciones? A fin de cuentas él también tenía dinero, el de su abuela. ¿Qué más se podía pedir? Verano y pasta.

—*Take it easy.*

Tenía que dejar de hacerse preguntas por todo. Tenía que dejar de comerse el tarro. Tenía que abrir la ventana de su vida y dejar que entrara el sol. Tenía que escribir un decálogo de intenciones.

Tenía *algo* que hacer.

Eso era lo genial.

Un *algo* que equivalía a *nada*, pero tan distinto a su inmovilismo y la cárcel física y mental en la que vivía...

Dieciocho años haciéndose preguntas. Una vida perdida entre el miedo y el fracaso. El loco de la colina. Álex representaba todo lo que no era él. Necesitaba despertar, y su recuperado amigo se presentaba como un despertador. Habían bastado dos días.

Dos días para romper la primera cadena. Y de pronto parecía tan sencillo... Álex lo hacía fácil.

Y él le había seguido con la misma facilidad. Nadie podía detener un rayo.

Se lavó la cara, dejó que el agua fría le despejara y luego fue a la cocina a por un cubo y la fregona. Tenía que limpiar el vómito de su habitación o el mal olor lo impregnaría todo. El dolor de cabeza se alió con la guerra de su cuerpo y el campo de batalla se expandió. Si no hacía algo, pronto habría víctimas significativas. ¿Por qué pensaba en términos bélicos? La noche anterior había sido todo menos una guerra. Cerveza, las dos chicas, Petra y Maruja, la locura desinhibida de...

El timbre del teléfono le arrancó los pensamientos de cuajo.

Se llevó a Petra.

No supo si contestar. Las alternativas eran escasas, y más dada la hora. Pensó en Álex y eso lo animó.

Álex, Álex, Álex...

—¿Sí?

—Pablo, soy mamá.

Su madre.

Se hundió en una butaca e incluso las guerrillas decidieron hacer un alto en los confines de su cuerpo. Quedaron a la expectativa. Su madre. ¿Y qué? Debería odiarla y, sin embargo, no podía. Debería culparla de todo y, sin embargo, no lo lograba. Debería olvidarse de ella y, sin embargo, aún era capaz de sentirla, allí mismo, en el piso.

Llamándole, riñéndole, abrazándole...

Ella sólo había querido vivir, aunque el precio hubiese sido la vida de su padre, el mejor

de los hombres, su amigo.

—Hola, mamá.

—¿Qué haces?

—Nada, estudiar.

—Bien.

No le preguntó qué tal estaba ella, cómo le iba todo. Sabía que estaba bien, radiante a pesar de la última tragedia, y sobre todo feliz, muy feliz. Se había ido de casa para serlo.

Apurar la vida.

El silencio volvió a romperlo ella.

—¿Tienes algún plan para agosto?

—No.

—¿Vas a quedarte aquí?

—Sí.

—¿Por qué no...? —el temblor en la voz la traicionó—. ¿Por qué no vienes a cenar un día?

—No sé, mamá.

—No puedes estar solo, hijo, y menos en casa.

—¿Y qué quieres que haga, que me mude?

—Sólo una cena. Ya ha pasado...

¿Cuánto? ¿Mucho tiempo? ¿Y cuánto era «mucho tiempo»? ¿El necesario para olvidar, perdonar, a la espera de que el cadáver de su padre se enfriara para siempre?

Pablo pensó en Álex.

¿Qué le diría él si ella fuese su madre?

Tal vez «¿Me necesitas, mamá?». O algo peor, «¿Ya se le han acabado las balas a tu semental?».

Pero él no era Álex.

Su madre le había dicho: «No me juzgues. Por favor. Los hijos no sabéis nunca nada de los padres».

El silencio se hizo demasiado opresivo.

—Ya iré, mamá, pero no sé cuándo.

—Sandro y tú os llevaríais bien si le dieras una oportunidad.

«Tú no le diste ninguna a papá.»

—Mamá, por favor, ya vale.

—Si lo prefieres le diré que no esté.

Iba a llorar. Su madre nunca lloraba y ésta vez iba a hacerlo. No estaba seguro de soportarlo. Ninguna lágrima era suficiente. Decidió terminar con la tortura a medida que, de nuevo, el campo de batalla de su estómago reiniciaba las hostilidades.

—Te llamaré, mamá. Tengo que colgar.

—Cariño...

Depositó el auricular en su soporte y permaneció en la butaca la eternidad siguiente.
Más de cinco largos minutos.

SIETE

Salieron del cine rodeados por una variopinta mezcla de noctámbulos y noctámbulas. Salvo alguna pareja madura, de cuarenta para arriba, la mayoría eran jóvenes. Del resto, grupos de chicas y algún que otro dúo formado por chicos, lo mismo que ellos. En general, la sensación era la misma para todos: se habían metido allí para escapar del calor y pasar un rato a la fresca viendo una estupidez en un local climatizado. Mejor eso que otra cosa.

Álex le pasó una mano por encima de los hombros.

—Pablo, no sabes lo que me alegra haberte encontrado.

—Cualquiera diría que no tienes amigos.

—Eh, eh, para —se puso serio—. Colegas hay muchos, en todas partes, pero amigos... Eso es distinto.

—En el instituto no éramos amigos.

—Tampoco éramos enemigos, que yo sepa.

—No.

—Mira —le presionó el hombro—. Tal y como lo veo yo, la amistad es un vínculo. Aparece de forma inesperada entre dos tíos y entonces es más fuerte que nada. Más que ser hermanos. Con los hermanos se nace y toca aguantarse. Te caen encima. A los amigos los eliges tú, o el destino. Tú no tienes hermanos.

—No.

—Yo tampoco, y me alegro.

—A mí me habría gustado tener una hermana o un hermano.

—¿Para qué? Si son mayores te putean. Y si son más pequeños tienes que cuidarlos para que no les puteen a ellos. ¿Sabes la de hermanos y hermanas que son extraños entre sí o que se odian?

—Eso depende de cada cual.

—Pablito, Pablito —suspiró Álex—. ¿Puedo decirte algo?

Siempre que le decía «Pablito» adoptaba un aire condescendiente. Era lo que menos le gustaba.

Tenía que decírselo.

—¿Qué es?

—A la que bajas la guardia aparece ese punto de desaliento tan tuyo, ¿sabes? No sé cómo explicarlo. Es un freno. Sí, eso, como ir con el freno de mano puesto en todo momento. Aunque corras, como anoche: el freno de mano siempre tenso. Te falta esto —unió el dedo pulgar y el índice hasta que casi rozaron el uno con el otro— para romper aguas, de verdad. Y ya sé lo de tu padre, vale, un palo. Pero es que también eras así antes, en el maldito instituto. ¿Me equivoco?

—No —fue sincero.

—¿Qué te pasa? —le presionó el hombro por segunda vez.

—Nada —se encogió de hombros.

—Vale, está bien —el contacto desapareció. Álex elevó ambas manos, igual que si le

apuntaran con un arma directamente al pecho—. Ya te abrirás cuando quieras, ostra.

—No soy una ostra.

—Entonces peor, macho: es que eres así, ¡un *flemas*!

Le hizo reír. No se lo tomó como un insulto. No con él.

—Siempre fuiste un burro —resopló Pablo.

—Pero enrollado.

—Oh, sí, enrollado —asintió—. De eso nadie duda.

—Pues venga, ¿qué hacemos esta noche?

—Otra como la de ayer no, por favor.

—¿Qué pasa? Bien que te soltaste el pelo, maricón.

—Ya —resopló por segunda vez.

—Así que hoy va a ser tranquila.

—Mejor, sí.

Ya se habían alejado bastante del multicine. Caminaban solos, sin nadie a su alrededor, y lo hacían sin rumbo fijo, bajo el manto cálido de la noche.

—A ti no te gustan esas gilipolleces de los videojuegos, ¿verdad? —preguntó Álex.

—No.

—Eso dice mucho en tu favor.

—Me parecen idiotas, una evasión para crios sin evolucionar.

—Encefalograma plano.

—Eso.

—Estoy de acuerdo, pero lo tuyo también... es como para hacérselo mirar.

—¿Qué es lo mío?

—Los libros.

—Me gusta leer, sí.

—¿Ves como eres raro?

—¿Leer es ser raro?

—Tanto, tanto, según me has dicho, pues sí. Oye, ¿y de política cómo andas?

—Ni idea. Paso.

—Pero tendrás una tendencia.

Pablo plegó los labios y movió la cabeza de lado a lado.

—A ver. Si jugaras al fútbol, ¿lo harías de extremo derecho, de interior derecho, de delantero centro, de interior izquierdo o de extremo izquierdo?, como se decía antes de que empezaran con esas idioteces de los medias puntas y los puntas, que parecen albañiles todos.

—¿No recuerdas que a mí me ponían siempre de portero?

—No me vaciles, Pablito...

—Vale, supongo que estaría entre el delantero centro y el extremo izquierdo, técnicamente hablando.

—De diez. La estrella.

—No sé, el fútbol también me parece una gilipollez.

—Da lo mismo. Resulta que eres un poco izquierdoso.

—Me va el rollo de las ONG, Amnistía Internacional, Médicos Sin Fronteras y todo eso, sí —reconoció Pablo.

—Los colorines.

—¿Los colorines?

—Sí, ya sabes, los de Greenpeace con sus arcos iris... que por cierto es la enseña gay, y todas esas historias tan bonitas —le dio énfasis a sus palabras—: ¡Salvad las focas! ¡No al PVC! ¡Defendamos a la nigeriana que se ventiló al vecino y va a ser lapidada!...

—Coño, es que es así.

—¡Claro que es así! —casi gritó Álex—. Pero ¿crees que todos éstos hacen algo o qué?

—Sí.

—¡Anda ya! —le hizo un gesto con la mano derecha—. ¡Despierta, Pablito! ¡Al palo, con palo, y no hay más!

—¿Me vas a salir facha?

—Te voy a salir con dos hostias, ¿qué dices? —se puso más serio de lo que le recordaba desde su reencuentro—. Ni facha ni leches. Es de sentido común. Mira: hay un mundo, uno solo, y seis o siete mil millones de parásitos encima, con fecha de caducidad, egoístas, ególatras y con una idea a piñón fijo: pasarlo lo mejor posible. Así que dime, ¿crees que unas cuantas ONG y diez mil, cien mil o un millón de santos van a hacer algo? No jodas, hombre. Se extinguirán las focas, se fabricará PVC o lo que sea que resulte más barato y dé mas beneficios, y se lapidará a la nigeriana de turno porque los que mandan en su país son unos fanáticos intolerantes con barba y turbante. Eso mientras no haya petróleo allí y a los yanquis no les dé por hacer un picnic «liberador» —dijo esta última palabra haciendo un entrecomillado con los dedos índice y medio de ambas manos.

—Un poco radical —dijo Pablo por decir algo, frenado por el despliegue oratorio de su amigo.

—Si es que no hay más, macho. Y el resto, historias. ¿A quién queremos engañar?

—Ahora el que parece que haya recibido un montón de palos eres tú.

—Es que me los han dado, ¿qué te crees? Te haces fuerte a base de ellos. Por eso tú deberías serlo más.

Se sintió herido, atravesado por aquellas últimas palabras. Pero no se lo dijo.

—Si no hacemos algo, el rollo se terminará mucho antes.

—¿Cuánto antes? ¿Cien años? ¿Más? ¿Menos? ¿Y qué? Tú y yo ya estaremos en la Dimensión Desconocida.

—¿De quién crees que es el mundo, Álex? —le preguntó de pronto—. ¿De los optimistas o de los pesimistas?

—¿De quién va a ser? ¡De los optimistas!

—Te equivocas: es de los pesimistas. Sólo ellos pueden cambiarlo ya que los optimistas piensan que cambiará solo.

Álex se detuvo.

Frunció el ceño.

Y luego acabó sonriendo con la comisura del labio.

—Muy bien, Pablito. Muy bien —asintió—. Un diez para ti.

—Menos mal —reemprendieron la marcha—. Creía que te estabas poniendo como una moto.

—¡Y me pongo! ¡Es que a mí estas cosas...! —volvió a pasarle la mano por encima de los hombros—. ¡Bah, olvídate de esos rollos! Oye, una pregunta: ¿a ti no te gustaba aquella chica, Nani?

OCHO

Nani.

Le perdió el rastro cuando se fue del instituto. El rastro, pero no la memoria. Estaba buenísima, la chica diez, total, rostro expresivo, ojos mórbidos, labios sensuales, un cuerpo único. Habría dado también media vida por salir con ella, poder abrazarla, besarla, tocarla... Media vida, y hasta una entera, porque en aquellos días se sentía tan inútil, tan vacío, que estaba seguro de que la vida no iba a servirle de nada. Así que mejor un minuto de gloria que un año de pena, y un día de ensueño que lo que le quedase en la penuria de su timidez.

Nunca le dijo nada.

Nunca se acercó a ella.

La miraba desde la distancia y nada más. Miradas encendidas, dolorosas, de carnero degollado. Miradas inútiles. Aquella mata de pelo rojo que flotaba como una bandera y le ponía a mil...

—¡Sorpresa! —dijo señalándosela.

—Dios, ¿cómo la has encontrado?

—Una pregunta por aquí, otra por allá... ¡Por Dios, Pablito, que no vivimos en ciudades distintas! Si todos íbamos a la misma cárcel estudiantil... Un par de llamadas y listos. La suerte es que encima tengamos esta fiesta de por medio. Es perfecto.

Nani.

¿Cuánto llevaba Álex de vuelta?

Unos días. Y apenas cuarenta y ocho horas desde que le preguntó por ella al salir del cine. Suficiente para que él pareciese arreglarlo todo.

Un mago de lo imposible.

—Sigue estando buenísima —comentó su amigo.

—Más.

—Potente.

—Sí.

—Y no tiene novio, así que es toda tuya, chaval.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé —repuso paciente—. Es lo primero que le he preguntado.

—¿A quién?

—A Rosa, la hermana de Javi, que sigue siendo su mejor amiga. Ella también me ha hablado de este fiestorro.

Los nombres surgían del pasado uno tras otro.

Como si Álex los recuperara.

—Oye, ¿vas a ir a por ella o no?

—Sí, ya voy, es que la sorpresa...

—A mí porque no me van las pelirrojas, que si no, nos peleábamos por ella. Reconozco que está de muerte, mejor que en el instituto. Se ha puesto de alucine.

—¿Por qué no te gustan las pelirrojas?

—Ahora ese pelo enloquece —hizo un gesto distendido, hablando desde su habitual superioridad—, es puro fuego, te pone a mil, pero a los treinta, o antes, se les vuelve blanco. Totalmente blanco. Cuestión de no sé qué genes, pigmentación o lo que sea el rollo que les da.

—¿Y si es tu mujer, qué?, ¿pasas?

—¿Mujer? —se estremeció—. ¡Jo, macho!, ¿estás de coña? ¿Quién piensa en eso?

—Pues, entonces, ¿qué más da cómo esté a los treinta?

—¡Muy bien! —le sacudió un golpe en la espalda—. ¡Ése es mi Pablo! ¡Sí, señor! ¿Ahora qué, vas o no vas?

Pablo volvió a mirarla. De hecho, sólo había apartado los ojos de la chica un segundo, para centrarlos en su nuevo compañero de correrías. Nani estaba al otro lado de la sala, brillando con luz propia en la fiesta. Ni sabían exactamente de quién era el cumpleaños.

Una fiesta en pleno verano, con medio mundo fuera.

¿Por qué nunca intentó buscarla, hacerse el enconradizo, darse una oportunidad?

¿Por qué siempre se condenaba de antemano?

—Venga —Álex alargó la vocal y le empujó suavemente.

Tres años. Otra vida. Nani era el oscuro objeto de sus sueños. Cerraba los ojos y fantaseaba. Vivía cientos de aventuras imposibles. ¿Cuántas veces lo había hecho imaginándosela a su lado?

Trató de pensar un diálogo: «Hola, ¿te acuerdas de mí?». No, qué estupidez. Tenía que dar por sentado que se acordaba. «Hola, soy Pablo.» Tampoco. ¿O sí? Ella debía sentirse cómoda, no tenía que ponerla en aprietos de memoria. Aunque no habían cambiado tanto. Bueno, ella sí. Mucho. Parecía tener ya más de veinte. «Hola, ¿bailas? Dios, qué sorpresa, estás increíble». Sí, mejor. Álex lo haría así.

No, Álex la seduciría con la mirada, se le acercaría despacio, comenzaría a hablarle de... Nani miró hacia él.

Pablo ya no pudo detenerse. Por detrás, Álex le empujaba igual que un émbolo. Se puso rojo. Nani frunció el ceño. Aquella mata de pelo rojo le ardió en las venas y le hizo estallar la cabeza. Las dos amigas que hablaban con ella siguieron la dirección de sus ojos.

—¿Pablo? —preguntó la pelirroja—. ¿Eres tú?

—Sí —dio el último paso.

—¡El loco de la colina!

Se le doblaron las rodillas. Aguantó el tipo. Tragó saliva y mantuvo la sonrisa. No sabía si estaba congelada en su rostro o tenía aquel tono patético de tantas y tantas veces. No dio marcha atrás. Si se rendía, fracasaría. Y no sólo con Nani. También con Álex.

Su amigo era capaz de...

—El loco de la colina —asintió Pablo fingiendo indiferencia.

—¡Ay, perdona, tú, pero es que aquella obra...! ¡Se te quedó lo de «el loco de la colina»! ¡Estuviste genial! ¿Qué haces aquí?

—He venido con un amigo de Rosa.

—Bueno, ¿y qué te cuentas? —le brillaron los ojos mientras enderezaba un poco la espalda para crecerse ante él, siempre con su cabello como bandera.

Las dos amigas intercambiaron una mirada.

—Luego nos vemos —dijo la primera.

—Voy a por algo de beber —dijo la segunda.

Nani pasó de ellas.

Pablo ya estaba más cerca de lo que jamás estuvo y de lo que jamás hubiera imaginado estar a pesar de todas sus fantasías.

NUEVE

No hablaron hasta pisar tierra firme, es decir, la calle, lejos de las arenas movedizas del ático en donde se celebraba la ya lejana fiesta.

—Lo siento.

—Tú no tienes la culpa.

—Ya, pero es como si te hubiera ayudado a derribar un mito de tu adolescencia.

—Ahora por lo menos me siento libre.

—Pero ¿tan mal...?

Pablo soltó un bufido.

—Peor.

—¿Idiota, idiota?

—Al cuadrado.

—Si es que las tías... Son desconcertantes, ¿sabes? Desconcertantes e imprevisibles. Tú no la recordabas así, seguro.

—¿Yo? Yo la veía como una diosa. Ahora ya no sé si entonces era así. Nunca hablé con ella.

—Se te ha caído a los pies.

—Es que tendrías que haberla oído, macho.

—No, si ya me lo imagino.

—Es que ni siquiera tengo palabras para definirla.

—Cría.

—Supongo —asintió con la cabeza.

—A veces todo ese rollo de que evolucionan antes y son más listas y leen más... Sí, es posible, pero después... En fin —suspiró Álex—, que no sé qué decirte. Vaya putada.

—Cuidado con lo que desees: puedes conseguirlo.

—¿Quién dijo eso?

—No sé, pero es cierto.

—Puede que en el fondo haya sido mejor—reflexionó Álex tras unos pocos pasos en silencio.

—¿Por qué?

—Se te ha caído un mito juvenil, de acuerdo. Pero si no llegas a descubrir que es tonta perdida igual te habrías pasado la vida colgado de ese recuerdo. El primer amor y todo ese rollo, ya sabes. El sueño imposible. Lo queramos o no, en el fondo estamos atados a arquetipos, mitos, trampas... Ahora eres libre. Nunca dirás: «Ah, mi Nani, si hubiera podido...». Has podido, y has sido lo suficientemente listo como para no dejarte cegar por la fachada, esa sonrisa, ese pelo, ese cuerpo, e ir a donde realmente cuenta: el interior. Si esto no funciona —se tocó la frente con un dedo—, el resto se desmorona.

—Sí, supongo.

—De todas formas... —le dio un codazo sonriente—. ¿No daba ni para un revolcón?

—¿Tú lo habrías intentado?

—Ah, sí. Para acabar de derribar ese mito. Una cosa no quita la otra. Incluso en plan venganza. «Tía, me las hiciste pasar canutas, besaba el suelo que pisabas en el instituto y tú nunca te dignaste mirarme. Ahora muerde el polvo, mamona.»

—¡Qué bestia eres!

—Y tú ya es la segunda o la tercera vez que me lo dices —se picó Álex—. A ver si me vas a cabrear. ¡Anda y no me vaciles, chaval, que no me chupo el dedo! —se colocó delante de él y le bloqueó el paso, así que los dos se detuvieron—. Eh, oye —le puso un dedo en el pecho—. Soy yo, Álex. Si vas de mojigato y carca, me abro.

Pablo sostuvo su mirada.

Incluso, por espacio de un largo segundo, lo pensó.

Se vio a sí mismo como unos días antes, solitario, perdido, encerrado en casa, castigándose a sí mismo por las culpas del mundo entero. Recordó lágrimas, tensiones, presiones, y sobre todo aquella fuerte sensación de vacío, de no ir a ninguna parte, con una mano invisible tirando siempre de él hacia abajo, hacia la oscuridad.

No, no quería perder a Álex.

Le necesitaba.

Había hecho más cosas y se había sentido más libre en aquellos días que en las últimas... ¿semanas?, ¿meses?, ¿años?

Álex le golpeó el pecho con el puño cerrado.

—Necesitas olvidar el trauma de Nani. Vamos a por unas birras, nene.

DIEZ

La borrachera era más suave.

Suave como las olas del mar, que se mecían con la paciente calma de su eterno ir y venir, apacible y sereno. El agua tenía todavía un color plumizo bajo el amanecer nuboso y en la playa, aquí y allá, destacaban los bultos de los que dormían o se abrazaban, esperaban o quemaban las últimas reservas de la noche, cantando y bebiendo hasta la gota final de sus botellas.

Ellos estaban sentados sobre unas rocas, miradas extraviadas, flojedad muscular, almas abiertas.

Todos los amaneceres a la orilla del mar solían ser así.

Desnudos.

—Mi padre se suicidó.

Álex volvió la cabeza hacia él, despacio. Pablo siguió mirando el Mediterráneo, respirando casi al compás de las olas.

—Era un tío legal, quería a mi madre con locura —continuó—. Siempre me decía que se veía en el futuro con ella, los dos muy viejos, cogidos de la mano. Y pobre del que se quedara tras enterrar al otro. Era... era un romántico. El último romántico.

—¿Qué pasó?

—Veneraba a mi madre de tal forma que... —las palabras se le resistieron por espacio de un segundo— besaba el suelo que ella pisaba, la tenía en un pedestal. Decía que era la mujer más guapa que jamás había conocido.

—Y tenía razón —repuso Álex.

—Pero mi madre ha tenido siempre miedo a los años. Más que miedo: pavor. Nunca decía su edad, no celebraba los cumpleaños. Si querías fastidiarla de veras no tenías más que felicitarla ese día. Se ponía a mil. Ya ni quería que nos vieran juntos, a ella y a mí, porque teniendo un hijo mayor no podía decir que estuviera en los treinta y pocos. Se ha cuidado siempre: cremas, regímenes, salones de belleza... Al cumplir los cuarenta se hizo un *lifting*, o como se llame. Luego la *lipo*, para reducir vientre, caderas... Y finalmente se retocó el pecho y no sé qué más.

—En plan muñeca.

—Sí. Total. Ha cumplido los cuarenta y cinco y aparenta treinta, treinta y cinco como mucho. Una auténtica locura. Y, por supuesto, viste en consonancia. Fueron dos años de vértigo, hasta que...

—Sigue.

Pablo vio un destello. Comprendió que eran sus ojos. Los tenía vidriosos.

Era la primera vez que contaba aquello.

—Vamos, sácalo —le animó su compañero.

—Joder, tú.

—Sácalo todo. Ahora.

—No es... fácil.

—Porque te lo has guardado dentro, ¿no es cierto?

—Sí.

—Pues entonces, venga. Es tu oportunidad. Has tenido que esperar demasiado tiempo para descubrir que Nani es idiota. No te quedes toda la vida con esa mierda dentro, porque acabará oliendo, y tú con ella. Que se joda el psiquiatra que tenga que tratarte a los treinta o a los cuarenta.

Pablo se pasó una mano por los ojos. No lloraba, pero el brillo y el escozor aumentaban, amenazantes. Todavía no había vuelto la cabeza hacia su amigo. Su mirada se hundía en las aguas del mar sin resistencia alguna. Tocaban su fondo.

Su fondo.

—Ella... se enamoró de otro, un tío brasileño, de treinta años, camarero.

—¿Camarero?

—Camarero —asintió—. Mucha labia, mucho cuerpazo, mucho encanto, mucho sabor...

—Sí, sé de que van. Y todo lo demás: mucho...

Pablo bajó la cabeza por primera vez.

—Perdona —dijo Álex.

—Es la verdad —convino él—. Perdió la cabeza por ese tío, por su juventud, por todo lo que podía devolverla a sus mejores años, pasando de la edad.

—Y tu padre la pilló.

—No. Mi padre nunca sospechó nada. Ni lo habría imaginado. ¿Su Chari? ¿Su amada Sagrario? Imposible. Fue ella la que se lo dijo una noche: «Me he enamorado de otro y me voy». Punto.

—Qué fuerte.

—No sé si él ya no estaba para alardes o qué. Tenía siete años más que ella. No tengo ni idea. No hubo peleas, ni gritos, ni una bofetada... Nada. Lo cierto es que lloró, le pidió que no le abandonara, suplicó... Y mi madre se marchó igual, liándose la manta a la cabeza. Quería descubrir un nuevo mundo, recuperar la juventud, volver a empezar... Qué sé yo.

—Así que él se hundió.

—Pasó unos meses diciendo que ella volvería, que cuando despertara, cuando tropezara con la realidad, se daría cuenta de todo. La esperaba cada día, cada noche.

—¿La habría perdonado? —preguntó con expectación Álex.

—Sí.

—¿Con cuernos y todo, después de montárselo con su semental?

—Sí, mi padre sí. Nunca ha sido inflexible, sino todo lo contrario: muy tolerante. Solía decir que todos cometemos errores, que nadie es perfecto, y que lo importante es la capacidad de regeneración y la esperanza del futuro.

—Un idealista.

—Quimérico, supongo.

—Pero también un buen tío.

—Mucho.

—Por eso vives solo, porque después de su muerte...

—Primero me quedé con él, por supuesto. No quería saber nada de mi madre ni de su aventura. Ella tampoco habría querido que yo estuviese allí, con su maldito Sandro. Encima mi padre me decía que tenía que verla, que siempre sería mi madre. Él no la odiaba. Dios..., ¡no la odiaba! Decía que era así, y había que entenderla. La esperó, y la esperó, y la esperó, hasta que comprendió que no iba a volver.

—Y se mató.

—Sí.

—¿Cómo?

—Fue... en mi casa.

—¿En tu casa? —Álex le escrutó con atención.

—Sí, en la habitación que había sido de ellos. Colocó una madera entre el armario y la ventana y se colgó de ella.

—¡Coño, Pablo!

—Tenía que haberle encontrado la mujer de la limpieza, pero ese día regresé antes de hora, así que...

—¿Tú...?

—Sí.

En algún lugar de la playa, no muy lejos, una chica empezó a cantar. Su voz era dulce, armoniosa, y la canción muy bonita, en inglés. Una canción tan luminosa como el sol que empezó a despuntar por el horizonte, rompiendo la última quebrada nocturna para saludar el nuevo día.

Pablo cerró los ojos en ese momento y apenas si sintió la mano de Álex por encima de sus hombros.

Él estaba abrazado a la canción.

ONCE

Los nichos formaban un reticulado homogéneo sobre el rectángulo gris que iba de un lado a otro de la calle y se encaramaba hacia el cielo. Ojos ciegos. Ventanas tapiadas. En unas había flores recientes, en otras flores secas y en las más, una nada absoluta que demostraba el vacío de la muerte. En unas brillaban lápidas blancas o negras con inscripciones eternas y en otras lápidas sencillas, discretas, sin apenas una mención de los que descansaban al otro lado. En unas había cristales, marcos con fotografías. En otras, el cemento oscuro que aguardaba el paso del tiempo.

Ventanas. Simples ventanas de un edificio sin puertas ni vida.

El sol pegaba de lleno al otro lado, así que no salió de la sombra que le proporcionaba aquella mole. Además, el nicho de su padre estaba en el segundo piso. Era perfecto. No tenía que mirar hacia arriba, ni llamar a un operario con su escalera elevada para depositar unas flores que no llevaba ni limpiar el marco que no tenía. La lápida era de las sencillas. Y familiar.

Allí estaban el abuelo y la abuela.

Cuando muriera, su madre jamás descansaría allí, así que el próximo era él.

Pablo puso una mano en la lápida. Sintió la frialdad de su contacto. No había nadie más en la calle.

Nada se movía, ni el Mediterráneo, bajo la montaña.

—Papá...

Era la primera vez que regresaba después de su muerte. No creyó que volviera jamás. Estaba seguro de que aquel día había echado a correr y todavía seguía sin detenerse. Y, sin embargo, se encontraba allí.

Cerraba los ojos y evocaba el día del entierro.

La caja penetrando en el nicho.

El hombre colocando la lápida.

—No podía venir, ¿sabes?

Recordó que miró hacia arriba y contó los pisos que el nicho tenía por encima. Muchos. Demasiados. Recordó que se estremeció al pensar en lo que debía de ser la eternidad con varios muertos encima.

¿Y al lado?

Familia González-Marín a la derecha. Familia Crespo-Roca a la izquierda.

Más tiempo en compañía de extraños a la hora de la muerte que en compañía de los vivos a la hora de la vida.

—Papá, ¿cómo estás?

Y el crucifijo. Su padre no era creyente. Pero el ataúd llevaba un crucifijo. ¿Por qué no había reaccionado? ¿Por qué se convirtió en un autómatas, colapsado, perdido?

Ahora era tarde.

¿O no?

Podía abrir la lápida, con un martillo, y descerrajar...

—Tengo un amigo —habló por tercera vez en voz alta.

La voz de su padre llegó hasta él.

—Bueno, no es nuevo —le aclaró—. Es de cuando estudiaba.

Sonrió.

—Te gustaría. No tiene nada que ver conmigo. Por eso nos complementamos. Y es genial. Está loco pero es genial. Supongo que en el fondo él se sentía igual de solo siendo como es que yo siendo como soy.

La pausa fue mayor.

Pablo apoyó la cabeza en la parte superior del nicho.

—¿Recuerdas cuando te lamentabas por no haberme dado un hermano?

Oía aquella voz. La oía.

No estaba hablando solo.

—Sí, ya sé. No fue culpa tuya. Mamá no quería. No quiso nunca. Yo fui un accidente, que si no... Me dijo más de una vez que le había estropeado la figura, el tipo, el pecho, y que no quería perderla del todo ni que se le cayeran las tetas con otro. Ni pasar por un segundo parto.

Ahora lo que escuchó fue el silencio.

—Siempre ella, ¿verdad, papá?

Silencio.

—¿Papá?

La pausa fue breve, hasta que recuperó la voz en su mente.

—Perdona que no haya venido antes. Perdona.

Se apartó del nicho al percibir un movimiento a su izquierda. Movi6 la cabeza y vio pasar un cortejo fúnebre por la avenida principal. El coche con el ataúd iba delante.

Detrás una pequeña fila formada por otros dos vehículos oficiales y tres particulares.

El rumor pasó y se alejó.

Pablo miró el cuadrado tras el cual seguía Roberto García Güell.

De pronto sintió rabia.

Dolor.

—Mamá dice que fuiste un cobarde, que lo fuiste siempre, y que por eso me dejaste solo, pero... tú no eres un cobarde, ¿verdad, papá? Sólo la querías.

La última pausa fue la más dramática.

—Mierda, papá... Mierda...

Comenzó a llorar bajo aquel silencio, bajo la tensión y el miedo.

Solo.

Muy solo.

DOCE

Las dos amigas de Álex estaban locas.

Así que eran geniales, sobre todo para una noche de marcha.

Locas, pasotas y de ensueño. Como le había dicho su amigo:

—Están buenísimas, tío. Y ningún problema con ellas. Vamos a ponernos las botas.

De momento, casi a las cuatro de la madrugada, lo que se ponían eran las pilas, con la música a tope, los *bpm*¹ a mil, desenfrenados y alucinantes en su sincopado frenesí rítmico. Los cuatro, ellas y ellos, inmersos en el centro de la pista de baile, llevaban el clímax al paroxismo de su libertad, desatados, rompiendo con todo.

Pablo ya no recordaba cuándo había sido la última vez que se había sentido igual.

Tal vez nunca.

—¡Oye, cuando quieras nos vamos! —le gritó Álex al oído.

No pudo escucharle pese al alarido. Y además, cada vez que le miraba le entraban ganas de reírse. Álex se había presentado con el pelo totalmente teñido de rubio. Un rubio chillón y espantoso. Para divertirse un poco y romper, según sus palabras.

—¿Qué?!

—¡Que cuando quieras nos vamos! —se lo repitió con la boca pegada a su oreja.

—¿Estás cansado?

—¿Qué dices?! ¡Es que no quiero que pasen el punto límite!

El punto sin retorno, en el que el cuerpo va a contracorriente de la mente. Captó la intención de su compañero.

Pablo las miró de nuevo. De hecho, no podía dejar de mirarlas. Era una escena demasiado sugestiva y potente. Lola, la suya, era morena, cabello muy negro y corto, ojos

rasgados, labios grandes y dientes perfectos. Carmen, la de Álex, también era morena, pero llevaba el cabello largo y alborotado, como si escenificara un anuncio de champú. Ella tenía los labios más pequeños, una fina línea que dibujaba dos hoyuelos en las comisuras cuando se reía, y lo hacía sin cesar. Eran extraordinariamente guapas, sexys, con el punto de morbo para que cualquiera las deseara, y más en aquellas condiciones. Ninguna tenía un átomo de grasa de más. Por ello iban casi desnudas, luciendo su cuerpo sin problemas, faldas cortas y sujetadores de encaje, una de rojo y la otra de azul. Nada más. Carmen llevaba un *piercing* en el ombligo. Lola el tatuaje de un dragón rampante por debajo de él. Un dragón que desaparecía hacia su sexo más allá de la falda sustentada milagrosamente en su cuerpo dada lo baja que la llevaba.

Álex ni siquiera le dijo de dónde las había sacado.

¹ *Beats per minut*, en español, «golpes por minuto». Es la base rítmica que marca el tempo de una canción. Cuantos más entran en un minuto, más ritmo. En un momento dado, en los albores de la electrónica, se estableció como tope máximo para la estabilidad emocional del oyente, a corto o largo plazo, que la cifra de golpes por minuto se mantuviera por debajo de los 135 (de todas formas, más de dos por segundo). La música de baile llevó el tope a los 150, dos golpes y medio por segundo. Las grandes *raves* (fiestas masivas y casi siempre ilegales) acabaron siendo locuras rítmicas encadenadas hora tras hora y día tras día, con sonidos cada vez más brutales y más duros en los años 80 y 90. Posteriormente, el *gabba* y el *happy hardcore* llevaron la cota incluso hasta los 250 bpm, (Nota del autor.)

—¿Qué quieres, su filiación? ¡Son dos putillas finas y pijas con ganas de pasarlo bien! ¡Viven de noche! ¡Y hoy su noche será nuestra!

Habían cenado, se habían reído, habían intimado. Los primeros juegos demostraron lo que Álex le acababa de decir por la tarde. Y de los juegos a las batallas, a la guerra de los sentidos. Carmen y Lola eran dos cabras locas, dispuestas a todo, picantes, irónicas, de vuelta del mundo y de la vida. Cada gesto era una provocación, cada roce llevaba una intención. Pescadoras en aguas bravas tanto como en aguas mansas. Álex era el agua brava y Pablo el agua mansa. Pero no les importaba. Sus cañas estaban a punto en todo momento, daban cuerda, recogían, daban cuerda, recogían. Los sedales siempre rodando, hacia adelante y hacia atrás. Y siempre un paso más por delante que en sentido contrario.

—Oye, si te gusta más Carmen, a mí... —le dijo Álex en voz baja antes de entrar en la discoteca.

—No, no, ¿por qué?

—No sé, pero quiero que te diviertas, hombre. Desde luego Lola se te come con los ojos, no sé si te has dado cuenta.

—¡Anda ya, siempre estás igual!

—Nene —le guiñó un ojo—, lo que yo te diga.

—¿Así de fácil?

—De otra cosa no sé, pero de tías... Tú tranquilo que hoy nos las llevamos al huerto.

Llevaban casi dos horas bailando, bebiendo, bailando... bailando...

Álex volvió a acercarse a su oído.

—¡Tengo una idea! —aulló contra sus tímpanos—. ¡Espera, ahora vuelvo!

—¡Vale!

Siguió bailando, con ellas dos de cara. Tal vez Álex tuviera razón. Carmen lo hacía con los ojos cerrados, inmersa en su catarsis individual, pero Lola lo hacía con la vista fija en él. Lo peor, es decir, lo mejor, era su expresión de «chica mala», la morbidez de su mirada, aquellos labios entreabiertos por los que a veces asomaba una punta de lengua sonrosada y viva al acariciárselos, el sudor que perlaba su piel y la voluptuosidad de sus gestos. Subía las manos, jugaba con ellas, fingía acariciarse el cuerpo, las extendía hacia él, le atraía, volvía a retirarlas, unía su cuerpo al suyo, se le frotaba, retrocedía... Y todo sin parar, armónica, siguiendo la música. Un placer sensorial.

Nunca, nunca había tenido una chica como Lola delante.

Y jamás había estado tan cerca de...

Haría el ridículo. Seguro. «Debutar» con una chica como Lola era pretender correr la maratón olímpica sin haber hecho antes ni los cien metros en el campo del barrio.

Se olvidó de su inseguridad cuando ella se le acercó una vez más, acentuando el toque de «chica mala», cimbreada, puso ambas manos alrededor de su cuello, le atrajo hacia sí y pegó sus labios a los suyos, sin más.

Algo estalló en la mente de Pablo.

Un fogonazo. Una luz. No había reaccionado y Lola ya volvía a separarse de él. Ni siquiera pudo retenerla, tomar la iniciativa. Carmen seguía inmersa en su universo personal.

El corazón le latió a mil.

No pasó nada más en los siguientes diez minutos. Baile y sólo baile. Los tres, enloquecidos con cada subida y extasiados con cada cumbre de machaconería decibélica. Los tres aislados del mundo en medio de aquella marea humana que buscaba su paraíso en la tierra.

Hasta que reapareció Álex, con su cabello amarillo y chillón.

—¡Ya está! ¡Ven! ¡Coge a Lola!

Tiraron de ellas. Primero, Carmen no quiso irse. Álex le dijo algo al oído y entonces la chica abrió los ojos y sonrió. Lola, en cambio, no hizo ni dijo nada. Siguió a Pablo mansamente, unida a su mano. A él le gustó el contacto. Pese al sudor, era suave. De momento, todos sus sueños eróticos se condensaban en aquel punto y en el beso de antes. Abandonaron la pista atravesando como cuchillos la mantequilla de aquel calor, cruzaron la macro-discooteca y salieron al exterior escapando del bullicio y la locura. Por entre las decenas de coches y motos aparcados fuera se movía otra pléyade humana formada por los que buscaban un respiro o todavía no habían entrado en el templo musical. Pablo se fijó por primera vez en que Álex llevaba una botella de agua de litro en su mano libre.

No se detuvieron hasta apartarse lo suficiente del local y sentirse solos.

Entonces Álex soltó a Carmen, introdujo la mano en el bolsillo de su pantalón y la retiró con algo que les mostró igual que un trofeo de caza, orgulloso.

Cuatro pastillas blancas, pequeñas, con una trompa de elefante impresa en su superficie.

—¡Tachan!

—¡Genial! —Carmen fue la primera en reaccionar.

—¡De puta madre, tío! —Lola unió sus dedos pulgar e índice formando un círculo.

—Venga, y cuidado que son dinamita pura, ¿eh? Nada de mariconadas para colocarse un poco.

Nadie miraba a Pablo. Las dos chicas sólo tenían ojos para las pastillas de éxtasis. Álex dejó que cada una tomara la suya.

Les pasó la botella de agua.

—Así, con agüita —dijo meloso—, para no pillar un golpe de calor y jorobarla. Y luego, si nos apetece, hay más. El súper no cierra y hay que estar a tope para lo que nos espera, ¿no?

Carmen casi se atragantó al reír.

—Malo... —le riñó Lola con intención.

—Esperad y veréis —las amenazó Álex.

—Los que vais a ver sois vosotros, pequeños —le devolvió el reto la chica.

Quedaban sus dos pastillas. La mano que las sostenía se tendió hacia Pablo.

Parecía hipnotizado por ellas.

Tanto que no hizo nada. No se movió.

—Venga, tío, que éstas se dispararán antes y luego habrá que correr para atraparlas.

Pablo tragó saliva.

—Es que...

Los ojos de Álex se entrecerraron. Las dos chicas ahora no les prestaban atención. Una bebía y la otra esperaba la botella. Se acercó a su vacilante compañero y su gesto fue de contenida rabia.

—¡Coge una, coño!

Sus ojos dijeron mucho más que su tenso susurro: «¡A ver si vas a fastidiar la noche! ¡Ya sé que es la primera que te tomas, Don Santo, pero estás o no estás! ¿Quieres a Lola? ¿Quieres enrollarte y tener tu primera experiencia real, de vida a tope? ¿A qué esperas, cobarde?».

Cobarde.

Pablo tomó la pastilla. Quería estar. Necesitaba estar. Todo su miedo ante las drogas sucumbió bajo la presión de los ojos de Álex. Toda su inseguridad se deshizo como un azucarillo. Y más cuando Lola volvió a mirarle y le pasó la botella de agua al tiempo que le lanzaba un beso con los labios en forma de corazón mientras entrecerraba los ojos.

Lo último que vio Pablo antes de ingerir la pastilla de éxtasis fue a su padre, muerto, frío, incapaz de sentir ya nada el resto de su larga eternidad.

TRECE

Caminaban dando tumbos por la calle entre gritos y risas. Gritos sin ton ni son. Risas mecánicas, imparables. A veces se abrazaban los cuatro, haciendo un alto, pero el camino lo hacían dos a dos, Álex y Carmen, Lola y Pablo. Se sujetaban unos a otros, se hablaban entre aceleraciones.

Pablo ni siquiera sabía si el colocón estaba en su cénit o si, por el contrario, todavía subía y subía y subía...

No le importaba.

La parte incontrolada de su ser volaba a años luz de la que permanecía enterrada y ahogada en algún rincón de su mente por los efectos del éxtasis.

—¡Se mueve! —balbuceó Álex señalando un edificio—. ¡Os juro que se mueve! ¿No lo veis?

Carmen se colgó de su cuello. Ya no podía más. Reía envuelta en una convulsión constante. Se deslizó hacia abajo y su compañero no pudo hacer nada por retenerla, al contrario, se dobló sobre sí mismo acompañándola en su incontrolada carcajada. Lola y Pablo se detuvieron.

—¡Menudo pedo! —dijo la chica.

Pablo la besó en el cuello.

—¡Mimosón! —se estremeció Lola—. Para o me vas a poner...

Se comió el «a mil». Le besó y se apretó contra él deliberadamente, las manos en la nuca, la lengua en su boca, el cuerpo tembloroso. Fue una voracidad tan rápida como breve. Lo apartó para respirar y le taladró con la mirada, aguda y nerviosa. Los ojos eran dos ascuas negras.

Todo se multiplicaba por mil.

Cada efecto, cada sensación.

—¿Falta mucho? —preguntó.

—Carmen vive ahí mismo —le echó el aliento Lola.

—Vamos...

Álex intentaba levantar a Carmen. Le era muy difícil. Pablo acudió en su ayuda. Al separarse de su compañera se dio cuenta de que aquel batir era el suyo, no el de ella. Su pulso iba desbocado. Y estaba el sudor, la risa fácil, la desinhibición, todos los efectos del éxtasis.

¿Dónde había leído que el primero era el mejor y el único?

Tiraron de Carmen. La chica intentó deshacerse de ambos.

—¡Dejadme en paz, capullos!

—Entonces danos las llaves de tu casa —dijo Álex.

—¡Y una mierda! ¿Los dos con Lola?

Pablo miró a Álex. Sus ojos gritaron «¡No, no, no!». Su amigo del pelo rubio, casi desconocido, rompió a reír una vez más.

Lola se unió al trío.

—¿Acabamos la fiesta aquí?

Se abrazaron los cuatro por enésima vez y confundieron sus carcajadas, hasta que Carmen se incorporó y quedó de nuevo colgada de Álex, vacilando pero firme. Pablo suspiró. Al otro lado de la calle un espejo le devolvió su imagen. Todos estaban en ella, pero él sólo vio la suya. Era él. Pero a la vez no lo era. No podía detenerse.

Algo muy fuerte, superior, lo guiaba, lo empujaba, lo proyectaba hacia otra dimensión. No tenía control sobre sí mismo. La bestia iba sola y él no era más que un armazón, la capa exterior. La bestia...

El chico magrebí apareció entonces.

Tendría unos quince o dieciséis años, era difícil de decir exactamente, y estaba muy delgado, tanto que sus brazos, lo más visible de él, apenas si mostraban algo de carne entre la piel y el hueso. Los ojos eran huidizos, el rostro como el de una garza asustada. Habría podido pasar cerca de ellos y desaparecer en la noche, correr, perderse. Pero no lo hizo.

Estaba quieto, observándolos en mitad de la calle vacía.

—¡Eh, tú! —le gritó Álex—. ¿Se puede saber qué estás mirando?

El chico magrebí bajó los ojos de inmediato. Reemprendió la marcha intentando pasar lo más lejos posible del cuarteto.

Álex no lo dejó.

Pese a todo, la suya fue una reacción rápida, se soltó de Carmen, le cortó el paso.

—Hablo contigo, cabrón.

Carmen y Lola todavía reían, aunque de forma más queda. Pablo ya no.

—¿Qué, no tenéis tías en vuestro puto desierto y venís aquí a calentaros mirando a las nuestras?

El magrebí no se movía, los ojos fijos en el suelo, paralizado por el miedo.

—¡Habla!

El grito los sacudió a todos.

—Yo no miro —dijo el chico.

—¡Oh, sí! ¡Tú sí miras, cabrón! ¡Tú sí miras!

—No.

—¡Las has desnudado con los ojos! —le dio un cachete.

Sonó igual que un martillo golpeando un pedazo de metal.

—Déjale, Álex —dijo Pablo.

—¿Que le deje? —le propinó un segundo cachete. El magrebí ni se movió—. ¿Que le deje para que vaya a su barraca de mierda a calentarse a cuenta de nuestras chicas? ¿Es que no tienes orgullo?

Tercer cachete.

—Se va a cagar de miedo... —contuvo la risa Carmen.

—Es mono, ¿no? —dijo Lola.

—Venga, di algo —Álex insistió con su cuarto cachete.

Por primera vez, el muchacho apartó la cara y subió ligeramente la mano. Sólo

ligeramente. Un gesto instintivo.

Ya no hubo un quinto cachete. Álex le pegó, con la mano abierta.

El magrebí reaccionó. No esperó más. Hizo un amago y trató de echar a correr. Pero fue lento. O Álex, pese al colocón, muy rápido, como si lo esperase. Le bastó con alargar la pierna para que el chico tropezara y cayera al suelo.

—¡Cerdo de mierda!

La patada lo alcanzó en el costado.

—¡Álex!

—¡Cállate ya y ayúdame, coño! ¡Venga! ¡Vamos, Pablo, joder!

Pablo fue hacia él. Quería sujetarle, impedir que siguiera pegando al magrebí. Pero ése era el Pablo oculto, prisionero de la bestia. El Pablo sin fuerzas, sin voz. Volvió la cabeza y vio a las dos chicas. Percibió su sed de sangre. Lo capturó en sus ojos.

Álex le dio una segunda patada al chico, y una tercera. —¡Pablo, ya, joder, ya!

Se encontró junto a ellos, la venda roja, la furia. Ya no eran Sebas, Luis y Paco pegándole. Ya no estaba él abajo y ellos arriba. Ahora el que estaba arriba era él. Y Álex le pedía ayuda.

Álex le necesitaba. Álex...

—¡Dale! ¡Dale ya! ¡Míralo, Pablo! ¡Míralo! ¡Es como el chulo ese, el de tu madre! ¡Piel oscura, pasando de todo, sin importarle nada...! ¡Vienen aquí a joderlo todo! ¡Ese mató a tu padre, Pablo! ¡Fue él! ¡Es como si hubiese atado esa cuerda! ¡Todos son iguales! ¡Es culpa suya! ¡Fuerte, fuerte, Pablo, duro!

Ni siquiera se dio cuenta de cuándo había dado el primer golpe. No fue consciente de ello. De pronto estaba allí, dándole patadas, y luego inclinado sobre su cuerpo mientras lo sembraba a puñetazos. Sudaba. La alucinación era muy fuerte, increíble. Y el placer. Sed de matar. Álex ya no hacía nada, sólo le empujaba, le empujaba, le empujaba... — ¡En la cara!... ¡Así!... ¡Márcalo, vamos!... ¡En los huevos!... ¡Ése es mi Pablo! ¡Sí, señor, mi Pablo! Un golpe, otro, otro más, como una máquina.

La bestia.

—¡Viene alguien!

No se detuvo. No pudo. Lo hizo Álex. Le sujetó por detrás y tiró de él.

—¡Corred!

Las dos chicas ya lo hacían después de advertirles. Ellos fueron en pos de sus sombras, calle arriba.

Ellas reían.

Con sus voces cristalinas, puras, femeninas.

—Joder, qué pasada, tío! —oyó jadear a Álex.

Pablo volvió la cabeza. El chico magrebí apenas si se movía en el suelo, intentaba arrastrarse, gemía. Por entre la alucinación final no supo si se alegraba de que estuviera vivo.

Hasta que el odio desapareció.

En un abrir y cerrar de ojos.

Fue un choque de trenes, frontal.

Y con la realidad volvió el miedo, la comprensión de lo que acababa de suceder, el último vestigio de humanidad que pudo reunir para no hundirse en aquella locura que le había puesto el cerebro del revés.

CATORCE

Se estaba acostumbrando a las resacas, pero aquélla era distinta.

No se trataba tan sólo de alcohol.

La pastilla...

No quiso abrir los ojos. Todavía no. Esperó, buscando un poco de concentración, tratando de recuperar olores, sabores y otras sensaciones. Lo primero fue dominar el dolor de cabeza, peor que el de las otras ocasiones. Lo segundo, averiguar dónde estaba.

Porque desde luego no era su cama, ni su habitación.

El olor era diferente.

El sabor de su boca, amargo.

Extendió una mano a cada lado. Él estaba boca arriba. Por la derecha no encontró nada, el final de la cama y punto. Por la izquierda, sus dedos tropezaron con un cuerpo humano.

Una piel cálida, sedosa, desnuda.

Movió la cabeza hacia ese lado y entreabrió los ojos. La claridad era difusa y provenía justo de la parte contraria, la que tenía ahora a su espalda. Por eso, la luz del día incidía directamente sobre la silueta de la chica.

Lola.

Todo le vino a la mente de golpe: la cena, la discoteca, el colocón, la paliza al magrebí, la llegada a la casa, la locura posterior...

Lola seguía siendo hermosa, un deseo de los sentidos, pero de pronto, viéndola allí, recordando cada momento, lo que sintió fue... asco. Un efecto inexplicable.

Se había «convertido en un hombre», o por lo menos ése era el eufemismo, y lo que sentía era asco.

Por ella, por todo, por sí mismo.

Su «primera vez», la que nunca habría de olvidar.

Miró sus ojos cerrados, su maquillaje deshecho, sus labios entreabiertos y medio aplastados contra la almohada, porque ella estaba boca abajo. Escuchó su respiración acompasada y siguió las curvas de su perfil, la espalda, las nalgas, las piernas. El color de la piel era uniforme, dorado, ninguna mancha blanca como las que producen los bañadores. Debía de tomar el sol desnuda.

Lola parecía una muñeca rota.

Tan distinta de la noche anterior.

Tardó casi quince minutos en incorporarse. No se sentía con fuerzas, ni con ánimo. Luego pensó que si ella lo hacía antes, o si aparecían Carmen o Álex, sería peor. Quería echar a correr. Ya lo había deseado la noche anterior, o mejor dicho la madrugada, después de la paliza al marroquí. Pero entonces no pudo. La parte sensata era mínima, apenas un rescoldo. La otra, la dominada por la bestia, era muy superior, más fuerte. La orgía había sido el complemento final.

Aquella adrenalina, Lola...

Logró poner los pies en el suelo, mantener el dolor de cabeza en un punto estable e

incorporarse. Luego caminó igual que un zombi, buscando indicios, señales, orientándose por el lugar que apenas si reconocía a pesar de todo. Lo primero, buscar el cuarto de baño. Una necesidad fisiológica imperativa y repentina, tal vez por caminar descalzo sobre las baldosas, le hizo acelerar el paso.

Abrió una puerta. Se equivocó. Carmen y Álex también dormían, tan desnudos como ellos, en una posición imposible, hechos un lío de brazos y piernas. Cerró la puerta y abrió la siguiente impulsado por la premura. Creía que se lo haría allí mismo, aunque eso no habría importado demasiado porque el piso estaba patas arriba. A la segunda tuvo más suerte y se precipitó sobre el inodoro.

Una vez aliviado se mojó la cara con agua fría y quedó frente al espejito situado encima del lavabo. ¿Por qué se ponía siempre un espejo ahí, cuando la primera imagen de cada día solía ser triste y funesta? Ojeras, pelo revuelto, aspecto de derrota...

Se produjo un eco en su mente.

El ruido de los golpes propinados al magrebí.

Sonaban exactamente igual que los que le daban a él en el colegio y el instituto.

Tan tristes...

Volvió a la realidad, asustado, herido por ese sonido que acababa de aparecer en su cabeza, y salió del cuarto de baño. No abrió por segunda vez la puerta de la habitación en la que estaban Carmen y Álex. No quería hablar con nadie. Tampoco regresó a la de Lola. Su ropa estaba en el salón, diseminada de cualquier forma por aquí y por allá. Buscó los pantalones, la camiseta, los calzoncillos, los zapatos y los calcetines. Lo encontró todo menos uno de estos últimos, y por más que registró, le fue imposible dar con él. Acabó metiendo el pie desnudo dentro del zapato. Agotado, porque la búsqueda acrecentó su angustia y su dolor de cabeza, miró por última vez aquel campo de batalla.

Con el silencio, volvía el eco de aquellos golpes.

Y los fantasmas.

Le entró un sudor frío al pensar en la posibilidad de que el magrebí hubiese muerto. Las patadas y los puñetazos habían sido indiscriminados, cuerpo, cabeza...

«¡Dale! ¡Dale ya! ¡Míralo, Pablo! ¡Míralo! ¡Es como el chulo ese, el de tu madre! ¡Piel oscura, pasando de todo, sin importarle nada...! ¡Vienen aquí a joderlo todo! ¡Ése mató a tu padre, Pablo! ¡Fue él! ¡Es como si hubiese atado esa cuerda! ¡Todos son iguales! ¡Es culpa suya! ¡Fuerte, fuerte, Pablo, duro!»

Se movió hacia la puerta. Fue una huida. Pero la voz la llevaba dentro.

«¡En la cara!... ¡Así!... ¡Márcalo, vamos!... ¡En los huevos!... ¡Ése es mi Pablo! ¡Sí, señor, mi Pablo!»

Bajó la escalera corriendo, tropezando, y llegó a una calle desconocida por la que intentó orientarse. Tropezó y cayó al suelo al perder el equilibrio en un pequeño socavón. No se veía a nadie. Ninguna persona. Ningún vehículo. Eran las tres de la tarde y el sol caía a plomo.

¿Cuánto tardaba en aparecer en los medios de comunicación la noticia de la muerte de un magrebí?

El vértigo aumentó, y con él la alucinación, la sensación de que algo se estaba desmoronando dentro y fuera de sí mismo.

Siguió corriendo, sin parar, asustado, perseguido por los golpes y la voz de Álex hasta que descubrió a lo lejos una calle por la que, al menos, se veía tráfico y el rastro de algún taxi.

QUINCE

Pasó una noche extraña, agobiante, mitad en vela mitad conciliando el sueño a retazos, asaltado por pesadillas constantes que carecían del menor sentido. La danza del absurdo incluía a su padre y a su madre, al brasileño Sandro, a Nani, a Sebas, Luis y Paco, a Lola, al magrebí y, por supuesto, a Álex. Todos entraban y salían de su mente en un caos inquietante. Todos reían, menos él. Y el que más, Álex. Su amigo llevaba la voz cantante, lo dirigía todo. Omnipresente. Cada vez que despertaba, de golpe, asustado, sentía la boca pastosa y el sudor bañándole el cuerpo. Pensó que tenía fiebre, porque estaba ardiendo, y se tomó dos aspirinas. Gracias a ellas durmió un poco más de tiempo, hasta más allá de media mañana.

Un brusco despertar.

Ni siquiera se duchó. Se puso lo primero que pilló a mano y bajó a la calle a por todos los periódicos del día.

Quería empezar a mirarlos de inmediato, pero tras ver las portadas y no encontrar nada en ellas, optó por regresar a su casa y hacerlo con más comodidad. Sobre todo porque si descubría lo que más temía se le iban a doblar las piernas y...

Subió a la carrera, sin esperar el ascensor, y volvía a estar empapado y jadeante cuando los dejó sobre la mesa del comedor y desplegó el primero. Sus manos pasaron las páginas a toda velocidad hasta llegar a las secciones locales y de sucesos.

Ningún chico marroquí muerto.

Ningún magrebí asesinado por una paliza.

Miró el siguiente, y después el tercero. Acabó de verlos todos y aunque se sentía mucho mejor, sin el zumbido en las sienes, volvió a empezar por el primero, por si se le había pasado algo. Se fijó más en las noticias pequeñas. Un niño salvado milagrosamente tras caer desde un tercer piso, una explosión de gas que había destrozado la mitad de una casa, un anciano hallado muerto sentado en su butaca frente al televisor después de dos semanas sin dar señales de vida...

Cuando acabó el examen Pablo respiró con todas sus fuerzas.

Tal vez fuese un ilegal. Tal vez prefiriese no denunciar nada porque aún habría acabado perdiendo. Tal vez los golpes no fueron tan fuertes al estar él bajo el efecto de aquella maldita mierda que se había tomado.

Cerró los ojos.

—No ha pasado nada —se dijo—. Tranquilo.

Un cuelgue, sólo eso. Un mal viaje. Su primera experiencia con las drogas.

Y la última.

—Lo juro.

Pero pudo haber sido peor. Pudo... Igual había embarazado a Lola. Igual había pillado el sida.

Igual...

Se llevó una mano a los ojos y los presionó. Era la misma sensación que durante las pesadillas de la noche, con sus sentidos revolucionados al máximo. Miedos, fantasmas, pánico. Un absurdo. Ni sida, ni embarazos, ni nada. Todo estaba bien. Se había pasado,

simplemente.

El timbre del teléfono le pilló en la ducha. Hizo ademán de salir, para contestar, pero se detuvo abortando el gesto. No podía ser su madre, estaba seguro. Así que se trataba de Álex. Lo dejó sonar.

El contestador automático se ponía en marcha con el séptimo tono.

Al sexto, el que llamaba colgó.

Continuó duchándose y después intentó comer un poco. Le costó. Persistía la náusea, la sensación de que algo no marchaba bien allá dentro. A media tarde descubrió que se estaba moviendo igual que un león enjaulado, nervioso, sin hacer nada. Arregló su habitación, puso ropa en la lavadora, trató de ver la televisión...

Incluso se detuvo frente a la puerta de la habitación de sus padres.

Tan cerrada como el primer día, después de que se llevaran el cadáver.

—Ábrela —se dijo.

Tendría que hacerlo algún día, tarde o temprano. Pero no ése.

Renunció a su lucha y pensó que necesitaba un poco de aire. Ya anochecía. Si Álex iba a buscarle no quería estar en casa. No esa noche. Recogió la cartera y las llaves y entonces volvió a sonar el teléfono.

La señal llegó hasta el séptimo tono.

Se puso en marcha el contestador automático. Escuchó su propia voz.

—*Hola, soy Pablo. Deja tu mensaje. Gracias.*

Y a continuación la de Álex.

—¡Eh, colega! ¿Dónde estás? ¿Aún duermes? —hubo una leve pausa—. Menuda movida nos montamos, ¿eh? ¿Qué te dije? Fue demasiado, aunque no sé qué coño nos tomamos porque a mí me dio... ¿Por qué te marchaste sin despertarme? ¿O es que no lo conseguiste? —una risa sarcástica—. Venga, mañana nos vemos.

Se cortó la comunicación.

Pablo reemprendió su camino, salió de la casa y cuando llegó a la calle se dirigió maquinalmente hacia el multicine.

SEGUNDA PARTE

Iris

DIECISÉIS

Las explosiones de la película, incesantes tanto como lo eran el número de muertos y las peleas que se sucedían sin ton ni son, danzaban en su cabeza compartiendo espacio con los ecos de sus pesadillas, que se negaban a desaparecer. No eran más que rescoldos, pero estaban allí, al acecho. Seguía viendo el rostro del chico magrebí. Seguía viendo cómo gemía y se arrastraba. Y le bastaba con ver sus manos, sus nudillos enrojecidos, para comprender que todo había sucedido exactamente igual que lo recordaba a pesar del efecto de la maldita pastilla de éxtasis. En una escena de la película, al principio, cuando el chico se peleaba con media docena de orientales, los sonidos de los puñetazos y las patadas le asustaron.

El chico magrebí no era un actor, sino una víctima.

Luego logró tranquilizarse.

Al salir del cine, lo llevaba todo consigo, como una pesada carga de la que no conseguía deshacerse.

Caminó hacia su casa pensando en otra noche de inquietud. Con las últimas salidas, las borracheras, los cambios en sus hábitos, empezaba a ver alterado su equilibrio. La noche era el día y el día la noche. En medio, la vigilia. Al principio no le había importado. Álex le abría puertas y le descubría nuevos horizontes. Romper con todo se le antojaba esencial. Un nuevo Pablo. Ahora ya no estaba tan seguro. No después de la última noche. Pensó en comer algo, un bocadillo, pero pasó de ello y no bajó el ritmo de sus pasos. Antes había necesitado salir y meterse en el cine. Ahora necesitaba regresar y meterse en casa.

Escuchó los ladridos, más bien gemidos lastimeros, las voces airadas y las burlas antes de doblar la esquina de su calle. Sucedió algo, tal vez una pelea. En verano la ciudad es un mundo lleno de ventanas sin cerrar por las que fluye la vida ajena. Tres pasos después giró a la derecha y se encontró con la escena.

Los ladridos y los gemidos procedían de un perro. Estaba atado a un árbol y dos chicos, dos adolescentes de catorce o quince años, practicaban el tiro al blanco con él. Cada uno de ellos sostenía tres o cuatro piedras en las manos, procedentes de una obra cercana cuyos restos se amontonaban en un contenedor. Las voces no sólo provenían de los dos agresores, sino de una chica mayor, en torno a los dieciocho, que les increpaba la acción.

Pablo entró de lleno en mitad de la airada discusión.

—¡Parad ya, bestias!

—¿A ti que te pasa, tía? —la desafió uno de los chicos.

—¡Sí!, ¿quieres que practiquemos contigo? —se burló el otro.

La chica no sólo no les hizo caso, sino que interpuso su cuerpo entre ellos y el perro,

que se movía asustado de un lado a otro sin dejar de ladrar mientras tiraba de la cuerda que lo retenía junto al árbol.

—¡Largaos de aquí! ¡Dejadle en paz! —gritó ella con los puños apretados.

No le hicieron caso.

Uno levantó su mano armada.

—¡Quita de ahí o te llevas tú la pedrada!

—Pero ¿qué os ha hecho ese pobre animal?

—Si está en la calle es por algo, ¿no? —dijo uno.

—Mejor esto a que lo atropellen y provoque un accidente —dijo el otro.

La chica se agachó para agarrar una de las piedras. Se puso en pie decidida, firme.

—¡Huy, mírala! —se burló el primero.

Comenzaron a abrirse, uno por cada lado.

Pablo no esperó más.

Había tenido bastante violencia ya con su acción de dos noches antes y con la película. Adoraba a los perros. Siempre había querido uno. Y, además, ella estaba sola.

—¡Eh!

Consiguió detener la escena, que los dos chicos se pararan y que la muchacha mirara en su dirección. En sus ojos vio la súplica y algo más.

No era Lola, no era Nani, era distinta.

Pero tan atractiva como ellas, sensual, diferente. El cabello del color del trigo le caía justo por encima de los hombros enmarcando el óvalo de un rostro muy delgado, lo mismo que su cuerpo, sin apenas relieves, aunque la ropa que llevaba, holgada, tampoco favorecía su lado más femenino.

Los dos chicos intercambiaron una mirada de miedo.

Ya no eran tan valientes. Volvían a ser dos críos. Pablo lo aprovechó.

Le bastó con dar un primer paso.

Eran dos cobardes, como casi siempre. No ofrecieron la menor resistencia. Uno tiró las piedras al suelo. El otro, al ver el gesto de su compañero, le imitó de inmediato. Antes de que Pablo diera el quinto paso ya habían empezado a correr en dirección contraria, calle arriba, devorados por la noche.

Los ladridos del perro fueron su única compañía.

—¡Ese animal! —gritó alguien desde una ventana.

La chica no perdió el tiempo. Llegó junto al perro, se agachó para acariciarle y al enseñarle éste los dientes optó por desatarle sin más. No le costó demasiado. Pablo todavía estaba acercándose cuando el animal ya se alejaba a toda velocidad, asustado.

Libre.

La muchacha se incorporó entonces.

Tenía sangre en la comisura del labio y raspaduras en la mejilla y en el codo. No era nada importante. Lo que hizo que Pablo se quedara sin voz fue, una vez más, la constatación de la belleza, la presencia de alguien que, en cualquier circunstancia, habría disparado todas las alarmas de su romanticismo. Volvía a ser el adolescente

asustado de siempre. De cerca era más atractiva, con la luz de la farola incidiendo sobre su perfil lleno de ángulos. Era preciosa, femenina pese a la ropa. Tenía los ojos claros, los labios dibujados con precisión, las manos...

—Gracias —fue la primera en hablar.

—No he hecho nada —logró recuperar la voz por encima del hechizo.

—Claro que sí —miró calle arriba, por donde ellos se habían escapado—. Hay que tener agallas para enfrentarse a esos locos. Nunca se sabe cómo van a reaccionar. Dios... —movió la cabeza con pesar y volvió a centrar sus ojos en él—, ¿en qué mundo vivimos? Pobre perro.

—Te debe la vida.

—Supongo que sí —se encogió de hombros.

—¿Te duele? —Pablo señaló su mejilla y el brazo.

Ella no se había dado cuenta de que se había hecho daño. Se pasó la lengua por la comisura del labio, se miró el codo y se tocó la mejilla. Su cara fue de resignación.

—¿Te lo han hecho ellos? —preguntó Pablo.

—No, he sido yo misma. He corrido al ver que le estaban tirando piedras y me he caído en plan patoso, por las prisas y los nervios. Soy un desastre.

—¿Te duele?

—Me escuece —su semblante se llenó de preocupación—. Lo malo es que a estas horas encontrar una farmacia de guardia...

—Yo vivo ahí —señaló el edificio.

—No quiero molestarte.

—Tengo vendas, alcohol, agua oxigenada...

Su cambio de expresión la llevó a la desconfianza. No dijo nada. Sólo alzó una ceja y dibujó un rictus malévolo en su sonrisa.

—Tranquila —él levantó las manos con las palmas por delante—. Soy el salvaperros, ¿recuerdas?

—¿Qué dirán tus padres?

—Vivo solo.

—¿Y me dices que esté tranquila? —sonrió expectante.

—No seas tonta.

Debió de poner su mejor cara de buen chico. Ella le estudió dos o tres segundos. Volvió a pasar la lengua por la sangre del labio y sus hombros acabaron cayendo hacia abajo, rendida.

—Estoy muy lejos de casa, la verdad.

Fue una bocanada de aire fresco.

—Me llamo Pablo, ¿y tú?

—Iris.

DIECISIETE

Antes de aplicarle el algodón húmedo a la mejilla le advirtió:

—Te va a escocer.

—Dame un palo para que lo muerda mientras me cortas el brazo.

La tenía a dos palmos, tan cerca que podía olerla, ver su piel, apreciar cada detalle, proyectarse como una sombra furtiva sobre su cuerpo. Intentó concentrarse en lo que estaba haciendo, pero le resultó bastante difícil. Iris lo miraba con unos grandes ojos transparentes que formaban dos lagos plácidos en mitad de su geografía facial. La nariz era recta y perfecta, apenas un promontorio equilibrado por encima de los labios y su bello dibujo. Cuando sonreía le mostraba dos filas de dientes menudos, alineados con una corrección natural y tan blancos como la nieve. No olía a tabaco, así que no fumaba. Su aroma era puro, de vainilla.

—¡Ay! —gimió.

Le puso la mano en el brazo. Sólo eso. No se lo apretó ni lo apartó. Fue un contacto tranquilizador, como para agarrarse a algo mientras él la curaba. Pablo no se precipitó, al contrario, se tomó su tiempo. Primero la mejilla, después el labio. Restañó la sangre, aunque más bien lo que hizo fue acariciarla.

Le pareció algo extraordinario.

Desde su encuentro con Álex estaba conociendo a las chicas más guapas que jamás recordase haber visto, aunque luego pudieran caérsele del pedestal, como Lola, o convertirse en la crónica de un adiós absoluto, caso de Nani. Incluso aquella primera, la del bar, Teresa.

Necesitaba enamorarse.

Y allí tenía su nueva oportunidad.

—No es nada, no tendrás que hacerte la cirugía estética.

—Menos mal.

Pasó al brazo. La piel era delicada. Los pantalones holgados impedían apreciar su figura, pero ahora se había quitado la parte superior de lo que llevaba, una especie de chaqueta enorme en la que cabían dos como ella, y debajo lucía una camiseta ajustada que realzaba su talle, el pecho. Iba sin sujetador, así que los senos, diminutos, formaban dos cápsulas con los pezones firmes contra la tela. Dos ojos que lo miraban con sorpresa.

Iris debió de captar un atisbo de nerviosismo en él.

—¿De veras vives solo?

—Sí.

—¿Eres un chico rico o qué?

—Más bien o qué.

—No, en serio.

—Soy huérfano.

—Oh —Iris se quedó sin habla.

—No pasa nada —ya no había nada que limpiar, así que dejó el algodón humedecido

con agua oxigenada y tomó dos gasas y un esparadrapo.

—En el brazo, vale —le dijo ella—. Pero no me pongas nada en la cara.

—De acuerdo —cortó un pedazo de esparadrapo con las tijeras.

—En cierto modo yo también soy huérfana —suspiró Iris.

—¿En cierto modo?

—Mis padres se separaron siendo yo aún niña. Él se fue a trabajar a Alemania. Mi madre hizo lo que pudo, tuvo un par de novios y se fue a liar con el peor. Me abrí hace un año, cuando empezó a mirarme a mí más que a ella y a meterse en el baño accidentalmente cada vez que yo estaba dentro.

—Mal rollo —acabó de ponerle el apósito en el brazo.

—Chungo de veras.

—¿Y tu padre?

—Vive allá, en Berlín, con otra. Apenas le veo.

—¿Qué haces ahora?

—Sobrevivo.

—Pues ya somos dos.

—Sí, hombre. No compares —abarcó la casa con ambas manos—. ¿Sabes dónde vivo yo?

Seguían sentados, ya sin contacto, pero muy cerca el uno del otro porque la curación se la había hecho en la mesa de la cocina.

—¿Dónde vives? —inquirió al ver que ella no seguía hablando.

—Da igual —Iris hizo un gesto ambiguo, casi de defensa, aunque también pudo ser de vergüenza—. ¿Qué hora es?

—Las dos menos veinte.

—Mierda...

—¿Qué pasa?

—Ya han cerrado el metro, y vivo al otro lado, en el Putxet —su voz adquirió un tono de crispada angustia—. Encima voy a tardar...

—¿Cómo vas a ir?

—A pie —lo expresó como si fuera lo más evidente.

—¿A pie?

—¿Tienes coche para llevarme, caballero andante?

—No.

—Entonces lo tengo crudo.

—¿No tienes dinero para un taxi?

Iris detuvo su gesto. Fue rápida.

—Oye, no te estoy pidiendo nada.

—Mujer, por diez euros... —se atrevió—. Así me los devuelves y volvemos a vernos.

La chica sonrió sin ocultar un deje de coquetería. Cada vez que lo hacía le brillaban los ojos, sus labios se curvaban haciendo una doble ese en las comisuras y se convertía en

una niña por encima de la mujer que desbordaba su imagen.

—Así que volveremos a vernos —manifestó.

—Me gustaría.

Antes no se habría atrevido. Antes nunca se lo habría propuesto. Antes ni siquiera hubiera estado allí con ella.

Antes.

—¿Tienes algo de beber? —cambió de pronto Iris.

—¡Oh, sí, perdona!

Pablo se levantó y abrió la nevera. Mantuvo la puerta abierta hasta que su invitada señaló una lata de limonada. Tomó dos y regresó a la mesa. No volvieron a hablar hasta haber apurado el primer sorbo, que en el caso de Iris fue muy largo.

—¿Te haces la compra tú?

—Me ayuda la portera.

Ella dejó la lata sobre la mesa y movió el brazo herido, haciéndolo girar sobre sí mismo. La delató un gesto de dolor.

—¿Te duele?

—Sí, un poco —reconoció—. El golpe.

No supo cómo seguir. No supo cómo invitarla a quedarse. Se bloqueó como hacía siempre. Debió de poner una cara de las suyas, estúpida, porque Iris le sostuvo la mirada hasta volver a sonreír con dulzura.

—Me gustan tus ojos —le dijo la chica—. Son sinceros.

—Gracias.

—Y tus manos —le tomó una, la que tenía más cerca—. Las manos dicen mucho de las personas —se la colocó con la palma hacia arriba, sosteniéndola con la suya, y con el dedo índice de la otra siguió un imaginario camino por ella.

Pablo dominó las cosquillas.

—¿Ves algo? —dijo con la garganta más seca que antes de beber.

—Eres tímido, honesto, legal... y te gustan los animales —fingió leer Iris—. Eso lo digo por lo de antes, claro. Y no sólo les ayudas a ellos, también a las chicas en apuros.

Era diferente. Del todo. Diferente, agradable, limpia, preciosa... ¿Por qué no se lo pedía? «Estás lejos de casa, quédate aquí.» ¿Y si la acompañaba? Eso tampoco estaría nada mal.

¿Por qué iba a quedarse ella?

Era un desconocido, estaban juntos por una casualidad, un maldito azar...

Fue como si ella le leyera el pensamiento.

—Oye, ya sé que te pareceré una fresca, pero... ¿te importaría que me quedara aquí?

Recibió el impacto, un golpe directo sobre el centro de su razón, convertida de pronto en una masa de algodón.

—Sé que no me conoces de nada, perdona —Iris bajó los ojos—. Podría ser una asesina en serie, o hacerte creer lo que no es... Y no quiero que pienses mal. Pero con el brazo así, y sin dinero, a pie... —volvió a hundir sus ojos claros en él—. Mira, puedes

encerrarme en una habitación con llave si estás más tranquilo, ¿vale? No soy una ladrona, pero lo entenderé. Me encierras y me abres mañana. Estoy demasiado cansada, ¿sabes? Tanto que...

—Esos críos pueden estar abajo, esperándote —se le ocurrió decir.

El corazón le iba a mil.

—¿Eso es un sí?

—Claro, mujer —logró sonreír con naturalidad—. En cualquier caso al que deberías encerrar con llave es a mí.

—¿Por qué? ¿Eres tú el asesino en serie?

Se echaron a reír. Ya no había prisa, ni siquiera para indicarle cuál sería su habitación. De pronto, la noche era suya.

Una noche para conocerse.

DIECIOCHO

Eran las cuatro de la madrugada.

Llevaba una hora en cama, dando vueltas, tan insomne como otras veces pero ahora por algo más que una resaca, que por haber despertado a media tarde o lo que fuera.

Tenía a una chica en casa.

Iris estaba allá, al otro lado del tabique, en la habitación de invitados que jamás se había utilizado porque nunca hubo invitados. Y era una chica preciosa, simpática, un ángel.

¿Otro amor a primera vista?

A veces se preguntaba por qué anhelaba tanto el amor, una compañía, sentirse deseado y saber que deseaba a otra persona. Se estaba convirtiendo en una ansiedad. Ahora ya conocía el sexo, y sabía que no bastaba aunque el recuerdo era brutal. No para él. Él quería algo más, el todo de una relación sentimental, cuando dos entes comparten la esencia de la vida.

Las últimas palabras pronunciadas por su padre cuando su madre se marchó de casa reaparecieron en su cabeza: «Eres alguien que busca con desesperación el amor, pero que ya no cree en él, por eso te vas. Y no tiene nada que ver con la edad o las ganas de vivir».

Se dio la enésima vuelta en la cama.

Una vez había leído que había personas enamoradas del amor, es decir, del sentimiento de amar, de la necesidad de darse, de pertenecer...

Entonces, ¿qué importaba quién fuese ella?

El nombre era precioso: Iris.

¿Y si su sorprendente invitada era una ladrona? No, absurdo. ¿Y si era como Lola sólo que diferente aunque buscase lo mismo: pasarlo bien? No, ella no. ¿Y si esperaba que él diese un primer paso y...?

—No es de esas —se dijo en voz baja—. No puede serlo. No lo estropees. Tú no eres Álex.

No, no era Álex.

Álex se haría el loco, el simpático, lanzaría la caña, por si acaso. Se lo dijo uno de los días anteriores: «Con las tías hay que probar siempre, sin dejar pasar ni una. En primer lugar, por gimnasia personal, para estar en forma. En segundo lugar, porque si pican, pican, y todo eso que te llevas. Y en tercer lugar, porque en el fondo están como nosotros: lo necesitan, lo esperan... ¿Por qué hacer el paripé? Ataca. Tú ataca».

No iba a atacar.

Iris no era más que lo que parecía, y punto. Eran jóvenes y le había dejado quedarse a dormir porque le dolía el brazo, no tenía dinero, no se lo había aceptado y vivía lejos. ¿Qué tenía eso de extraño?

Y era verano.

Todo es posible en verano.

Cerró los ojos y recordó la charla sostenida con ella antes de acostarse. Trivialidades, música, libros... Sus gustos eran asombrosamente parecidos. En todo. Si eso no era una

señal...

Alguien como Iris. Alguien como Iris. Alguien como Iris.

¿Tan difícil...?

—Eres el loco de la colina —suspiró.

Sin darse cuenta recitó parte de la letra:

*Día tras día, solo en la colina.
El hombre de la ridícula sonrisa permanece perfectamente inmóvil
Pero nadie quiere conocerle.
Piensan que está loco.
Y él nunca responde.*

La tarareó en inglés, como la conocía, pero las palabras de la traducción al español le martillearon la mente:

*A nadie parece gustarle.
Pueden adivinar sus intenciones.
Y él nunca muestra sus sentimientos...*

No podía dormir, imposible. Apartó la sábana y se levantó para ir al cuarto de baño. Y al regresar, sin encender ninguna luz, vio la puerta de la habitación de Iris abierta. Vaciló un instante. Luego metió la cabeza por el hueco.

Iris dormía desnuda, aunque con la sábana por encima, hasta la altura del pecho. Lo hacía boca arriba, con la luz de la luna que penetraba por la ventana abierta incidiendo de lado sobre ella. Un conjunto de claroscuros armónicos y sensuales. Quiso retirarse, pero no pudo. Hizo todo lo contrario, acabar de entrar en la habitación. Sabía que si la chica se despertaba y le veía allí, quieto, se asustaría y a lo peor su grito ponía al barrio entero en pie de guerra. Pero su respiración era acompasada, serena. Un murmullo dulce que le capturó y aspiró al llegar a su lado, porque se acercó lo suficiente para abrazarlo con los sentidos. El rostro dormido era maravilloso, plácido. Un rostro de porcelana esculpido por la mano de una naturaleza mágica.

Por debajo de la sábana asomaba su pierna izquierda, un pie muy bonito, la piel blanca.

Por encima, la sábana se pegaba a su cuerpo, a cada forma, el pecho, el vientre, los muslos...

Pablo tragó saliva.

Alguien como Iris. Alguien como Iris. Alguien como Iris.

Iris.

Debió de permanecer allí unos minutos. Los suficientes. Grabó en su mente aquella imagen. Para siempre. Inolvidable. Después venció todas las tentaciones y retrocedió hasta alcanzar la puerta y salir de la habitación. Su primera idea fue regresar al cuarto de baño y masturbarse. Necesitaba estallar. Luego pensó que si ella le oía...

—Estúpido.

Caminó hasta la cocina, se tomó una aspirina y acabó de nuevo en su cama, de cara a la pared tras la que dormía ella.

Se llenó de Iris y fue lo último que recordó de forma consciente hasta que abrió los ojos y se encontró con el día colgado al otro lado de la ventana.

Había dormido de un tirón nueve horas.

Se levantó de un salto al recordar la realidad, la presencia de su invitada al otro lado del tabique. Se puso los pantalones y nada más. Cuando salió de su habitación lo primero que hizo fue mirar en la de la chica. La puerta estaba abierta de par en par y la cama vacía.

Sintió un ramalazo de pánico.

¿Por qué no le había preguntado dónde vivía?

Fue a la cocina. Nada. Entró en la sala...

Iris estaba en la galería, mirando por la ventana, quieta, como un ángel terrenal tan dulce como la noche pasada. Llevaba una camiseta de Pablo, muy grande, que le llegaba hasta la mitad de los muslos. Iba descalza.

Se volvió de pronto, al escuchar el suave roce a su espalda, y su rostro se iluminó al verlo.

—Ah, hola. Buenos días.

—Hola, Iris.

—He encontrado esto... —tocó la camiseta—. Espero que no te importe...

Estaba llorando. Tenía los ojos brillantes y las mejillas húmedas.

—¿Qué te pasa? —se alarmó él.

—Nada, no me hagas caso.

—Estás llorando.

—Cosas mías.

—Perdona.

Iris hizo un gesto de desesperado fastidio. Abandonó el amparo de la galería y fue hacia él mostrándole la simple naturalidad de sus rasgos. Cruzó los brazos sobre el pecho.

—No, perdona tú. Soy una... Me dejas dormir en tu casa, me curas, no me conoces de nada, eres un tío legal y encima me pongo borde.

—Todos tenemos malos rollos.

—No es un mal rollo. Es... todo esto —abarcó la casa con una mano.

—No entiendo —reconoció Pablo.

—He dormido en una buena cama, tú has sido un cielo, y ahora me ha dado por pensar, por recordar cuando yo vivía en una casa normal y dormía en una cama decente. No sabes lo que es eso hasta que no lo tienes.

—¿Dónde duermes tú?

—En un colchón que encontré en un contenedor de basura, viejo, que por supuesto está en el suelo, sin más.

—¿En serio?

Iris le puso la mano en el brazo. Fue una presión mínima aunque suficiente. Un gesto de cariño, de intimidad. Compartía su primer secreto con él.

—Soy una *okupa*, Pablo. Una vulgar, simple y pobre *okupa* que no tiene donde caerse muerta.

DIECINUEVE

Iris se detuvo y señaló al frente.

—Es ahí.

La casa era enorme, vieja. Más que casa era un caserón con raigambre, gruesos muros, distinción de comienzos del siglo xx o tal vez incluso de antes. Cuando la construyeron, aquello debía de ser «la montaña», es decir, que por allí no habría más que campos y Barcelona quedaba «a lo lejos». Ahora la expansión urbana la había integrado en pleno centro de una de las zonas más nobles. Pisos de alto *standing*, caros, puro lujo, con piscinas interiores y coches impresionantes saliendo de los aparcamientos circundantes. Casi parecía imposible que allí pudieran vivir dos docenas de *okupas*, en pleno corazón de una buena parte de la *jet* barcelonesa. Tanto como que la casa se mantuviera en pie, sin haber pasado al olvido por medio de una demolición rápida y su sustitución por un bloque de pisos millonarios.

—Es... preciosa —dijo Pablo. —Ven.

Le tomó de la mano y descendieron calle abajo en dirección a la entrada exterior. Había un muro de piedra que se mantenía en pie y una doble puerta metálica, abierta, por la que fácilmente habría cabido un coche. A pocos metros se encontraba la puerta interior, la de la casa, de madera vieja, y que también estaba abierta. El jardín frontal era pequeño, pero no así los laterales y el posterior, que se adivinaban frondosos, con altos árboles que lo habían superado casi todo: la polución, el abandono, la falta de sol...

—¿Cómo es que no os sacan de aquí?

—Ni idea. El dueño debe de ser gilipollas, o tal vez pase de todo y no le importe. Pero ya ves, por ahora estamos dentro.

—¿Cuántos sois?

—Unos veinte, el número varía. Pero no creas que esto es una anarquía, ¿eh? Hay normas, reglas, cierto rigor y disciplina... Nos sacarán a palos el día menos pensado, pero mientras tanto procuramos no dar motivos de jaleo.

—¿Llevas mucho aquí?

—Un mes. Tuve que ligarme a uno para tener «plaza».

—¿Ah, sí?

—Es broma, hombre. Aunque casi —le sonrió.

—¿Sabéis quién es el dueño?

—Ni idea. Pero al edificio lo han declarado intocable o algo así. Ya sabes: no pueden derribarlo. Lo hizo no sé qué arquitecto famoso, está considerado un monumento y por lo tanto lo protege alguna normativa urbanística.

—Pero si se cae a pedazos.

—Ésa es la cosa —seguían descendiendo hacia la casa, cogidos de la mano por iniciativa de Iris. A ambos lados de la calle las casas eran notables. Tanto como silenciosas, casi vacías a causa del verano—. Supongo que el dueño no tiene pasta para darle una mano de lo que sea, y aunque lo haga, ha de mantener la fachada tal cual. Por mucha ley que haya para protegerlo cualquier día acabará siendo una ruina. Y es una pena, ¿verdad? A mí me gusta mucho. Tiene un aire...

—A veces veo casas así, en ruinas, abandonadas, y me pregunto quién vivió en ellas cuando las construyeron, y en sus mejores años. Cuántas...

—Cuántas personas se han amado en sus habitaciones.

—¡Sí! ¿Cómo lo sabes?

—Yo suelo pensar lo mismo —manifestó Iris.

—¿En serio?

—Somos muy parecidos. Tanto que asusta.

Le presionó la mano. Pablo recibió la descarga. Aquel roce era más intenso que la noche de locura con Lola. Había una verdad, algo natural y hermoso.

—En mi habitación —continuó Iris—, que es minúscula, tan minúscula que deduzco que fue una despensa o algo así, había una tabla medio suelta en el suelo. La arranqué y encontré un pañuelo hecho jirones, con las iniciales P J. ¿Sabes la de historias que me he montado con él?

—El pasado es siempre un secreto fascinante.

—Nosotros también dejaremos huellas que un día alguien encontrará y tratará de interpretar. Imagínate que en tu casa, en tu habitación, escondes un secreto, o grabas en la madera de la puerta un nombre. Dentro de muchos años, cuando otras personas vivan ahí, alguien se preguntará quién eras, y qué significaba ese nombre. Formamos una cadena.

—¿Lo crees así?

—Sí —asintió ella.

Habían llegado a la entrada exterior. El descenso, desde la parte alta del Putxet, les fue llenando con la presencia de la casa hasta que ésta les devoró. De cerca era aún más interesante: balcones trabajados, balaustradas increíbles, muros sólidos, herrajes oxidados pero preciosistas, esculturas que sobresalían de los sillares evocando un pasado lejano... Un verdadero palacio urbano convertido en refugio de los que no tenían nada.

Asombroso.

Cruzaron el jardín frontal, pisaron la grava crepitante del suelo y entraron por la puerta principal. Al instante, la sensación de calor y agobio exterior se convirtió en una de frescor. Por encima de la vetusta solemnidad de la estancia, de la que partía una escalinata hacia el piso superior, lo que más impresionó a Pablo fue el silencio, la calma añeja que parecía haberse mantenido allí, quieta, a lo largo de cien años.

Iris no dejó de caminar, pero ahora le soltó la mano. Se adentró por un pasillo y, al fondo, al lado de una enorme cocina que ya no se utilizaba, abrió una puertecita lateral. Tenía razón cuando le dijo que debía de tratarse de una despensa, porque el lugar era minúsculo. El viejo colchón, en el suelo, y una silla llena de ropa a un lado, amontonada de cualquier manera, constituían todo el mobiliario.

Pablo intentó no parecer deprimido.

—Pues esto es todo —suspiró Iris—. ¿Satisfecho?

—Sentía... curiosidad.

No entraron. ¿Para qué? Iris salió de su habitación y retrocedió sobre sus pasos. Al hacerlo se abrió una de las puertas del pasillo. Salió un chico con el pelo muy largo,

torso desnudo y un tatuaje en el hombro. La saludó a ella y le miró a él con desconfianza. Pablo atisbo en el interior de la estancia el breve segundo que la puerta estuvo abierta. Vio a una chica tan desaliñada como su compañero sentada en el suelo y con un hornillo de *camping*, cocinando algo. Un poco más allá se cruzaron con una mujer, no precisamente jovencita, como de cuarenta años. También intercambió un saludo con Iris. El jardín posterior era caótico, lleno de plantas salvajes, pero tenía un hermoso aire de paz. Vio varias sillas de todas las formas y estilos, recuperadas de la calle, un par de mesas en el mismo estado y dos hamacas colgadas entre los árboles. Dos chicos jugaban al ajedrez y una mujer de edad indeterminada dormía en una de las hamacas.

—¿Te gusta vivir aquí? —preguntó Pablo.

—¿Te gusta a ti vivir solo?

La mirada no fue crítica, sino natural, resignada aunque firme. Iris acabó sonriendo con aquella dulzura que a él ya se le antojaba habitual.

—Escucha —musitó—, ahora tengo cosas que hacer, así que...

—Oh, claro, perdona.

—Has sido un cielo, Pablo.

—No.

—Salvaperros, curachicas, hospitalario... ¿Qué más puede pedirse?

—Me gustaría volver a...

—Claro, tonto —ya estaban en la puerta exterior—. Pero no puedes llamarme. Aquí no hay teléfono.

—¿Esta noche?

Ya eran las cuatro de la tarde.

—¿Cena? —alzó las cejas ella.

—Sí.

—Perfecto. ¿Sobre las ocho y media para cenar a las nueve?

—De acuerdo.

Fue ella la que se le acercó. Pensaba hacerlo él, pero Iris se adelantó. El primero no fue más que un beso en la mejilla derecha. Suficiente. El segundo rozó la comisura de su labio por la parte izquierda.

Y dejó allí una gota de humedad que él capturó con su lengua nada más echar a andar.

VEINTE

Llegó a su calle mitad excitado mitad flotando en una nube.

De pronto, Iris era la respuesta. Una bendición. ¿Prematuro? No hacía ni 24 horas que la conocía y ya echaba a volar la imaginación. ¿Era un iluso? ¿Se dedicaba a soñar, como siempre, para escapar de la realidad? Que ella fuese un ángel, que le hubiese dicho que eran almas gemelas, incluso que tuviera una cita para la noche... ¿significaba algo especial?

No era creyente, pero se encontró, de pronto, hablando con Dios.

—Por favor, ayúdame.

¿Un milagro? ¿Que ella le prestase atención? Le zumbaba la cabeza y el corazón volvía a latirle con intensidad. ¿Qué podía ver en él? ¿Su independencia, una casa? ¿Así de egoísta? Las preguntas se le agolpaban en la mente. Preguntas e incertidumbres producto de su inseguridad eterna.

Por un lado se repetía que Iris estaba a años luz de él. Por otro lo negaba. ¿Años luz? ¿Por qué, sólo por ser preciosa y simpática, abierta y natural?

¿Por qué no confiaba en sí mismo?

Álex le había enseñado a creer, abriéndole un camino...

Álex.

No le echaba de menos. No desde que escapó como alma que lleva el diablo de casa de Lola. No desde la paliza al magrebí.

Seguía pensando en Álex cuando entró en el portal de su edificio, y su sorpresa fue enorme, porque éste se materializó allí mismo, frente a él, surgiendo de la escalera, junto al ascensor.

Lo primero que notó fue que volvía a ser moreno, olvidando la locura de su pelo amarillo de la otra noche.

—Jo, macho! —su amigo se cruzó de brazos—. Empezaba a estar preocupado.

—¿Por qué?

—No sé nada de ti.

—Bueno, he estado ocupado.

—¿Por qué te fuiste sin avisar de casa de Lola?

—Intenté despertarte, pero estabas frito.

—Eso sí, tú —asintió Álex—. ¡Qué pedo! No recuerdo nada.

—¿Nada?

—¡Huy, huy! —le observó fijamente—. Capto cierta tensión en el ambiente. ¿Qué pasa, no funcionó lo de Lola?

—No es eso, hombre.

—Venga, vamos arriba —le cogió del brazo y enfiló la escalera pasando del ascensor.

Pablo miró la hora. Disponía de tiempo suficiente para ducharse, vestirse y volver por Iris. Aun así...

No volvieron a hablar hasta llegar al piso. Nada más entrar Álex retomó el tema allí

donde lo acababa de dejar. Lo suyo no fue una pregunta. Fue una afirmación:

—Estás cabreado.

—No es eso.

—Pues tú dirás.

—Nunca había tomado drogas —se sinceró.

—¿Es por esa tontería? —Álex no pareció dar crédito a lo que oía—. ¿Me estás hablando en serio?

—¡Por Dios, casi matamos a aquel chico!

—Oye, oye —frunció el ceño molesto—. ¿Qué pasa contigo? ¿De qué vas? Nadie se muere porque le den un par de hostias, y anda que no se necesitan un montón para *pasaportar* a uno de éstos.

—Basta un golpe tonto en un mal sitio.

—¿A esos pringados de ahí abajo? No, hombre, no. Tienen el tarro demasiado duro y lleno de arena.

—Eres un racista —lo expresó con toda vehemencia, pero también con dolor.

—La forma en que miró a las nenas era para mosquearse, y yo en esto soy muy mío, qué quieres que te diga.

—¿Y qué más? —Pablo se derrumbó sobre una de las butacas de la sala—. Sólo fue una mirada. ¡Por Dios, Álex, ellas iban salidas, sin apenas ropa! ¿Quién no las habría mirado?

—Ya te lo dije: no me gusta que se calienten a costa de mi chica.

—¿Tu chica? ¡Mierda!, ¿cómo que tu chica? No eran más que dos...

Álex no lo dejó continuar. Se arrodilló a su lado y le cogió la cara con las dos manos, con fuerza, sin disuasión posible. Sus ojos se convirtieron en dos glaciares, lo mismo que su voz seca y dura.

—Pablo, tío: fue un mal viaje, de acuerdo. Pero ya está. No pasó nada. A todos nos han dado donde más duele alguna vez en la vida sin comerlo ni beberlo. ¿O no tienes memoria?

Se sintió igual que si le hubiese dado un golpe bajo. Tenía memoria. Aún le dolía su orgullo y llevaba la dignidad vendada.

—No soy racista, en serio —Álex habló de forma más pausada y le soltó la cara—. Pero a veces... —sonrió con malicia—. A algunos sí les daría lo suyo.

—¿A quiénes?

—A los *moñas*.

—¿Los qué?

—Los maricones. Mejor: los travestís. Esos sí que me pueden. Una vez estuve con un grupo, de caza. Fue delirante. Pillamos a dos y... uno se meó encima y el otro no paraba de decirnos que por favor no le diéramos en la cara, por las marcas, ni en las tetas, que le habían costado una pasta. ¡Son increíbles! —se incorporó sin perder su sonrisa maliciosa—. ¡Se les rompe una uña y es el fin del mundo!

—¿Me estás diciendo que...?

—¿Si les pegamos? No, hombre, no, sólo el susto.

Pablo se pasó una mano por los ojos. Algo, muy dentro de sí mismo, se estaba desmoronando.

Y no sabía si era Álex.

—Vamos, tío —su amigo le alborotó el pelo.

—Lo siento, es que a mí la violencia...

—¿Quieres olvidarlo de una vez? Venga, va, ¿qué has estado haciendo?

—Nada.

—Pablo... —se le puso delante de nuevo con los brazos cruzados, esperando.

No tenía sentido mentirle, ni ocultárselo.

—He conocido a una chica.

Entonces, sí, la cara de sorpresa de Álex fue sincera, y sus cejas arqueadas y la expresión de sus ojos dejaron adivinar todo lo que sentía.

VEINTIUNO

—¡Eh, colega! —Álex agarró la silla que tenía más cerca y se sentó en ella—. Cuenta, venga.

—No hay mucho que contar, hombre.

—¿Quién es?

—Dieciocho años. Se llama Iris.

—¿Cuándo sucedió la cosa?

—Anoche.

—¡Pues sí que vas rápido! —los ojos de su amigo centellearon de nuevo—. Lola debió de ponerte las pilas.

—No es eso —movió la cabeza—. Es que es... especial.

—¿Especial?

—Sí.

—¿Te has colado? —pareció no dar crédito a lo que decía.

—Me gusta, no sé.

—No, no, si me parece de coña —Álex mantuvo un par de segundos de silencio, sin dejar de mirarle divertido.

Pablo acabó echándose a reír.

—Bueno, ya vale, ¿no?

—Oye, que me alegro.

—No lo parece.

—Me río porque te veo la cara de pavo. ¿Habéis quedado?

—Sí, esta noche.

—Fiu... —silbó su visitante—. A eso se le llama meter la directa. ¿Cómo es ella?

—¿Qué quieres decir?

—¿Morena, rubia, alta, baja, delgada, gorda...? Ya sabes.

Se la describió como pudo, intentando ser justo y al mismo tiempo...

—¿Has conocido a Natalie Portman? —abrió los ojos Álex.

—¡No seas animal!

—Es que me la estás describiendo, tío.

Se quedaron mirándose otros cuatro o cinco segundos.

—Colado —asintió Álex—. Así —chasqueó los dedos de su mano—. Desde luego hay que ver el cambio que has pegado en estos días, macho.

No se lo discutió. Era cierto. Pero tampoco quiso cederle todo el mérito. Ni siquiera sabía si le pertenecía. Iris era un punto y aparte, una inflexión en la calma. Había navegado entre dos aguas, sin saber si hundirse o emerger, y de repente sacaba el periscopio y veía tierra.

Se sintió incómodo contándole todo aquello a su compañero.

—¿Trabaja, estudia?

—Vive de *okupa* —se dio cuenta de que no le había preguntado cómo se ganaba la vida—. En una casa del Putxet.

—¿En serio?

—¿No decías tú que todo el mundo tiene su historia?

—Esto no me lo pierdo —reveló su predisposición Álex.

—Espera, espera, dame tiempo.

—¿Qué pasa, no te fías?

—No quiero que la asustes.

—¿Yo? —exageró la vocal y el gesto.

—Sí, tú —manifestó Pablo forzando una sonrisa de compromiso.

—Entonces, venga —Álex se puso en pie—. Vamos a dar una vuelta. Necesitas un par de lecciones urgentes de cómo ir en serio con una tía sin asustarla ni que se note que haces pompas de jabón con el culo.

Se habría reído con la expresión.

Pero ahora ya no era antes, sino después.

—No, hoy no.

—¿Por qué? ¿Tanto necesitas para ponerte guapo?

—Prefiero no salir.

—Sigues cabreado —advirtió Álex.

—No, pero no me saco de la cabeza lo de la otra noche —no pudo evitar la insistencia.

—Es-tá-ba-mos col-ga-dos —deletreó cada sílaba con mal fingida paciencia.

—No es una excusa.

—De acuerdo, lo que tú digas —su visitante levantó las dos manos—. Pero te diré algo amigo: colgado o no, te salió del alma.

—No es cierto.

—¿Que no? Le zurraste a ese *momeo* con todo.

—Te repito que no es verdad.

—Oh, sí lo es, chico.

—Y yo te...

Álex volvió a ponérsele delante.

—Mira, Pablito: una cosa es lo que todos pensamos que somos, o cómo nos vemos, lo que soñamos de nosotros mismos o aquello que aspiramos ser, y otra muy distinta es lo que somos de verdad y cómo reaccionamos de primeras ante lo que nos rodea —puso cara de santo y aflautó la voz—: Un mundo en paz, sin fronteras, todos iguales, mestizaje, no a la globalización, reparto de la riqueza... —recuperó su propia voz y el tono más adusto para poner el dedo en su particular llaga—: Todo muy bonito, ¡oh, sí!, pero mira a tu madre, mira al cabrón que se metió en su cama y sacó a tu padre de ella, mira al *moraco* de la otra noche comiéndose con los ojos a las chicas... No, espera —detuvo el gesto de Pablo cortando su protesta—. No te avergüences, tío. De nada. Y tampoco te cabrees por haber sacado los bemoles de pronto, en el momento en que tu

alma te dijo «basta». Ése eras tú tanto como eres el de ahora mismo. La vida es un equilibrio, pero sabes de sobra que siempre hay quien da muchas más hostias de las que recibe.

Había sido una larga perorata. Álex la concluyó con su dedo índice a la altura del pecho y en diagonal, apuntando al rostro de Pablo. Los dos estaban serios.

Sólo el calor era más grave que sus caras.

—En fin —Álex reaccionó el primero y volvió sobre sus pasos, enfilando el camino de la puerta—, te llamaré cuando estés más tranquilo y con menos rollos —se detuvo antes de salir de la sala, se giró y agregó de nuevo con una sonrisa de malicia en la cara—: Y en cuanto a lo de esta noche... ¡Dale caña, hermano!

Hermano.

—No es más que una primera cita —dijo Pablo.

—Me da en la nariz que la primera cita fue anoche, si no, no te habría dado tan fuerte. Además, con las tías siempre la cagamos, sobre todo cuando pensamos en serio en una, porque nos ponemos idiotas, así que vale más cagarla por exceso que por defecto. Si vamos muy rápidos, se mosquean, pero si no intentamos nada creen que somos raros, o no estamos motivados, o se sienten feas... Mírale los ojos y las manos. Ésa es la clave. Hablan con ellos y con ellas, ¿sabes?

Puso la mano derecha en forma de pistola, le apuntó y disparó.

Silenciosamente.

Luego se marchó por el pasillo y a los tres segundos Pablo escuchó el sonido de la puerta de su piso cerrándose.

VEINTIDÓS

Iris le estaba esperando en la puerta exterior de la vieja mansión. Bien mirado, ni siquiera sabía por qué habían quedado allí en lugar de hacerlo en un lugar más céntrico, a mitad de camino de sus casas. De buenas a primeras pensó en el dinero. La noche anterior no llevaba nada encima, y no hacía más que cuatro horas que se habían separado después de comer un bocadillo cada uno en su casa, antes de salir.

El dinero.

Se imaginó a Iris viviendo con él, compartiéndolo todo, durmiendo cada noche juntos.

Ella abriría la puerta de la habitación de sus padres, seguro.

Dominó sus fantasías. Todavía no hacía ni 24 horas. Todavía vivían bajo el influjo de la misma sensación, la primera, la más fuerte. Hubiera adoptado al perro atado al árbol de su calle. Hubiera besado en la frente a los dos gamberros que propiciaron su encuentro con las estrellas.

¿Cómo era capaz de enamorarse en un abrir y cerrar de ojos?

No, mejor habría que preguntarse cómo podía alguien no enamorarse de Iris en un abrir y cerrar de ojos.

Hecha a su medida.

Levantó una mano cuando se encontró a menos de veinte metros y ella miró en su dirección, algo que no había hecho hasta ese instante. La chica correspondió a su gesto y sonrió mientras se ponía en marcha.

Vestía más acorde con una cita, pero sin perder la informalidad. Llevaba una camiseta ceñida, sin mangas, sin sujetador, como la noche anterior, y unos pantalones vaqueros holgados aunque con mejor aspecto que sus predecesores. Los brazos eran largos y delgados, los hombros rectos. Calzaba unas sandalias que permitían ver sus pies.

Recordó las palabras de Álex.

«Mírale los ojos y las manos. Hablan con ellos y con ellas.»

Álex no lo sabía todo. ¿O sí?

A Pablo se le antojó la presencia más sexy y turbadora que jamás hubiese conocido. Ni Nani, con su melena roja, ni Lola, con su cuerpo volcánico y aquel rostro tan sugerente, podían compararse a Iris. Su sonrisa, irradiando simpatía, bastaba para convertir a cualquiera en una caña de azúcar.

—Hola —se detuvo al llegar frente a ella.

Iris tomó la iniciativa, enlazando con su despedida de horas antes. Se le acercó y le dio dos besos en las mejillas, aunque el segundo, de nuevo, rozó la comisura de sus labios.

—Hola, Pablo.

—¿Qué tal el golpe? —señaló su cara.

—Ya no me duele, y el brazo tampoco.

—Estás preciosa.

—Eh, no te burles.

—Lo digo en serio.

—Entonces no lo digas en serio —hizo un mohín de disgusto—. Nadie que viva aquí

dentro como yo lo hago puede estar bien.

—Será temporal, ¿no?

La chica no le respondió. Su gesto fue ambiguo. La forma en que apartó los ojos denotó un deje de angustia. Fue la primera en desplazarse hacia cualquier parte menos hacia las proximidades de la vieja casa.

—¿Por qué no hemos quedado en un lugar más céntrico? —exteriorizó el mismo pensamiento que Pablo un minuto antes.

—No sé.

—Bueno, da igual, ¿adonde vamos?

Quedó un tanto pillado a contrapié. Se suponía que debía tomar la iniciativa. Se suponía que debía tener ya un plan trazado en la mente. Se suponía...

—De momento salgamos de aquí, porque no conozco esto y soy de los que se pierde —evadió una respuesta directa—. He dado con la calle y la casa de casualidad.

—A mí me gusta, es tranquilo, y más ahora, en verano. La gente de pasta, como la de por aquí, se larga fuera y esto está vacío. Parece un cementerio. No hay nadie por las calles.

—¿Te gustaría vivir aquí, en el Putxet?

—Claro, ¿y a quién no?

—Yo estoy muy a gusto en mi barrio.

—Hombre, también lo estaría yo con un piso propio. Donde fuera. Lo de vivir aquí lo digo en plan sueño.

—¿Sueles soñar despierta?

—No —bajó los ojos—. Me temo que la vida me ha enseñado a ser realista. ¿Y tú?

—Yo sí —confesó.

—Eso es porque tienes cubiertas las necesidades más elementales. Sólo así puede soñar una persona, o permitirse el lujo de hacerlo.

—No creo que sea sólo por eso.

—Pues será porque has tenido una vida tranquila y feliz.

No le respondió.

Iris le dirigió una mirada de soslayo.

—¿Tocado? —musitó inquieta.

—No, no.

—¿Me lo contarás cuando quieras?

—Está bien —logró forzar de nuevo su sonrisa—, aunque no hay mucho.

Su madre con Sandro. Su padre suicidado. El loco de la colina.

Sí lo había.

Pero todavía no podía decírselo.

—¿Qué te gustaría cenar? —cambió el sesgo de la conversación.

—Pasta —respondió ella rápidamente, poniendo cara de éxtasis—. Me chifla la pasta, de todo tipo, la que sea. Y hace una eternidad que no la como, ¿puedes creerlo?, ¡una

eternidad!

—Entonces, pasta. A mí también me va.

—¿En serio? ¿No lo haces para tenerme contenta?

—Te lo juro —levantó su mano derecha.

—De acuerdo, pasta, el primer sitio que encontremos y nos guste, ¿te parece?

Todavía era de día, pero la luz declinaba con rapidez. De alguna forma, porque parecían no seguir una ruta establecida ni predeterminada, llegaron a la calle Balmes y se deslizaron por ella de bajada en dirección al mar. La conversación se había generalizado, fluyendo igual que un río por el que las aguas de todos los deshielos convergían. Pablo se fijó en sus pies, perfectos, dedos menudos, uñas bien cortadas. Unos pies para acariciar y besar. Luego hizo lo mismo con sus manos, aunque ya se había fijado en ellas la noche pasada. Parecían de seda.

Supo que daría la vida, una vez más, como siempre, para que unas manos como las de Iris le acariciarán.

Y ya no era un sueño. Era una posibilidad.

«No la fastidies, tranquilo, tranquilo», se dijo a sí mismo en silencio.

Las palabras desaparecieron en su cabeza.

—Bueno, ya ha pasado un rato —anunció Iris solemne—. ¿Quieres contármelo ahora?

—¿El qué?

—Te he preguntado si estabas tocado y me has respondido que no. Entonces yo te he dicho que ya me lo contarías cuando quisieras y tú has comentado que no había mucho y te has callado. De eso hace una eternidad —puso cara de buena chica.

Sí, ¿podía decírselo?

Casi. No todo.

—Mi padre murió no hace mucho.

—Lo siento —su rostro se ensombreció de pronto.

Pero no le preguntó cómo.

—Y mi madre se ha ido a vivir con uno más joven que ella, un cachas brasileño —concluyó él su explicación agradeciéndole el detalle o la falta de curiosidad.

—¿En serio? —abrió los ojos Iris por la inesperada revelación.

—Como lo oyes.

—Entiendo —suspiró.

—Es un verano... extraño, ¿sabes? He estado un poco desorientado.

—No me extraña —Iris se colgó de su brazo.

Fue para darle su apoyo, pero ya no se separó de él.

—Anoche me fui al cine solo. Apenas si he salido... —recordó la noche de Lola y Carmen, la discoteca, el magrebí.

—Entonces me alegro de que nos hayamos conocido.

—Yo también —su voz sonó quebrada.

—Tengo una teoría —dijo la chica—. Las personas que se parecen acaban encontrándose. Hagan lo que hagan. Es una predestinación natural. ¿Crees que estaría

ahora contigo si anoche no hubiera pasado algo?

—¿Qué es lo que pasó?

—No seas tonto —tiró de su brazo y eludió cualquier explicación—. ¿Tocas algún instrumento?

—No.

—Lástima. Yo escribo canciones. Hubiera sido demasiado que pudiéramos formar un dúo o algo así.

—¿Me dejarás leer alguna letra?

—Tal vez —se hizo la interesante, mirándolo enigmáticamente.

Su mano se deslizó por el brazo hasta unirse a la de él.

Entrelazaron los dedos.

Tan natural que fue como si toda la vida hubieran paseado así.

Pablo sintió la turbación, el zumbido.

—¿De verdad no tienes sueños? —inquirió para no dejarse arrastrar por lo que sentía.

—Bueno, yo lo llamaría esperanzas —consideró Iris.

—¿Y cuáles son tus esperanzas?

—Ahora mismo encontrar un espacio en el que existir, nada más. Un espacio para ser yo misma y crecer.

—¿Te refieres a un espacio físico?

—Físico y anímico. Los dos. Pero puede que cuando encuentre el físico también aparezca el anímico. Al revés es más difícil. Cuando no se tiene nada... —le apretó la mano con fuerza, transmitiéndole lo que sentía—. No voy a poder estudiar, soy consciente de ello, así que tendré que espabilarme con un trabajo de mierda y buscar mi oportunidad. Todo mi futuro pasa por lo que haga en los próximos dos o tres años.

—No te será difícil conseguir...

—¡Oh, vamos, Pablo! —rezongó ella con hastío—. No me sueltes la chorrada típica. Todo está muy mal. Sólo falta que me digas que como soy guapa ya tengo la mitad del camino hecho. No se trata de eso.

Iba a decirle que lo era, pero se contuvo. Supo que no era el momento más adecuado. Lo mismo que él, Iris podía sentirse insegura, ajena a su cuerpo, cargada de culpas amontonadas en la infancia y la adolescencia.

¿Y si era eso lo que más los acercaba?

No pudo seguir el hilo de la conversación. Iris se detuvo y señaló un restaurante, más bien una pizzería, en la acera frontal.

—¡Eh, fíjate en ese italiano! ¿Qué tal?

—Por mí...

—¿Tienes hambre? —y sin esperar una respuesta puso los ojos en blanco y agregó—: Yo estoy que me caigo...

Los bocadillos caseros quedaban muy lejos.

—Entonces, vamos —asintió él feliz.

Cruzaron la calle a la carrera, antes de que llegaran los coches y las motos que acababan

de arrancar en el semáforo situado un poco más arriba. No se soltaron de la mano hasta que ella se arregló el pelo en un gesto maquinal de coquetería como paso previo a su entrada en el restaurante.

VEINTITRÉS

Durante la cena hablaron por los codos.

La pasta era buena, tomaron platos combinados con tres tipos distintos y los degustaron con satisfacción. Sólo de vez en cuando algún comentario de Iris lo atravesaba de parte a parte, como cuando dijo:

—¿Sabes la de tiempo que hacía que no comía así de bien?

Pensó decirle que podían comer y cenar juntos cada día, que no le importaba, que estaba en situación de permitírselo. Pero no quiso precipitarse. Podría creer que lo único que pretendía era comprarla a través del estómago. No quería meter la pata.

De pronto, le importaba demasiado.

Además de hablar, se rieron, y mucho.

A veces por cualquier tontería, otras por un comentario agudo, las más por inercia. Como si hubieran sellado un acuerdo tácito, aparcaron las fatalidades y los problemas. Cuando terminaron los postres siguieron sentados a la mesa y allí les dieron las doce.

Regresaron a la noche no mucho después, para estirar las piernas y continuar con sus primeras horas de libertad conjunta. Una vez en la calle se detuvieron esperando cada uno que el otro tomara la iniciativa, pero ninguno lo hizo.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Pablo.

—Lo que sea menos meterme en un lugar cerrado.

—Vale.

—Quiero decir que paso de discotecas en las que no se puede hablar y están llenas de humo, y de cine en sesión golfa.

—Me he dejado el globo en casa.

—¿Me llevarías en globo? —le brillaron los ojos con aquella intensidad tan suya.

—Sí.

—¡Hasta el infinito y más allá! —gritó elevando un puño al cielo antes de soltar una carcajada—. ¿Viste *Toy story*?

—Sí.

—A mí me alegró la infancia. Fue mi frase de guerra durante meses.

—Pues de momento prefiero caminar hacia abajo que hacia arriba —indicó él.

Descendieron en sentido montaña-mar, por Rambla de Catalunya, las Ramblas y, finalmente, el puerto. Una vez en él fueron hacia la parte izquierda, con las aguas quietas a su derecha. Ninguno de los locales que abrían sus puertas bajo la noche les sirvió de reclamo y continuaron paseando sin rumbo. Hablaron de padres, de soledades, de vidas paralelas y de un pasado que en el caso de Pablo no fue del todo exacto. En él no aparecían Sebas, Luis ni Paco. En él nunca interpretó *El loco de la colina* en aquella maldita función escolar. En él nunca hubo una Nani.

Nunca había hablado tantas horas con una chica.

Ni cinco minutos sin cortarse.

Tal vez Álex sí hubiera tenido que ver con el cambio.

—Feliz aniversario —se inclinó sobre ella, sin dejar de andar, y le dio un beso en la mejilla.

—¿Qué? —logró sorprenderla.

—Hace 24 horas que nos conocemos.

Iris exhibió una de sus maliciosas sonrisas cargadas de picaresca.

—Y ya hemos pasado una noche juntos. Debo de ser una chica fácil.

No supo qué decirle, pero ya no se bloqueó.

Con ella, las preguntas, los temas, salían a borbotones.

—Antes de que tu madre se enamorara del hombre que te obligó a marcharte, ¿qué hacías? ¿Estudiabas?

—Sí, pero no era muy buena. Quería ser actriz, ¿sabes?

—¿En serio?

—Tal vez aún lo sea.

—Bueno, no hay edad para eso.

—He ido a algunos *castings*. Cuando me entero de uno... Pero me falta la base. Para todo hay que estudiar, Pablo. Y para estudiar se necesita pasta.

Volvía a surgir en su limitado horizonte el tema económico, su modo de vida. Esta vez se arriesgó a preguntárselo.

—¿Qué haces para vivir?

—Tú dirás —se encogió de hombros—. Lo que sale aquí y allá. Fui una estúpida por largarme de casa con una mano delante y otra detrás. A veces aún me parece que estoy en otro mundo, que esto es... no te diré que un mal sueño, pero casi. Así que de lo que se trata es de vivir al día, sin alardes, sin meter la pata, y manteniendo una dignidad, no sé si me explico.

—Sí, lo haces. Y me parece tan duro...

—Tiene su parte buena —consideró ella—. Soy libre e independiente. No estoy sometida a ninguna tiranía paterna o materna. Y siempre puedo irme a Berlín, con mi padre. A él le encantaría.

—¿Eso no sería huir? —se estremeció él.

—No, no creo. Me gusta viajar. Podríamos ir juntos, ¿no te gustaría?

Pensó en sus estudios y se dijo que el paraíso, desde luego, no pasaba por la facultad, al menos de inmediato.

—¿Hablas en serio?

—Estamos en verano. ¿Tienes algo que hacer?

—La verdad es que no.

—Pues si consigo un poco de dinero...

—Yo...

—Ni lo digas —le detuvo.

Continuaron caminando, ya en dirección a la Barceloneta. El tema económico quedó atrás. Sólo eso. No se habían vuelto a tocar desde el restaurante. Pablo no sabía si llevar la iniciativa, cogerla de la mano o del brazo. Prefirió esperar. Recuperó la concentración

cuando escuchó a Iris hablar de algo íntimo y directo.

—Un padre muerto y otro desaparecido en combate, y nuestras madres viviendo con otros hombres. ¿No es asombroso?

Su respuesta murió antes de nacer.

Porque de pronto, allí, frente a él, saliendo de la nada, surgió la figura de Álex.

Su cara era de asombro.

—¡Pablo!

Se detuvo, e Iris con él. Su cabeza quedó en blanco, sacudida por una conmoción soterrada y silenciosa. Su amigo cubrió los pasos que le separaban de ellos. Parecía fascinado.

—¡Qué casualidad, hombre!

¿Casualidad?

¿Con Álex?

Pablo vaciló más de lo normal. Miró a Iris, que estaba a la espera de las presentaciones. Luego otra vez a su compañero. Álex le dio una palmada en el brazo opuesto al lado en que estaba la chica mientras la cubría con una densa mirada.

Capaz de absorberla.

—¡Ahora entiendo por qué no se te ve el pelo! —comentó el aparecido.

—Iris, éste es Álex —consiguió articular las primeras palabras—. Álex, Iris.

Se besaron en las mejillas. Un roce fugaz. Suficiente para que Pablo ya no le viera a él, sino a una serpiente en su paraíso. Álex era capaz de quedarse, de pegarse a ellos, de estropearle la noche, de...

Iris podía fijarse en él.

Todos sus complejos de inferioridad afloraron de golpe, pero lo que sintió en esta ocasión fue rabia.

Deseos de luchar.

Miró a Álex con toda la intención del mundo. Lo taladró.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Pablo.

—Nada —Álex fingió indiferencia—. Ya me iba a casa. Estoy solo y aburrido.

El grito interior era ensordecedor para sí mismo: «Vete, ¡vete! No te quedes. ¡Vete, por favor!».

—¿Vais a alguna parte?

—Hemos cenado y estábamos paseando.

Los dos se miraron a los ojos.

Un largo segundo.

—Entonces os dejo —dirigió una amplia sonrisa a Iris y agregó inesperadamente—: Cuídamelo. Es el mejor tipo que conozco.

Pablo se relajó.

—Encantada —se despidió ella.

Volvieron a besarse en la mejilla. Álex le tendió la mano a él. Se la estrechó, fuerte, con

energía. Una transmisión de poder.

Después se alejó en dirección contraria, las manos en los bolsillos, sin volver la cabeza ni una sola vez, porque Pablo se aseguró de ello antes de reemprender el camino.

Todo había sido muy rápido. Fugaz.

—¿Es muy amigo tuyo? —oyó preguntar a Iris.

—Del instituto.

—No me gusta. Tiene algo que...

Dejó de observar a Álex y centró su mirada en ella. La frase sin terminar era todo un mundo, una declaración de principios.

Y sin saber cómo, se alegró de oírla.

Se quedó relajado, feliz, más tranquilo de lo que jamás hubiera imaginado después de la intensidad del encuentro.

Ahora, sí, Iris era suya.

VEINTICUATRO

Tumbados en la playa, bajo las estrellas y con el arrullo de las olas mediterráneas cerca de sus pies, Pablo recordó la noche en la que le había contado a Álex la verdad acerca de su vida, incluido el eje central de la historia, el suicidio de su padre.

Apenas habían transcurrido unos días, y todo era distinto.

De Álex a Iris. Un mundo.

Dejó que el silencio arrullado por la mansedumbre del agua continuara envolviéndolos. No dijo nada. No quería volver a contar la historia. No allí, de nuevo, ni mucho menos a Iris. La noche era demasiado hermosa y era capaz de sentirla tanto, tanto...

Él estaba sentado, con la espalda apoyada en un poste. Ella tumbada en perpendicular a él, con la cabeza en su vientre. Él no se atrevía ni a tocarla, la observaba. Ella tenía los ojos cerrados, pero no dormía, era consciente de eso. El danzaba desde el aire con su mirada por encima de aquel rostro puro, roto tan sólo por la huella de la herida de la noche anterior. Ella respiraba de forma acompasada, subiendo y bajando el pecho, ahora apenas revelado dada la posición horizontal.

Él.

Ella.

Manos y pies de ángel.

Le costó dominarse. Y cuando lo hizo fue incapaz de superar el miedo. Volvía a ser el tímido, el que nunca se atrevería a pedirle nada a una chica por temor a una negativa que le apabullara y redujera su orgullo a cenizas.

Sólo tenía que mover una mano, tocar la suya.

Acariciar su mejilla, sus labios, y esperar.

¿Demasiado precipitado?

No quería que la noche terminara nunca. Se habría quedado allí para siempre, aun sin hacer nada, dominando cada instinto y abortando cada sentimiento.

Iris abrió los ojos.

Suspiró.

—Es tarde —dijo envuelta en ese suspiro.

Pablo no habló.

La oportunidad se desvaneció cuando ella se incorporó y se puso en pie con agilidad. Le tendió una mano para ayudarlo a hacer lo mismo y él se rindió a la evidencia. Quedaron cara a cara, mirándose a los ojos bajo la luna.

—Me gustaría tener una casa en una playa como ésta —le dijo con un tono de voz que apenas si hirió el aire.

—La tendrás —aseguró Pablo.

—No —fue categórica.

—Creo que si nos proponemos algo...

Iris le tomó de las dos manos. Volvía a tener el rostro inundado por aquella sensación de paz que de tanto en tanto surgía de lo más profundo de su ser. Le acarició ambos dorsos con los pulgares de las suyas.

—Tú sí lo conseguirás todo. Tienes lo que hay que tener.

—¿Qué es?

—Corazón.

Contó hasta tres para besarla.

A la de dos, Iris dio el primer paso para alejarse de la playa en busca del asfalto urbano.

Cuando llegaron a él, echó un vistazo al reloj. Pareció sentirse agotada. Apenas si había ya tráfico por la zona, aunque vieron dos taxis a menos de cincuenta metros, parados frente al semáforo. Y un tercero se aproximaba desde el Paseo Marítimo.

Iris volvió a situarse de cara a Pablo.

—Escucha, me encantaría ir a tu casa, y volver a dormir en una cama maravillosa como la de anoche —se estiró, perezosa, soltándole las manos para elevar las suyas hacia lo alto—. Y sería genial, lo reconozco. El mejor de los regalos para una noche perfecta. Pero precisamente por eso es mejor que no lo haga. Una se acostumbra rápido a la buena vida.

—Puedo...

—No —le puso un dedo en los labios—. Está bien así. Muy bien. Perfecto. Sé bueno y llévame a mi mansión del Putxet, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Y mañana, si quieres, te llevo a un pakistaní que conozco. Es muy barato y se come de maravilla. ¿Qué dices?

—Bien.

—Ahora, ¿te importa que vayamos en taxi? Estoy molida.

—Claro.

—Gracias —lanzó el último suspiro.

Caminaron hacia el semáforo cogidos de la mano, abordaron un taxi e hicieron el trayecto hasta la casa del Putxet sin separarlas, con los dedos entrelazados y quietos aunque unidas con fuerza. Para Pablo fue igual que hacer el amor a través de ese contacto.

Volvía a quedar la promesa de un mañana.

El taxista miró a Iris varias veces por el espejo retrovisor interior. Por su radio se oía la estúpida cantinela de la emisora y una voz de mujer, átona, impersonal, pidiendo taxis y dando direcciones. Era insoportable. Pronto amanecería y dos de las peticiones eran para ir al aeropuerto.

Fue el único comentario de Iris.

—¿Adonde irán?

Al llegar a la calle que descendía hacia la casa llena de *okupas* se soltaron. Fue mecánico. Iris no le miró a los ojos cuando musitó:

—Prefiero que no entres.

—Vale.

Ahora sí lo hizo, y le acarició la mejilla antes de que el taxi se detuviera cerca de la puerta exterior.

—¿Me espera un minuto, por favor? —le dijo Pablo al hombre.

No hubo respuesta. Parecía un veterano curtido en mil batallas nocturnas. Bajaron cada uno por su lado. No sabía qué hacer exactamente, pero tampoco fue necesaria una iniciativa. La tomó ella.

Se le puso delante, repitió su gesto de acariciarle la mejilla, y luego acercó su rostro al suyo para besarle.

Una sola vez.

En la boca.

De forma larga, densa, profunda.

Pablo no consiguió reaccionar, se quedó atenazado, con el corazón a mil, desprevenido por el gesto de Iris porque estaba luchando consigo mismo para darle ese beso a ella. Ni siquiera fue capaz de abrazarla. El beso le atravesó, le quemó los sentidos, le proyectó hasta lo más alto y una vez allí lo hizo estallar.

El placer tenía que ser eso.

Iris fue también la que se retiró primero. Una última mirada de paz y luego se dio media vuelta. Mientras caminaba de espaldas a él levantó una mano. Sabía que Pablo seguía allí, igual que una estatua. Él escuchó su voz llena de música:

—Mañana.

—Sí.

—¡Gracias!

«No, gracias a ti», pensó él.

Iris entró en el jardín, y luego en la casa.

Pablo no reaccionó hasta que, a través de la ventana del vehículo, oyó de nuevo a la mujer del radiotaxi hablándole al amanecer desde su emisora.

VEINTICINCO

Le despertó el timbre de la puerta, insistente.

Eran casi las tres de la tarde.

Esta vez sí supo quién era, y estuvo a punto de darse la vuelta y continuar durmiendo. Todavía tenía sueño. Sin embargo, le pudo una perentoria curiosidad.

Necesitaba saber...

Se arrastró hasta el recibidor, en calzoncillos, y se arriesgó abriendo la puerta de golpe.

Álex le miró de arriba abajo.

—¡Ep-pa! —hizo un alarde gestual, en plan mago.

—Serás pesado.

—Pasaba por aquí... —se coló dentro y él mismo cerró la puerta.

Pablo se metió directamente en el cuarto de baño.

—¿Y si llego a estar con ella? —rezongó.

—No eres tan rápido, colega.

—Vete a la mierda —exhaló.

No hubo respuesta. Se lavó la cara y los dientes y salió del baño mucho más despejado. Álex se encontraba en la cocina, tomando una taza de cereales con leche. Le recibió con un aplauso.

—¡Chico, muy bien! —ponderó enfático—. ¡Un diez!

—¿Ella o yo?

—Ella porque está de miedo y tú porque te lo has montado de puta madre.

—¿Te gustó, en serio? —se sentó delante de él.

—¿Gustarme? Eres un tío con suerte. Me pareció perfecta.

—Bueno, la viste únicamente un minuto.

—Suficiente —lo dijo de manera tajante—. Tengo buen ojo para las tías. Te dije que mojarías con Lola y mojaste. Y te digo que la tal Iris es un caramelo y te lo vas a comer.

—Eres un fantasma.

—Si no lo haces será porque tú no quieres. Le gustas.

—¿Ah, sí? ¿Cómo lo notaste?

—Por la forma de mirarte a ti y la forma en que me dijo a mí: «Lárgate, tío, no molestes». —Pues sí que eres psicólogo.

—Lo que yo te diga —comía y hablaba con rapidez, dando buena cuenta de los cereales. Se sirvió un poco más de leche.

—¿Y de mí qué dijo?

—Nada.

—Algo diría.

—Que parecías zumbado.

—Vale, perfecto. Si no llegas a nada con ella me la pasas.

—¡Búscate la vida!

—Ahora en serio, ¿qué, remataste la faena?

—Serás cerdo... —Pablo flexionó el cuello para desentumecer las cervicales—. ¡A ti qué te importa!

—O sea que tenía razón antes: no.

—¡Coño, que todo te lo dices tú!

—Pablito —utilizó aquel tono tan condescendiente que ya conocía—, cuando un tío lo hace, lo cuenta a los colegas. Es parte del placer.

—Yo no.

—Vale, tú no, tú eres un caballero de los que ya no hay. Pero no te comiste una rosca.

—Y dale —exhaló Pablo.

—No tienes esa cara.

—¿Qué cara?

—La de haber rematado la faena.

—¿Y se puede saber qué cara tienen los que han «rematado la faena»?

—Cualquiera menos la tuya —hizo varias muecas ridículas—. De éxtasis, pinta de no creérselo, de tonto... Tú estás colado, pero seco.

—¡Vete a la mierda! —Pablo se puso en pie.

—Nos vamos, pero juntos. Vístete.

—Yo no salgo con el sol que debe de estar cayendo.

—Tú sales. Alguien quiere conocerte.

—¿Quién?

—Sorpresa.

—Álex, no jorobes...

—Mi tío Mateo.

—¿Y tiene que ser precisamente ahora?

—Está siempre muy ocupado. Hoy pasa el día en su casa y nos espera para comer —miró el reloj y frunció el ceño—. Habrá que darse prisa.

—¿Para qué quiere conocerme?

—Te he hablado de él, ¿no? Bueno, pues a él le he hablado de ti. Es una persona con la que vale la pena contactar, en serio. Si buscas una oportunidad, trabajo, cualquier enchufe... él puede dártelo. Cáele en gracia y tienes la vida resuelta.

—Ya, pero es que... —de pronto pensó en Iris.

Ella sí necesitaba oportunidades.

—Venga, pesado. No es más que una visita social: «Hola, tío Mateo», «Pablo», «Que si tal y que si cual», «Bien» y «Adiós». Es así, no le gusta perder el tiempo.

—¿Y cuando dice salta, saltamos?

—Pues sí —Álex se enfadó—. ¿Y por qué te estoy dando tantas explicaciones? ¡Deberías besarme el culo, mamón! ¡Muévete de una vez!

—¿Puedo ducharme? —se rindió.

—Es tarde, pero sí, lo veo recomendable.

Regresó al cuarto de baño, se duchó en dos minutos y se vistió con algo adecuado. Álex le esperaba en el recibidor con la puerta abierta después de haberle visto pasar debidamente acicalado. No volvieron a hablar hasta llegar a la calle, mientras su compañero buscaba un taxi.

—Oye, lo de anoche no fue casual, ¿verdad?

—¿El qué?, ¿lo de encontrarnos? Pues claro que fue casual.

—Anda ya.

—En serio.

—Mira, no me vengas con chorradas. ¿Qué hacías tú por allí a esa hora?

—Oye, oye —Álex le dio un golpe en el pecho con el dorso de su mano derecha—. ¿Crees que te espío y te sigo o qué?

—No me lo trago.

—Pues no te lo tragues, figura. Desde luego... —le cubrió con una mirada de desconcierto—. A ver si resulta que tienes manía persecutoria y estás paranoico o algo así.

—No es eso, pero...

—Mira, cállate ya —le impidió continuar—. ¡El señor importante! ¡Como si no tuviera nada mejor que hacer! ¡A lo peor te piensas que cuido de ti y miraba si ella es de tu estirpe!

Llegaba un taxi. Puso el intermitente al ver el brazo de Álex levantado y se acercó a ellos suavemente. Él mismo abrió la puerta para que Pablo entrara el primero.

Mientras lo hacía, acabó de poner la guinda al exclamar con desparpajo:

—¡Ay, Pablito! De todas formas no estaría de más que te vigilara. No quiero que te hagan daño.

VEINTISÉIS

La dirección era la de una calle próxima a la avenida Pearson. Si Iris le había comentado que en el Putxet vivía gente de dinero, en la parte más selecta y exclusiva de la ciudad vivían los potentados, los que sí «tenían» dinero. Pablo lo comprendió en el momento en que empezó a ver Barcelona desde las alturas, con el mar a lo lejos en aquel día claro, y las villas señoriales desfilaron a ambos lados del camino. Muros, sistemas de vigilancia, árboles, suntuosidades apenas intuidas por entre la vegetación, casas de dos plantas, unifamiliares, con el sello de la clase que raramente podía comprarse con dinero...

—¿Tú tío vive aquí? —quiso estar seguro.

—Ya lo verás —le dio con el codo—. Se te va a caer la baba.

—No, si ya...

El taxista acabó de orientarse ayudado por Álex. Cuando se detuvo lo hizo frente a una verja doble, bellamente trabajada con herrajes formando hojas de acanto. También él contempló lo que se veía un poco más allá del sendero, los cuidados parterres y el Porsche aparcado cerca del acceso principal. Álex pagó la carrera y pulsó un timbre adosado a la parte derecha del muro, justo frente a una lente que debía de llevar su imagen hasta el interior. No hubo preguntas.

La doble cancela metálica se abrió y se adentraron en aquel templo de paz. No hubo ningún intercambio de palabras o comentarios. Ya no. Caminaron hasta la entrada. Álex acarició el Porsche 911 Carrera de color rojo y guiñó un ojo a su compañero. En la puerta de acceso les esperaba un hombre que vestía un uniforme de mayordomo o algo parecido. Pablo nunca había estado en un sitio igual, así que no lo sabía. El hombre tampoco les hizo ninguna pregunta.

—Por aquí.

Le siguieron por la parte de la izquierda.

—Ya verás, ya —cuchicheó Álex.

—¿Esto es de tu tío Mateo? —rompió su mutismo Pablo, hablando también en voz muy baja.

—Sí. ¿Mola, eh?

—¿A qué se dedica?

—Negocios.

—Pues menudos negocios...

El hombre que les guiaba se detuvo frente a una puerta acristalada que daba al jardín por la parte posterior. Desde allí se veía el extremo de una piscina.

—Esperen un minuto, por favor. Veré si pueden pasar ya.

Les dejó solos. Eso permitió que el resto de la conversación fuera en voz alta.

—Es de los que invierte aquí y allá, compra, vende... Es un lince.

—¿Y trabaja en casa?

—Puede hacerlo —repuso Álex—, pero no, sólo a veces. Tiene un edificio entero por Francesc Macià o María Cristina, no estoy muy seguro. Aquí atiende lo más importante.

—¿Así que soy un negocio importante?

—Tú eres mi amigo, y para él, por encima de los negocios está la familia. Así que siendo amigo de su sobrino favorito...

Reapareció el mayordomo, circunspecto, ingrátido. Su rostro era una máscara inexpresiva. Se limitó a abrirles la puerta de cristal y permitirles el paso al exterior.

Pablo estuvo a punto de abrir la boca en plan bobo.

La piscina era muy grande, rectangular, quince o veinte metros de largo por diez o doce de ancho. Su agua era muy azul. A un lado, tomando el sol, vio a una mujer desnuda, boca abajo, con su inmensa cabellera rubia desparramada a un lado. No era necesario acercarse mucho más para adivinar su esculturalidad. Por si no era evidente, Álex le dio un nuevo codazo señalándosela. Se mordió el labio inferior en una clara señal de pasión. Pablo apartó la mirada de ella y de su compañero para depositarla en el hombre hacia el cual se dirigían: cincuenta años, cabello ligeramente largo por detrás, estatura baja, muy baja, rostro redondo y gafas oscuras. Estaba sentado frente a una mesa de jardín, debajo de un enorme parasol, leyendo algo en la pantalla de un ordenador portátil.

El mayordomo ya no los acompañó más.

—¡Tío Mateo!

—¡Álex!

El dueño de la casa no se levantó, pero sí dejó lo que estaba haciendo. Pulsó una tecla y bajó la pantalla del ordenador. Abrió los brazos y cinceló en su rostro una gran sonrisa de salutación. Pablo dejó que su amigo se adelantara.

—¡Maldita sea, que si no te llamo yo no vienes nunca! —le soltó un pescozón.

—¡Pero si siempre estás liado! —se defendió Álex.

Cesó el abrazo, el beso en la mejilla del tío Mateo y la palmada en la espalda de su sobrino. Los dos se apartaron para que Pablo entrara en escena.

Con lo primero que se encontró fue con la mano extendida del hombre.

—¡Así que tú eres Pablo!

—Sí. Sí, señor —le estrechó la mano.

—Álex no deja de hablar de ti, hijo —señaló dos cómodos sillones para que los ocuparan—. No sabes lo que me alegra conocerte.

—A mí también me ha hablado de usted.

—¿Sabes? —lanzó un enorme suspiro—. Es la primera vez que este cretino me presenta a un amigo.

—¡Tío!

—¡Es la verdad! —fingió excusarse—. Todo este tiempo sin verte, sin saber nada de ti, y luego apareces... —apuntó con un dedo a Pablo y agregó—: Dice que eres legal. ¡Oh, sí, legal! —fue como si la palabra le hiciera gracia—. Antes o lo eras o ibas a la cárcel, ahora en cambio es casi un signo de distinción. ¿Queréis tomar algo?

—Yo una cerveza —se apuntó Álex.

—¿Y tú?

—Lo mismo —aceptó.

—¿Y un baño? ¿No os apetece un baño? —tocó un timbre adosado a la mesa y el mayordomo reapareció con mucha más celeridad de lo que antes se había movido al conducirles hasta allí. De todas formas no tuvo que aproximarse del todo—. ¡Tráenos tres cervezas, Pascual! ¡Y la comida en cinco minutos! —les miró feliz—. ¿De acuerdo?

—Siento que hayamos llegado tan tarde —se excusó Álex.

—Es marca de la casa —el tío Mateo se dirigió a Pablo—. Pero no se puede despedir a un sobrino así como así. ¿Seguro que no os apetece daros un baño antes de comer?

—No queremos molestar —intentó excusarse él.

—¿Molestar? ¡Qué va a ser una molestia! A veces creo que la piscina sólo está para que la disfrute Eva —elevó la voz y gritó—: ¿Verdad, cariño?

La rubia movió una mano, perezosa. Nada más.

—Bien, bien, bien, Pablo —el hombre se retrepó en su butaca y por primera vez se quitó las gafas oscuras.

Tenía los ojos pequeños.

Extraños.

Fue un simple efecto, un ramalazo. Su sonrisa era del todo afectuosa.

—Parece que hacéis un buen equipo —consideró en plan paternal—. Álex me ha dicho que actualmente estás solo.

—Sí.

—Y que tu padre... murió.

—Así es.

—Mala cosa —el tío Mateo arrugó la cara, se pasó una mano por los ojos y se colocó de nuevo las gafas—. Perdona, pero es que tengo un problema con el sol...

—Oh, claro.

—Te diré algo, hijo —asintió con la cabeza—. No debería decirte esto delante de mi sobrino pero... aquí tienes una familia, y te lo digo en serio. Siempre y cuando seas una buena influencia para él.

—¡Vamos, tío! —protestó Álex.

—Tú y yo sabemos de qué hablo.

El aludido miró a su compañero.

—Es un romántico —suspiró.

—Y tú un viva la virgen —le reprochó su tío.

Regresaba el mayordomo con las cervezas en una bandeja. Pablo se quedó con la última expresión de Álex, lo de que su tío era «un romántico». De forma instintiva miró en dirección a Eva, la rubia.

Como si ella entrara en el juego, en ese momento se dio la vuelta.

Desnuda.

Pablo no supo qué hacer ni adonde mirar. Le salvó el aterrizaje de las cervezas en la mesa. Disimuló lo que pudo, mostrando su máxima atención a todo lo demás, la apertura de las botellas, su escanciado en los vasos debidamente enfriados...

Eva se acomodó de nuevo.

—Brindo por ti, Pablo —elevó su mano a las alturas el tío Mateo.

Hicieron entrecuchar los vasos, y luego los acercaron a los labios para darles el primer sorbo. Álex lo hizo con sed, apurando casi la mitad del suyo. El dueño de la casa y su invitado fueron más normales.

Pablo se dio cuenta de que el hombre le miraba atentamente desde el otro lado de los cristales oscuros.

—¿Tienes planes para el futuro? —continuó su examen.

—Estudiar.

—Eso es bueno. ¿Qué estudias? Me lo dijo Álex, pero...

—Económicas.

—Te diré algo —repitió su gesto de apuntarle con un dedo—. Termine o no, ven a verme. Tengo donde meter a un chico despierto, honrado y con ganas.

—¿Vas a tirar de talonario, tío? —se burló Álex.

—De todas formas nos veremos a menudo —el hombre pasó de su sobrino y continuó dirigiéndose a Pablo—. Debe de ser una carrera larga y difícil.

Podía telefonearle, ir a verle otro día, pedirle algo para Iris.

La vida era extraña, daba vueltas, a veces se confundía en un laberinto sin fin.

Pero también tenía sus sorpresas, su lado bueno.

—¡Venga, daos un baño de una vez, insisto! —tronó la voz del tío Mateo intempestivamente—. ¡Santo Dios, con el calor que hace! ¡En la caseta tenéis bañadores! ¡Y si no, como Eva, porque no creo que a ella le importe que la imitéis!, ¿verdad, cielo?

VEINTISIETE

No hablaron hasta que la puerta exterior se cerró tras ellos y se alejaron de la casa. Pablo no tuvo que esperar mucho para que Álex rompiera el silencio.

—Buen baño, buena comida, buena cerveza y... ¡Eva!

—No sería su mujer, ¿verdad?

—Pues claro que lo es —pareció extrañarse por la aseveración—. Casados y bien casados, por la Iglesia.

—Pero será su segunda esposa, por lo menos.

—La tercera.

Álex sonrió de oreja a oreja.

—Nunca sé si hablas en serio —objetó Pablo.

—Es la tercera, pero sí, están casados. Mi tío cometió el error de quedarse con la primera, la del barrio, la de toda la vida. Cuando se abrió cometió un segundo error: hacerle caso a la que mejor supo darle lo que necesitaba después del trago. Ahora lleva cinco años con Eva, aunque claro, yo no me atrevería a llamarla tía —se echó a reír—. Dios, está de muerte.

Asintió. Un pedazo de mujer.

Pero no había comido con ellos. Se quedó tumbada al sol, dándose la vuelta de tanto en tanto con perezosa negligencia y pasando de su desnudez.

—Bueno —Álex le palmeó la espalda—. Le has caído bien. Más que bien: le has caído de puta madre.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. Lo conozco. Ha sido de fábula. Yo te había hecho el cartel, pero tú te has currado muy bien el resto.

—¿Que yo me he currado...?

—Has sido tal cual.

—Entonces lo que se dice hacer, no he hecho nada.

—Tú ya me entiendes, tío.

—Más bien no. Yo flipo con todo esto, ¿sabes?

—¡No me digas que no te ha gustado conocerlo!

—Pues sí, me ha gustado. Pero hablas como si fuera a adoptarme. ¿A qué ha venido todo este interés?

—Soy la niña de los ojos de mi tío, ya te lo dije. Y es absolutamente genial. ¿O no?

—Sí, lo es —plegó los labios inseguro—. Bueno... No sé, supongo.

—¿Tú has visto cómo vive?

—Vale, está forrado.

—Pues entonces déjate llevar, Pablito. Todo es sencillo si se va a piñón fijo. ¿No te dije que tu suerte había cambiado? Pues yo soy tu suerte.

—¡Eres demasiado! —se burló sin contenerse—. Creído, engreído, sobrado...

—Y más que aún no sabes —repitió aquel gesto tan suyo, tan paternal, de pasarle un brazo por encima de los hombros—. Pero si yo soy así, tú eres mi credibilidad. Tienes tanta pinta de buen tío que mi natural agresividad y toda la jeta que se me sale quedan diluidas.

—Lo que faltaba —Pablo lo miró incrédulo—. ¿O sea que somos algo así como la pareja perfecta?

—¡Tú lo has dicho! —Álex parecía contento, radiante—. ¡El Quijote y Sancho Panza!

—¿Y quién es cada cual?

—¡Vete a la mierda! —Álex lo empujó haciéndole trastabillar unos pasos—. ¡Ya no eres el loco de la colina, eres...! —buscó un personaje adecuado y al no encontrarlo saltó de nuevo sobre él.

Forcejearon un par de segundos, hasta que se separaron y continuaron la marcha.

Bajaban por la avenida Pearson en busca de un medio de transporte, golpeados por el sol, lejos ya de la piscina y del confort del tío Mateo. Pero dada la hora y la peculiaridad de la calle, sinuosa, bordeando la montaña, acabaron comprendiendo que hasta los alrededores de la Cruz de Pedralbes tal vez no encontrarían nada.

Pablo comprobó la hora por segunda vez.

A pesar del impacto de la visita al tío de Álex, no hacía más que pensar en Iris.

La noche decisiva.

¿Qué venía después de un beso como el de la víspera?

Álex penetró en sus pensamientos, violentándoselos.

—¿Hacemos algo ahora o nos vemos luego?

—No, hoy no —se excusó Pablo—. He quedado con Iris.

—Vaya, vaya.

—He quedado, ¿qué quieres que te diga?

—No, si me parece bien. Tienes una cara de haber puesto la directa...

—No te pases.

—Que no me paso, tío; que te lo digo en serio y con cara de envidia. Tú a lo tuyo. Y si te funciona... pues mira, a lo mejor también me da a mí por eso de atarme a una sola pava.

—Voy a verla por tercera vez. ¿Eso es atarse?

—Pablito, que se te nota un montón.

—¿El qué?

—Cuando vas de culo. Tú eres de esos.

—Eres un agobio —lo apartó con la mano.

Álex se desplazó tres o cuatro pasos riendo. Se recuperó al ver un taxi libre y levantó la suya para detenerlo. Se volvió para mirar a su compañero y dijo:

—La verdad es que yo también tengo que hacer algo ahora. Oye, ¿te importa que me lo lleve yo y te deje aquí tirado? —puso cara de súplica—. Si has quedado tienes que ir a tu casa y me pillas en dirección contraria.

—Adelante.

—Entonces te llamo mañana, ¡chao!

Entró en el taxi y el vehículo se alejó en dirección a Pedralbes. Pablo pensó, demasiado tarde, que por lo menos podía haberlo acercado hasta la parada de autobuses de la plaza, o hasta encontrar otro taxi. Se resignó viendo cómo el de su amigo se desvanecía entre el tráfico de más abajo y continuó caminando.

Se olvidó del tío Mateo. A fin de cuentas no era más que un industrial con mucha pasta. Tal vez le fuera útil en el futuro.

El presente era de Iris.

Se llenó de ella, de su olor, de su sabor, de su calidez femenina.

En muy pocos días su vida había cambiado. Dos veces. Primero, Álex. Ahora, Iris. Dos mundos. Dos frentes opuestos. Y a Iris no le caía bien Álex. Tan sencillo y tan complicado a la vez.

Lo curioso era que, desde la noche de la paliza al chico magrebí, ya no estaba tan seguro de necesitar a su nuevo compañero.

Algo se había quebrado.

Y estaba casi seguro de que Álex lo sabía.

VEINTIOCHO

No le gustaba la comida pakistaní, pero no se lo dijo a Iris. Escogió los platos menos complicados después de preguntar los ingredientes y se limitó a poner la mejor de las caras mientras hacía algo mejor que comer con el estómago: hacerlo con el espíritu.

Su compañera estaba más hermosa y más sensual que las dos noches anteriores, pero también más seria, menos comunicativa.

Y nerviosa.

Pablo tardó en preguntárselo pero lo hizo al final del más largo de los silencios, mientras esperaban el postre. La devoró con ojos hambrientos y manos quietas sobre el mantel sin que ella lo notara, porque los suyos se hallaban quietos en algún lugar indeterminado, más cerca de su interior que del exterior.

—¿Qué te pasa?

Logró capturar su atención.

Provocarle una leve sonrisa con un velado trasfondo de cansancio.

—Nada.

—Estás muy callada.

La respuesta fue más seca de lo necesario.

—Espero que no seas de esos que siempre están preguntándole a la chica por qué no habla.

—No, claro —se puso rojo.

—Es para darles de bofetadas —repuso Iris—. Una no puede estar todos los días como unas castañuelas.

—Bueno, yo siempre te he visto...

—¿Siempre? —le cortó—. Oye, que nos conocemos hace nada.

—Es verdad —aceptó sabiendo que ella iba a notar su cambio de color, cada vez más rojo.

Iris no le miraba. Sus ojos estaban ahora quietos en la mesa. Notó cómo ella apretaba las mandíbulas.

Sí, le sucedía algo, pero probablemente no se lo diría.

Tal vez algún problema económico.

Pablo no sabía cómo reaccionar. ¿Esperaba? ¿Se lanzaba a fondo? ¿Daba un poco de margen para ver qué sucedía después? Se mordió el labio inferior y deseó que llegara el postre de una vez, para tener algo en lo que ocuparse.

El postre no llegó.

La voz de Iris, sí.

—Si tuvieras sentido común, echarías a correr —lo miró con fijeza, rostro grave, ojos nublados—. Y no pararías —se tomó dos segundos de larga pausa antes de agregar—: pero no lo tienes, ¿verdad?

—No —fue sincero.

—Entonces sólo te lo diré una vez: no te convengo. Levántate ahora, sal por esa puerta

sin volver la vista atrás, y vive una larga vida en la que yo tan sólo sea un recuerdo perdido en el tiempo.

—¿De qué estás hablando? —sintió aquel miedo que regresaba, atrapándole el corazón y congelándole la mente.

—De ti y de mí.

—Vamos —intentó bromear—. Tampoco yo te convengo a ti. Soy un neuras.

Iris sostuvo su mirada. Tardó en parpadear, porque la dirección de sus pupilas era firme, dura y tierna a la vez. Cuando lo hizo ya no pudo centrar su vista con la misma intensidad. Se desmenuzó por dentro. Una fina arenilla que le hizo volver a parpadear por segunda vez y con ello liberar una secreta emoción que la llevó al chisporroteo de unas lágrimas que no llegaron a caer. Las contuvo con rabia, apretando de nuevo las mandíbulas y dominando un torrente de sensaciones que murió antes de nacer.

—Voy al baño —se levantó inesperadamente.

Pablo la vio alejarse. Su inquietud comenzó a ser un taladro en su cabeza. Tercera noche y parecía que todo estaba paralizado, o que había dado un gran paso atrás. Respiró con fuerza y buscó la calma. Él tenía sus cánceres del alma, el suicidio de su padre y la locura de su madre. Iris también debía de estar azotada por los suyos. Nada más. Lo que necesitaba era paciencia, demostrarle que estaba a su lado, quererla, hacerle ver que podía contar con él.

Quizá un ex novio...

«No la jorobes —se dijo—. Calma.»

El beso de la noche anterior...

Llegaron los postres y esperó a que ella regresara antes de comer el suyo. Pasaron cinco largos minutos. Estuvo a punto de levantarse para ir a por ella, preguntar desde el otro lado de la puerta si se encontraba mal. Luego se imaginó que tal vez hubiera tenido que esperar su turno, o que le había venido el período y era de las que necesitaba tiempo porque los primeros compases eran dolorosos.

El período de las chicas siempre decían que era conflictivo.

¿Y si su signo del zodiaco era Cáncer, como el de su madre? ¡Otra lunática perdida!

Iris regresó un par de minutos después. No le preguntó nada, ni ella le dio explicación alguna. Se sentó en su lugar y se dedicó a su postre. Pablo tenía un sudor frío cubriéndole las palmas de las manos, la nuca, la espalda...

Se le escapaba, la perdía.

Sintió todo aquel pánico.

No se terminó el postre. Lo dejó a la mitad. Al ir a apurar su copa de vino ésta resbaló por entre sus dedos y volcó. El contenido se derramó sobre el sencillo mantel sin llegar a caer por el otro lado.

—¡Mierda! —suspiró Iris.

—No pasa nada —intentó tranquilizarla Pablo.

Si le preguntaba, ella diría lo de hacía unos minutos acerca de los que siempre querían saber qué pasaba. Si no lo hacía, naufragaría en mitad de una noche llena de promesas que, de pronto, se torcía de forma inexplicable.

«Si tuvieras sentido común, echarías a correr. Y no pararías. Pero no lo tienes,

¿verdad?»

—Iris...

No le dejó hablar. Hizo un gesto para llamar al camarero y pedirle la nota al verlo pasar cerca. Una firme determinación acompañó su gesto final, inclinarse sobre la mesa y cogerle la mano.

—Escucha —le dijo—. Esta noche no quiero pasear. ¿Te importa que vayamos a mi casa?

—No.

—Sé que estaríamos mejor en la tuya, pero... ¿De verdad no te importa?

—En serio.

«Estaríamos mejor en la tuya.»

Pablo no entendía nada.

Pero la puerta del paraíso volvía a abrirse.

—Vámonos ya, por favor —suplicó Iris.

Cuando Pablo salió del restaurante, y pese a la angostura de las calles de Gracia, con un tráfico difícil, Iris ya tenía un taxi en la puerta y le esperaba dentro.

VEINTINUEVE

La mansión le pareció más solemne, más gris, oscura bajo la noche y la paz del Putxet, apenas iluminada por un par de destellos provenientes del interior y de las luces mortecinas del alumbrado exterior. El taxi descendió por la calle en dirección a ella a una velocidad muy reducida debido a la pendiente del diez por ciento o más. En otro tiempo la casa debía de estar sola, rodeada de campos, y la calle sería el sendero de acceso por la montaña, aunque probablemente hubiera otro por detrás en dirección a lo que por entonces sería Barcelona.

No eran más que las once menos cuarto de la noche.

El hombre detuvo el vehículo y paró el contador. Iris salió fuera mientras Pablo abonaba la carrera. La chica le esperó. Una vez juntos, el taxi se alejó por la derecha, siguiendo la calle de sentido único perpendicular a la que habían llegado. Hasta el último instante él pensó que su compañera le haría seguir, despedirse. Ahora sabía que ya no había vuelta atrás.

Iris seguía callada, silenciosa e inquieta, pero iba a llevarle a su habitación.

El cielo abría sus puertas.

Se oía una música dulce, hindú, procedente de la parte de atrás. Pablo empezó a ver personas nada más entrar por la puerta del edificio. Hombres y mujeres jóvenes, sobre la treintena, chicos y chicas en torno a los veinte o veintitantos años. Parecía que todos estuvieran allí cenando o disfrutando de la compañía.

—Hola, Iris.

—Hola.

—¿Qué tal, Iris?

—Bien.

La miraban a ella, pero aún más a él. De arriba abajo. Pablo vio en sus ojos un sinfín de reacciones, desde la curiosidad hasta la interrogación. Iris era una de ellos. Él no. Y se notaba.

Iris llevaba un mes en la casa, se lo había dicho. A lo peor él ni pasando un año se adaptaba a algo como aquello.

Aunque por Iris sería capaz de todo.

La chica no tomó el camino de su habitación. Enfiló sus pasos hacia la parte de atrás, el jardín. Nada más salir a él, Pablo se encontró con un cuadro absolutamente bucólico. La música, desde luego, era hindú. Flotaba un leve aroma a sándalo y media docena de chicos y chicas se mecía en ese marco con la placidez de una inocencia que parecía arrancada de una vieja postal de los años 60 ó 70. Hablaban en torno a una pequeña hoguera, bebían y reían. Una pareja compartía la hamaca, con los ojos cerrados, abrazados con la intensidad de esos momentos que se atrapan para fundirse con ellos. Al fondo, un hombre arreglaba una bicicleta, enfrascado en la labor y pasando del resto. Más cerca, una chica de no muchos más años que Iris pintaba una mecedora.

—Ven, Iris —la llamó una de las que estaban sentadas junto a la fogata.

—No, ahora no, Esther. Gracias.

—Vale —sonrió la muchacha con dulzura.

Iris no le había cogido de la mano ninguna vez. Mantenía cierta distancia. Pablo no se atrevía a tomar ninguna iniciativa, no hacía más que seguirla, esperar. Bajo la falsa calma de su compañera bullía una guerra que se manifestaba en los pequeños detalles, en los gestos. Las manos de Iris eran látigos. Los pies un nervio incapaz de mantener un instante de quietud.

—Vamos —volvió a moverse—. No quiero rollos a estas horas.

Se cruzaron con otro hombre, de treinta y cinco o más años, barba, cabello alborotado y torso desnudo. Estaba muy delgado y su piel mostraba manchas sospechosas. No hubo saludos. Sólo la enésima mirada dirigida hacia el intruso.

Pablo deseó llegar de una vez, cerrar la puerta, olvidarse de que al otro lado había un mundo.

El suyo estaba allí: Iris.

Nada había cambiado en la habitación de la muchacha. El colchón en el suelo, la ropa amontonada en la silla, las paredes desvencijadas... La luz que daba la exigua bombilla del voltaje más bajo, 40 watios, producía una sensación deprimente. Pero lo que vio y sintió Pablo fue muy distinto. Estaba con ella y dispuesto a dar el paso decisivo.

Por la mañana le pediría que se fuera a vivir con él.

Y al diablo con todo.

Tres días o tres años, ¿qué más daba? La suerte nunca había pasado cerca de su puerta, así que tenía que aprovecharla. En tres días sabía lo necesario acerca de sí mismo y de sus sentimientos. Iris lo merecía.

Su padre se había suicidado, así que, si estaba loco, no tenía nada de extraño.

Iris se abrazó a sí misma.

—Bien... —suspiró.

Pablo no supo si tomar la iniciativa porque lo estaba deseando tanto que...

Lo hizo ella.

Se lanzó sobre él, como si arrancase la acción de una escena en una película imaginaria, y tras rodearle con sus brazos lo besó.

No fue como la noche anterior, un beso de entrega, de comunión. Más bien fue un gesto de desesperación mezclado con furia. Lo peor, lo que más daño le hizo de pronto a Pablo, fue que en él no había deseo, solamente nervio y tensión.

—Es lo menos que te mereces —le dijo Iris al separarse.

Pablo quiso atraparla, sin razonar el comentario. No le interesaba. Iris intentó rehuirle. Fueron dos o tres segundos, no más. El forcejeo murió al cogerle ella los brazos para que se estuviera quieto. Las miradas chocaron. Aparecieron dos miedos diferenciados. El de Pablo era angustia. El de Iris, dolor.

—Iris...

La chica dio un paso atrás y se quitó la camiseta.

Quedó desnuda de cintura para arriba.

Para él, fue lo más bonito que jamás hubiese visto. Mucho más que Lola, por supuesto. Sin embargo, la escena seguía siendo irreal, absurda. El beso, la frase de Iris, el rechazo y al mismo tiempo aquel nuevo paso, mostrándole su desnudez...

—No me toques —le pidió.

—Pero...

—Déjame a mí, por favor.

Volvió a abrazarle, lo rodeó por la cintura, impidiendo que moviera las manos. Acercó sus labios a los suyos pero lo que hizo fue morderle el labio, y no de forma suave, sino fuerte.

Pablo aguantó el dolor.

Hasta que le hizo sangre y el daño fue demasiado físico.

—¡Iris!

La chica se apartó de su lado. La misma sangre que le llenaba la boca la tenía ella en sus labios. Los ojos ya no eran los que recordaba, sino dos ascuas encendidas y furiosas. Jadeaba.

—Ahora vete —le dijo.

—¿Qué?

—¡Vete!

—Pero ¿qué estás diciendo?

—¡Que te vayas!

No fue una exclamación, fue un grito. Y un grito capaz de poner en pie a toda la casa, porque rebotó por las paredes vacías, se multiplicó con ecos escondidos y fluyó hacia el exterior por todas las puertas y ventanas abiertas al verano.

No fue lo único que hizo Iris.

Llegó a la puerta de su habitación, la abrió y gritó por segunda vez:

—Juan! ¡Luis!

Ya debían de correr hacia el lugar, porque antes de que Pablo consiguiera reaccionar ellos ya estaban allí, y no dos, sino tres, el del torso desnudo, uno de los que habían saludado al llegar y un tercero desconocido. Iris seguía con la sangre en la boca.

—¡Echadlo!

A Pablo se le doblaron las rodillas.

—Por favor.

No fue una súplica dirigida a ella, ni a ellos, sino al mundo en general.

La súplica de una impotencia absurda.

El primero de los aparecidos le agarró por un brazo.

—Lárgate, tío.

—Yo no... —gimió él.

Llegaban más *okupas*, dos chicas y un nuevo chico que se detuvieron en la puerta. Iris se tapó con las manos por primera vez. Fue como si perdiera el último aplomo.

—¡Lleváoslo de una vez, no quiero verle más! —rozó la histeria.

Pablo intentó ofrecer una resistencia agónica. Trató de soltarse de la garra que lo sujetaba pero no lo logró. El hombre apretó aún más el contacto.

—Por las buenas o por las malas —le dijo.

Quiso apartarle, desesperado, y entonces le cayeron encima los otros dos. Uno le sujetó por la espalda, otro por el cuello. Le sacaron de la habitación casi a rastras. Por detrás escuchó dos voces.

Una, la de Iris:

—¡No le hagáis daño!

Otra, la de uno de los *okupas*:

—¡Maldita sea, Iris! ¿De qué le conoces? ¿Estás loca? Te lo dijimos cuando llegaste, ¡nada de...!

Se perdió la parte final de la riña. Lo tenían bien sujeto. Pasó por delante de casi todos los habitantes de la casa, al menos de los que estaban allí en ese momento y que habían acudido a presenciar la escena, y una eternidad después, ciego, furioso, dolorido y con más sangre en la boca por el desgarró producido por Iris, se encontró en el jardín delantero, frente a la puerta exterior.

No le pegaron, pero sí le echaron a la calle, con una patada de despedida en el trasero.

Les miró desde la acera, alucinado y roto.

—¡No vuelvas por aquí, tío! —le amenazó el del torso desnudo y la barba.

Cerraron la puerta con estrépito y sonó igual que un latigazo en el silencio de la noche.

TREINTA

Rebobinó la película de la noche una docena de veces.

Cada palabra, cada gesto, el comportamiento de Iris, su inquietud... Todo, para llegar una y otra vez a la misma conclusión.

No entendía nada.

Ni siquiera supo cómo había llegado hasta su casa. De alguna forma, a pie, se encontró en su calle, contemplando mentalmente la escena en la que, tres noches antes, conoció a Iris.

Era real. Demasiado real.

Ningún sueño podía besarlo de aquella forma... o morderlo como acababa de hacerlo ella.

Se pasó la lengua por el labio maltrecho, pero más para buscar aquel sabor que para comprobar el estado de la herida. Cicatrizaría. La de su alma, no. La tenía abierta y en carne viva.

El peso de su soledad se hizo más fuerte que nunca al llegar a su piso y cerrar la puerta. La última frontera. Al otro lado el mundo volvía a ser oscuro, desabrido, inquietante. Pero allí dentro no era mejor. Allí dentro seguía estando el fantasma de su padre, capaz de salir de la habitación de matrimonio por su propio pie para preguntarle si había cenado.

No, no estaba a salvo. No lo estaba en ninguna parte.

El estupor con el que convivía desde que le echaron de la vieja casa del Putxet se hizo agónico estruendo en aquel silencio tan conocido por él. Las preguntas se agolparon una tras otra, y no tener respuesta para ninguna lo hizo sentirse más pequeño. Y más derrotado.

¿Cuándo la había perdido? ¿La tuvo alguna vez? ¿Por qué ese cambio en 24 horas? ¿Por qué el beso de la noche anterior? ¿Por qué la escena en su habitación, quitándose la camiseta para luego echarse a gritar? ¿Por qué durante toda la cena ella estuvo tan nerviosa? ¿Por qué...? Algo no encajaba, pero ¿qué? No le veía el menor sentido a nada. Se tumbó en la cama, vestido, cuando el día empezó a clarear al otro lado de las ventanas. Y esta vez fue incapaz de dormir. Ni siquiera logró cerrar los ojos, porque cada vez que lo hacía la veía a ella. Una presencia demasiado poderosa para relajarse y abrazarla en sueños.

El teléfono sonó por primera vez en torno a las once de la mañana. La segunda sobre las dos. No hubo mensajes porque cortaron antes del tono establecido para que saltara el contestador automático. Y no se levantó porque Iris no tenía su número. No se lo había dado todavía. No valía la pena hacer el esfuerzo. A las tres se puso en pie para ir al cuarto de baño. La necesidad le pudo más. Tras eso sí se durmió, dos o tres horas, hasta el nuevo despertar, brusco, a media tarde.

Estaba empapado de sudor.

Continuó en la cama.

¿Qué habría hecho Álex?

No, Álex no tenía nada que ver con ella. Punto.

*Día tras día, solo en la colina.
El hombre de ridícula sonrisa permanece perfectamente inmóvil.*

No pudo apartar la canción de su cabeza. Apareció de pronto y le cubrió de recuerdos y angustia. La maldita colina. ¿Y si estaba loco de verdad?

Tuvo que levantarse por segunda vez para volver al cuarto de baño. Anocheceía. Ya no regresó a su habitación. La sensación de pánico se hizo tan fuerte, creció tanto, que estuvo a punto de gritar de terror.

Inexplicablemente se echó a llorar.

—Cobarde... —gimió—. Cobarde, cobarde, ¡cobarde!

Otra noche por delante.

Y la vida.

El timbre del teléfono le sobresaltó por tercera vez a las nueve de la noche. Estaba a su lado y esperó. Ahora sí saltó el contestador automático. Creía que sería Álex pero escuchó la voz de su madre.

—Cariño, por favor, ven... —ella también lloraba, de forma queda y ahogada—. No me hagas ir a verte, por Dios. No me hagas volver a casa... Aunque si tengo que hacerlo, lo haré.

Hubo una pausa muy larga, media docena de segundos.

—Pablo, te quiero...

No hubo más. Se cortó la línea.

La locura se apoderó de él en ese instante.

Salió de la sala, llegó hasta la habitación de sus padres y la abrió de una patada. La puerta se estrelló contra la pared y por efecto del golpe casi se cerró de nuevo. Lo evitó con su cuerpo y desde el umbral vio aquel lugar cerrado y cargado de dolor. Su padre ya no colgaba del improvisado soporte que construyó aquel día, pero para los efectos seguía allí, quieto, con la cabeza caída sobre el pecho, como le encontró.

Le miró.

—Papá..., ayúdame...

Escuchó su voz:

—Tienes que luchar. Ahora.

—¿Cómo?

Su padre también se había rendido. No peleó por ella. Tiró la toalla y se mató.

¿Qué podía hacer él?

¿Volver por Iris?

No cerró la puerta de la habitación. Regresó a la sala. Un ahogado estruendo que procedía de su interior le recordó que no había comido nada en todo el día. Y, sin embargo, no tenía hambre.

Las diez de la noche.

Las once.

El timbre de la puerta sonó a las once y cinco.

No se movió, pero la insistencia acabó convirtiéndose en una tensión mayor que aquella silenciosa espera. El que llamaba sabía que estaba allí. Se empleó a fondo, con el dedo pegado al botón y la casa llena de señales acústicas.

Iris sí sabía la dirección.

Se puso en pie, fue hasta el recibidor y abrió la puerta.

—Vamos —le dijo Álex tras el primer intercambio de miradas.

Pablo intentó una inútil retirada.

—No, mira... No puedo...

—Iris está abajo.

Le dolía la cabeza, tanto por la falta de sueño como por la presión y la tensión a la que se veía sometido. Las palabras de su amigo penetraron como cuñas muy agudas, abriendo heridas que le escocían igual que si alguien les echara sal.

—¿Qué?

—Iris está abajo —se lo repitió más despacio—. Vamos.

Álex estaba serio.

—¿De qué estás... hablando?

—Ven.

El aparecido entró en la casa, le tomó del brazo y le condujo sin ninguna resistencia hasta la sala. Subió la persiana de la ventana y le hizo asomarse al exterior.

Iris estaba abajo, en la calle, apoyada en una pequeña camioneta de color negro.

—Pero ¿qué...? —fue incapaz de entender nada.

Álex abrió los brazos y las manos. Su actitud era expectante.

—¿Vienes o qué?

Pablo reaccionó. Echó a andar igual que un autómata, hacia el pasillo. Hizo un alto en el camino, para lavarse la cara, y después entró en su habitación para coger una camiseta limpia. Álex estaba en el rellano. Intercambiaron una mirada pero no logró atravesar su enigmático mutismo.

Y se sintió demasiado cansado para preguntar, y demasiado excitado para intentar descubrir qué estaba sucediendo.

No se tropezaron con nadie al bajar la escalera a pie. Ni había nadie en la calle cuando salieron del portal. El ruido hizo que Iris volviera la cabeza hacia ellos. Parecía distinta. Llevaba unos vaqueros, botas, y una camisa holgada. Su rostro no se alteró. No hubo ningún cambio.

Pablo fue hacia ella.

Iris abrió las dos puertas posteriores de la camioneta antes de que llegara él. Los cristales eran negros, opacos. Se metió dentro de un salto. Para cuando Pablo la alcanzó la chica ya estaba sentada al fondo.

—Iris...

Fue lo último que dijo.

Y lo último que sintió el golpe en la cabeza, contundente, mientras un universo negro se

abría ante sus ojos para sepultarlo.

TREINTA Y UNO

Fue un extraño despertar.

La cabeza, la angustia, el sudor, la mezcla de todo aumentada en proporción geométrica con la visión de su entorno en el momento de abrir los ojos.

Álex le estaba dando cachetitos.

—Vamos, vamos... No tenemos toda la noche. Buen chico.

Intentó centrar la vista. Lo logró a duras penas, porque sus pupilas se empeñaban en cruzarse y hacérselo ver todo doble. Álex se apartó para sentarse frente a él, también en cuclillas, en la pared opuesta del interior de la camioneta. Iris seguía en la parte de delante, de cara a ellos, apoyada en medio de los dos asientos.

—Buenas noches —le deseó Álex.

No estaban en el mismo lugar.

En su calle.

Por detrás de Iris, al fondo, a unos veinte metros de distancia, vio la casa.

La vieja mansión llena de *okupas*.

Pablo intentó volver a mirarlo. Le costó, sobre todo, apartar la vista de Iris, aunque la chica no le devolvía esa mirada. Su cabeza estaba caída sobre el pecho. Sus manos jugaban nerviosamente entre sí, pasándose las uñas por los dedos igual que si se las limpiara aunque las tenía ya muy limpias.

Las manos de Iris...

—¿Qué demonios ha...?

Se dio cuenta de que estaba atado, por las muñecas. Frunció el ceño al observarlo y tras un primer forcejeo absurdo comprendió que la cinta adhesiva que se las envolvía no era de papel.

—Pablito, Pablito —canturreó Álex—. ¡Hay que ver!

—¿Qué significa esto? —balbuceó al límite del desconcierto.

—¿Significar? —su compañero hizo un gesto ambiguo—. Nada. Sólo quería despedirme.

—¿Despedirte?

—No me seas loro —objetó Álex—. Despedirme de ti, sí, antes de que te vuelvas a dormir. No habría sido elegante.

Cerró los ojos, llenó sus pulmones de aire y trató de superar las punzadas que, a intervalos regulares, emitía su cerebro. No lo consiguió. Al volver a abrirlos buscó a Iris.

Pronunció su nombre.

—Iris.

La chica no se movió.

—Por favor, dímelo tú.

—Díselo, mujer —la alentó Álex con socarronería.

Ella le fulminó con la mirada.

—No podías hacerlo antes, ¿verdad? Tenías que esperar a que despertara y disfrutar con ello —su cara se llenó de asco—. Estás enfermo.

—Vamos, nena —la socarronería se convirtió en malicia—. ¿Qué tiene de malo un poco de diversión?

—¡Vete a la mierda! —rezongó Iris.

Pablo apoyó la cabeza en el lateral de la camioneta. Álex. Iris. Álex e Iris. Un millón de preguntas y dudas, pero ninguna respuesta. Y si era una pesadilla, se parecía bastante a la realidad. Le dolía la nuca por el golpe, el labio por la mordedura de 24 horas antes, las muñecas por la presión de la cinta adhesiva.

—Bueno, Pablo —dijo su compañero—. No tienes ni idea de lo que está sucediendo, ¿no es así?

—No —reconoció él.

—Pues mira tú —su cara se revistió de falso dolor—: Vas a morir, Pablito.

En otras circunstancias habría jurado que era una broma, un chiste. Una de las ocurrencias de Álex. Pero no en aquellas circunstancias, con Iris delante, la zozobra de su rostro, el tono de cada palabra pronunciada por su amigo.

Su amigo.

—Mira que eres inocente, tío —exclamó Álex—. ¡El loco de la colina! ¡Dios! ¡El gilipollas de la colina!

Iris se pasó una mano por los ojos.

—¿De veras crees que todo ha sucedido así? —Álex chasqueó los dedos—. ¿De verdad has ido sumando dos y dos y te salían cuatro?

—¿Por qué no acabas de una vez? —suplicó la chica.

—¡Cállate, coño!

El grito la sobresaltó. A Pablo fue como si le golpeará de nuevo.

El silencio no fue muy largo.

—Te reconocí enseguida cuando lo de tu padre, ¿sabes? —habló de nuevo Álex empleando un tono más reposado—. Un tipo va y se suicida. Y es nada menos que su hijo el que se lo encuentra colgando del techo. El muerto se llama Roberto García Güell. Su mujer, que le ha abandonado previamente, Sagrario Sinisterra Molas. ¡Vaya! ¡El hijo no puede ser otro que Pablo, el mismo del instituto, el loco de la colina! ¡Perfecto!

—¿Perfecto para qué? —preguntó él.

—Para todo —Álex se tocó la frente con el dedo índice de su mano derecha—. Se lo dije a don Mateo..., que no es mi tío, claro —puso cara de malo—. Le dije: va a ser limpio, barato y eficaz. Y ya lo ves. Tan simple que... —se le notaba orgulloso de sí mismo—. Las grandes ideas son las que valen millones, chico. Millones.

Pablo sostuvo su mirada. Ya no era necesario preguntar nada.

—Verás, colega —Álex pareció acomodarse un poco más—. Cójase a un pardillo, con probados antecedentes de inseguridad, vida escolar difícil, retraído, tímido y raro.

Encima, el padre se le acaba de suicidar porque la madre es una puta verbenera. El tío está tan pirado que vive solo, en el viejo hogar paterno, el mismo en el que el señor papá estiró la pata. ¿Qué tenemos? Desde luego un cuadro digno de psiquiátrico, ¡no me digas que no! ¿A quién puede extrañarle que alguien así se vuelva loco? ¡Oh, vaya! —Álex actuaba igual que si tuviera mil espectadores, disfrutando de su puesta en escena—. ¡Ese tipo, no hace muchos días, fue capaz de pegar a un chico magrebí hasta casi matarle!

¡Y ayer mismo casi violó a una chica en su habitación, justo ahí! —señaló la vieja casa del Putxet—. Los amigos de ella le echaron a patadas. Amigos mugrientos, como el magrebí. ¡Qué asco! —se estremeció—. Bueno, pues ya está, por eso quiso vengarse, ¿no? Le humillaron y eso le trastocó aún más.

Pablo ya no pudo contenerse.

—Pero... ¿de qué estás hablando, por Dios? Yo no quise violar...

—¡Chist, Pablito! —Álex se llevó un dedo a los labios—. Mira.

Retiró una manta que tenía al lado. Lo que apareció debajo fueron dos cajas cargadas de explosivos. No hacía falta ser un experto para saber que aquello era dinamita y material plástico detonante.

Suficiente para volar un edificio.

Pablo miró la vieja casa.

—¡Eh, muy bien! —lo aplaudió Álex—. Pero no creo que lo pilles aún del todo, ¿verdad? Y por cierto: he subido a tu piso después de ponerte a dormir y he dejado en él un par de panfletos acerca de cómo fabricar explosivos caseros y los restos de todo esto —acarició varios cartuchos de dinamita con la mano—. También he borrado mis huellas, aunque no sé si te has dado cuenta en todo este tiempo de que yo nunca tocaba nada con las manos a no ser que fuera necesario, y después lo limpiaba cuando no te dabas cuenta —miró a la silenciosa Iris—. ¿Me dejo algo, cariño? ¡Ah, sí! La camioneta es robada, *of course*.

Pablo giró la cabeza noventa grados, en dirección a la mansión, buscando el resquicio final.

—Sí, colega, sí —asintió Álex—. Pertenece a don Mateo. Pero no puede hacer nada, absolutamente nada. A alguien se le ocurrió «protegerla». Un montón de pasta enterrada aquí, sin más. No puede derribarse para que en su lugar se construyan buenos y ricos edificios, nadie va a comprarla porque se necesita mucho *money* para dejarla en condiciones, la fachada es intocable... ¡Y encima van un montón de guarros y lo ocupan todo! ¿No es alucinante? ¡Don Mateo viendo cómo una millonada se le esfuma! Pero por supuesto aquí estoy yo, ¿sabes? Trabajo para él. Llevo tres años siendo el chico de los recados, esperando mi oportunidad. Y por fin... ¡tachan! —le señaló con las dos manos—. El plan perfecto.

—¿Todo fue...?

—Desde el primer día, Pablito —manifestó Álex con seguridad—. Convencí a don Mateo de mi idea, metimos a Iris ahí dentro gracias a una simple combinación de factores: se enrolló a uno de la casa, se fue a vivir con él, y luego nos deshicimos del pobre idiota. Ella se quedó ahí, por supuesto. Todo en un mes, mientras tú «te recuperabas» del palo. Y, entre tanto, aparecí yo para cambiarte la vida, sólo que nadie sabe que existo, ¿o me equivoco?

—¿Todo para volar una casa por los aires?

—No es tan sencillo, tío. ¿Una casa por los aires? ¿Sabes tú lo que vale ese terreno?

La camioneta, la pendiente, la puerta.

—¿Y toda esa gente? —se estremeció Pablo.

—No se puede hacer una tortilla sin romper la cascara del huevo —lo justificó Álex—. La fachada quedará destrozada, por supuesto, y puede que se hunda media casa, tal vez toda entera, aunque no lo creemos. Van a quedar suficientes testigos para, una vez analizados los restos del conductor, testificar en tu contra —cambió la voz para decir—: «¡Oh, sí, ése fue el tipo al que echamos! ¡Se quería cepillar a Iris! ¿Cómo podíamos imaginar que estaba tan loco como para...?»

Pablo volvió a mirar a la chica.

—Iris...

—No te preocupes por ella —continuó hablando Álex—. Antes de echar por el lado malo de la vida estudió arte dramático. Y es muy buena, ¿verdad, Pablito? —soltó una risa irónica—. Qué pena que tenga vicios tan caros como... ¿Me dejas que se lo diga, cariño? ¡Bah, no es nada! —miró al prisionero sin que ella reaccionara—: Le gusta la cocaína, ya ves tú. El maravilloso polvo blanco. ¡Mmmmm!. Por un año de suministro gratis, ¿quién no haría una locura? Y más siendo algo tan sencillo: enrollarse a un idiota ávido de amor, necesitado de compañía, un solitario capaz de enamorarse siempre a la primera. ¡Y no me digas que no es perfecta, Pablito! Un ángel. Un verdadero ángel. Fue tan sencillo... —reafirmó su sonrisa—. Apenas unos días de «trabajo». ¡Sólo tres!

Pablo comprendió los nervios de Iris la noche anterior. Le habían dado la orden. La gran comedia entraba en su escena final.

Justo después de que el jefe de Álex lo viera y...

—¿Así que por eso fui a casa de Mateo?

—Quería conocerte para estar seguro. Y ya ves: lo convenciste rápido. Dio su bendición sin más. Mañana la casa será un montón de ruinas, él se mostrará consternado, pues tenía planes maravillosos para ella, y en unos meses será mucho más rico mientras que yo tendré un puesto mucho mejor en su organización, un puesto de confianza, y todo gracias a ti. ¡No me digas que no es genial!

Alguien pasó por la otra acera. Pablo se traicionó a sí mismo al ver la silueta. Antes de que pudiera gritar o golpear el suelo de la camioneta con los pies, Álex ya tenía la pistola en la mano.

Apuntándole entre los ojos.

TREINTA Y DOS

Estaba muerto igual, pero no supo comprenderlo a tiempo. —No, no —movió la cabeza Álex de un lado a otro. Pablo sintió la rabia. Se ahogó en ella.

El hombre de las mil voces habla perfectamente alto.

*Pero nadie le oye,
ni siquiera el sonido que produce.*

—Iris —consiguió articular su nombre para romper aquella catarsis.

Esta vez, ella le miró.

—¿Es que no lo entiendes? Si hay tanto dinero de por medio, si todo es tan grande y tan serio, tú serás la siguiente. Y él también, aunque está tan seguro de sí mismo que no lo sabe. Te matarán para que no quede el menor rastro.

Ella no respondió. Siguió haciéndolo Álex.

—Vamos, Pablo, no seas tan peliculero. ¿Cómo le haría yo eso a mi chica?

Alargó el brazo, cogió a Iris por la muñeca y tiró de ella. La muchacha se resistió apenas. Cuando la tuvo cerca la besó en los labios, sin soltarla. Aunque fue más que un beso. Álex lo habría llamado «morreo». Pareció devorarla y acabó pasándole la lengua por la boca antes de apartarla para desafiar a su prisionero.

—Es una pena que no la hayas probado —le pinchó—. Te aseguro que es muy buena. Con un poco de coca... a mil, Pablito. A mil.

—Álex, ya basta —gimió Iris.

—¿Escrúpulos, cielo?

—Acaba de una vez, por favor.

—Tranqui, nena —dijo con toda calma—. No hay prisa. Cuanto más tarde sea, mejor. Ya has visto que acaba de pasar alguien. Nadie puede vernos salir de la camioneta mientras se desliza calle abajo. Mejor a las tres de la madrugada que a las dos. Y aquí dentro estamos a salvo —tocó uno de los cristales—. Negros por fuera, transparentes por dentro.

—Ya no hay nadie por la calle, maldita sea —insistió Iris—. He estudiado el terreno todo este mes. Además, el señor Mateo te dijo que no le dejaras despertar.

—¿Y mandarle al otro barrio sin más? —Álex puso cara de asco—. No, no es ético. Tiene que saber de qué va esto, para que se cague en todo mientras va calle abajo.

Pablo sintió aquel horror cayendo sobre su alma.

No era sólo por ser un pringado, como decía Álex. No era sólo por las circunstancias que le habían convertido en el personaje idóneo de la gran comedia. De haber sido así, no estaría despierto, sino inconsciente, a la espera del momento adecuado para que la camioneta cargada con los explosivos hiciera su último viaje.

Tenía que haber algo más.

Algo que procedía del pasado, de cuando Álex y él...

—¿Por qué me odias tanto?

La pregunta flotó entre los tres, hasta que se convirtió en una fina llovizna que les impregnó de distinta forma. Iris miró a Álex. Álex a Pablo.

—Empiezas a pillarlo —convino el artífice de todo aquello.

—Tú... me ayudabas.

El semblante de Álex se endureció.

—¿Ayudarte? Sí, supongo que sí... —movió la cabeza levemente, de arriba abajo—. Es curioso cómo reaccionamos a veces —le miró con fijeza y se tomó unos segundos antes de continuar—. En el instituto me dabas pena. ¿Entiendes, Pablito? Me dabas pena. No sé por qué, porque en realidad yo tendría que haber sido como aquellos tres, los que te pegaban. Tú estabas para eso, para que te pegaran. Pero la primera vez..., no sé, me dio rabia, te vi tan indefenso, tan estúpido... Y ahí empezó todo. Nunca fuimos amigos. Te despreciaba. Pero el papel de defensor del tonto de la clase tampoco me iba mal. Una forma como otra cualquiera de ir a contracorriente. Lo malo es que en el fondo me jodía sentir pena. No sólo son los negros o los maricones. También son los jodidos Pablos del mundo. Ni siquiera sé qué hacéis aquí. Inocentes, víctimas, tontos... Representáis el peor de los lastres, aunque hagan falta idiotas como tú para que los demás podamos sobrevivir —hizo un gesto de suficiencia—. Unos van a la guerra y otros la pringan aquí. Pero es lo mismo. Los importantes, los listos, son los que se quedan. Yo en el instituto te despreciaba tanto que te ayudaba a sobrevivir —se encogió de hombros como si ni él mismo lo entendiera—. Puede que en el fondo ya pensara que un día podría utilizarte, quién sabe.

Iris volvió a retirar dos lágrimas de sus ojos.

—Todo fue un montaje, Pablito —siguió hablando Álex mientras abría las compuertas finales del plan—. El día de la discoteca yo no me tomé ninguna pastilla de éxtasis. Tú y las chicas sí. Yo no. Yo controlaba. ¿Y sabes por qué me teñí el pelo de rubio esa noche? Para que el chico al que dimos la paliza recordara ese detalle y algo más, lo esencial, cómo el rubio gritaba: «¡Vamos, Pablo! ¡Dale, Pablo! ¡Muy bien, Pablo!». Tenía que aprenderse bien tu nombre. Verás —movió la pistola mientras hablaba expresivamente con las manos—. Por esa zona hay mucho emigrante, y teníamos controlado precisamente al de la paliza. Cada madrugada, antes del amanecer, el chico hacía el mismo recorrido. Sólo era cuestión de estar allí en el momento adecuado, cruzarnos en su camino y atizarle. Por supuesto que es un maldito ilegal. Por supuesto que no iba a denunciarnos, y aunque lo hiciera... Uno llamado Pablo y un rubio. Ningún problema. La policía no se iba a poner a buscarnos. La clave no era ésa. La clave es que dentro de un par de días, cuando se sepa quién ha sido el que ha volado la casa, nos encargaremos de que ese magrebí de las narices vea tu foto y te identifique. Será una nueva vuelta de tuerca en tu ataúd. Para que no quede ninguna duda, ¿entiendes? Saltar por los aires un edificio por resentimiento está bien, pero cuantos más antecedentes haya, mejor. Ah, y por supuesto Lola y Carmen son dos putitas. Trabajan para nosotros. Y no me negarás que Lola te lo hizo bien, ¿eh? —volvió a sonreír—. Fue un buen estreno, aunque me dijo que apenas duraste nada.

—Darán contigo —logró articular Pablo.

—No, chico, no —lo dijo muy convencido—. No he dejado huellas, ni rastro. Estamos en verano. Nadie me ha visto subir nunca a tu casa. Me cuidé de ello. Ni siquiera le has hablado a tu madre de mí. ¿Para qué? Y la noche de la discoteca, de rubio... No —

insistió—. Esto es entre tú y el mundo. Iris dirá a la policía que te acababa de conocer, que quisiste forzarla, le arrancaste la camiseta, gritó y te echaron. Veinticuatro horas después... ¡bum! —abrió la mano libre hacia arriba—. Nadie me va a relacionar contigo, ni a ti con el señor Mateo. ¿Y sabes una cosa? De hecho habría bastado con Iris. Lo del perro y los dos gamberros también fue un montaje. Ella te seducía, montaba el pollo y ya está. Pero quería tener mi parte, prepararte, rodarte, darte un poco de marcha para ponerte a punto. Lo necesitaba, por cada vez que te cuidé en el instituto por lástima —miró a Pablo con intensidad—. La lástima te hace débil, ¿sabes? Y yo odiaba ser débil. Lo odiaba tanto...

—Estás... loco —dijo Pablo.

—No, el loco eres tú, recuerda.

—Nadie creará que yo hice eso.

—¿Por qué?

—Nunca he sido violento.

—Todos somos capaces de matar, y más tú, con lo de tu padre y tu madre. Te repito que es perfecto.

—No, la autopsia descubrirá que fui golpeado, metido aquí y...

—¿Estás de broma? ¿Crees que alguien encontrará un centímetro cuadrado tuyo?

—¡Álex, acaba de una vez! —gritó Iris al límite—. ¡Ni siquiera sé qué estoy haciendo aquí!

—Quiere meterte hasta las cejas —dijo Pablo—. Para que no hables. Por lo menos no antes de que te maten, porque ahora te necesitan para que declares, pero luego...

—¿Otra vez con la película? —puso cara de fastidio Álex—. ¿No te enteras o qué? Ella es mi chica, idiota. ¡Mi chica!

—Iris...

—¡Álex, por Dios, ya basta! ¡Voy a irme!

Endureció el gesto. Miró la hora. Su mano atenazó aún más la pistola. Su particular fiesta, su momento de gloria, pareció terminar de pronto. Le bastó con apretar las mandíbulas para tomar la decisión final.

—Está bien —se envolvió con un suspiro y se rindió—. Anda, sal fuera y echa un vistazo a la calle y a las ventanas.

Iris se incorporó rápido, con la espalda doblada para no dar con el techo, y se deslizó por entre los dos para alcanzar las puertas de la camioneta. Pablo la vio pasar, rozarle. Tuvo un estremecimiento final. Cuando se dio cuenta de que había tenido la penúltima oportunidad ya era tarde. Podría haber empujado a Iris con los pies o con las manos a pesar de tenerlas atadas. Hacer que cayera sobre Álex y entonces...

¿Qué?

No era un héroe.

Pero iba a morir, por nada. Y pasaría a la historia, a la eternidad, como el loco que mató a un puñado de *okupas* y destruyó un edificio entero.

O quizá sí iba a morir por algo.

Por ser un infeliz.

El loco de la colina.

Iris abrió las dos puertas y saltó abajo. Miró primero a su alrededor, por la calle, y después hacia las ventanas de los pisos circundantes, oscuras y silenciosas con el éxodo veraniego salvo en algún caso puntual.

Parecía no haber nadie a la vista dada la hora.

Álex la miraba a ella, esperando una señal.

Pablo comprendió que ésa era su última oportunidad. Cuando Iris dijera que todo estaba despejado, Álex le daría un golpe en la cabeza con la pistola y... adiós. Una barra fija en el pedal del acelerador, él sentado al volante, inconsciente, y veinte metros más abajo...

La última oportunidad.

Estaba atado por las muñecas, aunque con las manos por delante, no por detrás de su cuerpo.

No, no era un héroe.

Pero jamás en la vida había sentido más rabia.

Así que saltó hacia adelante, sobre Álex, al tiempo que gritaba de desesperación y miedo.

TREINTA Y TRES

Álex reaccionó tarde, pero reaccionó. Su primer impulso fue apuntar a Pablo. El segundo, al caérsele éste encima y perder la horizontalidad del cañón de la pistola, saltar hacia el exterior. Eso lo logró en parte. Quedó tumbado en el suelo de la camioneta, con su prisionero aplastándolo y un tercio del cuerpo asomado al exterior.

—¡Iris! —gimió.

Empezaron a agitarse. Álex para quitárselo de encima. Pablo para conseguir reducirle o, por lo menos, saltar fuera y echar a correr.

Prefería una bala por la espalda, si es que Álex se atrevía a dispararle, porque lo más lógico era que echara a correr tras él para capturarlo de nuevo.

Sin embargo, conseguir llegar al exterior y correr era tan utópico como...

—¡Maldita sea, Iris! —repitió su gemido atenazado Álex.

La chica estaba inmóvil, paralizada.

Y la pistola en algún lugar, oculta entre ellos dos.

Pablo le dio un cabezazo, dos, tres. Sintió el crujir de un hueso aunque no supo de cuál. Para él sonó a música. El cuarto cabezazo no halló blanco porque Álex logró recuperarse. Brincó sobre sí mismo, apoyándose en la camioneta, y eso hizo que los dos cayeran del otro lado, al suelo.

No fue un impacto grande, pero Pablo seguía estando encima.

Sonó igual que dos fardos aplastados en el asfalto.

Pablo se olvidó de Álex. Nunca conseguiría reducirlo ni aunque tuviera las dos manos libres. Lo único que tenía en mente era levantarse y correr.

Levantarse y correr.

Lo intentó, perdió pie, cayó de bruces.

Entonces vio la pistola.

Lo comprendió al volver la cabeza. Álex tenía sangre en la nariz, producto de uno de sus cabezazos, pero también en la sien, por el golpe propinado con la caída. Se movía pesadamente, buscando una rapidez que ya no tenía. La pistola debía de haberse soltado entonces.

Lo único que tuvo que hacer fue alargar las dos manos atadas por las muñecas y atraparla.

Luego se dio la vuelta, todavía en el suelo, apuntando a Álex.

Iris no contaba. Lo sabía. Contemplaba la escena atenazada, a un par de metros de ellos.

La acción se congeló.

—¿Qué haces, Pablito? —farfulló Álex.

No hubo respuesta. Temblaba.

—¿Vas a escapar? —se burló Álex—. ¿Vas a disparar al aire para joder el plan? No seas iluso. Estás muerto, chico. Te mataremos igual, y será peor.

El temblor sucumbió a la ira, y ésta a la rabia.

—No, Álex —negó con la cabeza—. Tú eres el que está muerto.

Le dolió aquella sonrisa.

—No vas a disparar.

—¿Ah, no?

Álex se incorporó muy despacio, a cámara lenta, sin dejar de vigilarle, calculando sus posibilidades. La distancia era excesiva y lo comprendió. En sus ojos apareció un rictus metálico.

Siguió hablando.

—¿A sangre fría? ¿Tú? No, Pablito.

Buscó a Iris con la mirada. Supo que no podía contar con ella.

La rabia de Pablo rozaba la ceguera final.

—¿Por qué no? —quiso saber.

—No tienes huevos, chico.

—¡Cállate, Álex! —gritó Iris.

Ya estaba de pie, sangrando, recuperándose.

Sonrió una vez más, con desafío.

—Nena, es el loco de la colina. Los perdedores no...

El disparo estalló igual que un petardo inicial en una noche de verbena. Le cortó la frase en seco, le sacudió.

Tras él, el silencio.

Álex miró el agujero de su pecho. Pareció no entenderlo. Luego miró a Pablo, a Iris, y de nuevo a Pablo. De los tres, el más sorprendido era él. Frunció el ceño. Se llevó una mano a la herida y al ser consciente de lo que ocurría se le doblaron las piernas.

Cayó de rodillas.

—Hijo de...

Los siguientes tres movimientos se produjeron casi al unísono.

Por un lado, Álex vencéndose de bruces. Por el otro, Iris echando a correr. El tercero fue el de la primera ventana al abrirse mientras se escuchaba un creciente coro iniciático de voces bajo la noche.

EPÍLOGO

Terminó de hablar y bebió el último sorbo del último vaso de agua.

Sus palabras flotaron apenas unos segundos en la sala, por en medio de los tres hombres, la cámara que seguía filmando y el espejo tras el cual se encontraban los demás, invisibles a sus ojos.

Pablo se sintió extenuado.

Otra noche en vela, tantas horas...

La tensión.

—¿Es todo? —preguntó el inspector.

—Sí, sí, señor.

—Sabes que lo comprobaremos, ¿verdad?

—Sí.

—Cogeremos a Iris tarde o temprano, y seguramente será temprano.

—Lo sé.

—Y sabes que iremos a ese piso, el de Lola, a por ella y su amiga Carmen.

—Sí —repitió él.

—Entonces... tranquilo, ¿no?

Pablo se enfrentó a su mirada.

El policía no supo cómo interpretar la suya, qué clase de silencios o gritos se escondían detrás de su recién nacida e impasible calma, como si haberse vaciado lo hubiese dejado en paz, consigo mismo y con el universo.

Libre.

—Pablo, escucha —se acercó al detenido y su rostro quedó a escasos centímetros de él—. Lo cierto es que has salvado muchas vidas. Muchísimas.

El chico asintió con la cabeza.

—Y testificarás contra ese hombre, Mateo Benavides.

Pablo reconoció que ni tan siquiera sabía su apellido.

—Escucha, hijo —la voz del inspector era plácida y natural—. Quiero decirte algo.

—¿Qué es? —reaccionó.

—El mundo está lleno de colinas, y de locos que habitan en ellas. Es más: todos somos locos de la colina. Lo que menos abunda, por suerte, son los Álex, aunque sean los de su especie los que construyan esas colinas. No te avergüences de ser como eres, uno más, en tu colina. Piensa que estuviste cuerdo en el momento adecuado.

Pablo sintió un nudo en la garganta. Eso le impidió hablar.

—Hay algo más.

Esperó.

—Yo soy un fan de los Beatles —el hombre cinceló una comedida sonrisa en su rostro—. La letra de esa canción también dice «Pero el loco de la colina ve ponerse el sol, y los ojos en su cabeza ven el mundo dando vueltas». Es más: ése es el estribillo, es

decir, la parte más importante del tema.

Lo meditó.

Dejó que le impregnara.

El inspector se puso en pie. Fue instintivo. Le pasó una mano por la cabeza.

Paternal.

Pablo cerró los ojos.

—Tú madre está esperando ahí afuera —le informó—. Ha llegado hace diez minutos. Tuvimos que llamarla, ¿comprendes?

—Sí, señor.

—Luego será mejor que descanses. Cuando despiertes sería bueno que hablaras con un psicólogo.

—No estoy loco —dijo él.

—No se trata de eso —repuso el hombre—. Tú sólo habla con esa persona, ¿de acuerdo?

Asintió con la cabeza.

El inspector miró a los otros dos. Les hizo una seña. Los tres se encaminaron hacia la puerta de la sala de interrogatorios y salieron de ella en silencio.

Pablo se quedó solo.

No se movió a lo largo de unos cuantos segundos.

Quizá un minuto.

O más.

Hasta que sus ojos miraron a la cámara, y después al espejo, y finalmente a un lugar indeterminado sito en la pared frontal.

Un lugar equidistante entre sí mismo y el universo entero.

Probablemente nadie reparó en su imperceptible sonrisa. Una sonrisa más interior que exterior. Sus ojos emitieron un leve destello. Ya no hubo más. Eso fue todo.

FIN